

La isla del amor

5° Historia de las Mujeres Calhoun

Nora Roberts

No le gustaba asumir riesgos. Siempre se aseguraba de pisar suelo firme antes de dar el siguiente paso. Era parte de su personalidad, al menos, así había sido durante casi diez años. Se había entrenado para ser práctica, cautelosa. Megan O'Riley era una mujer que, por las noches, siempre se aseguraba de tener cerradas las puertas con llave.

Para el vuelo de Oklahoma a Maine, había preparado meticulosamente una bolsa de mano para ella y para su hijo, y había encargado que le enviaran el resto de sus pertenencias en un vuelo de carga. Era una tontería, se decía, perder tiempo esperando en la cinta de recogida de equipajes.

El traslado al Este no respondía a un impulso. Llevaba seis meses pensando en ello. Era un viaje práctico y, al mismo tiempo, con cierta dosis de aventura, tanto para ella como para Kevin. La adaptación no podía ser muy difícil, pensó observando a su hijo, apoyado en la ventanilla, adormilado. Tenían familia en Bar Harbor y Kevin era presa de la excitación desde que le dijo que estaba pensando en trasladarse a vivir cerca de su tío y de sus medio hermanos. Y primos, pensó. Había cuatro nuevos miembros en la familia desde que estuvo en Maine por vez primera, hacía ya algunos años, para asistir a la boda de su hermano con Amanda Calhoun.

Observó dormir a su hijo, a su pequeño. Aunque ya no era tan pequeño, tenía casi nueve años. Sería bueno para él formar parte de una gran familia. Los Calhoun eran generosos con sus afectos, gracias a Dios.

Nunca olvidaría cómo Suzanna Calhoun Dumont, Bradford de segundas nupcias, la había recibido el año anterior. Había sido cálida y afectuosa, incluso sabiendo que Megan había sido amante de su marido, Baxter Dumont, antes de su matrimonio, y que él le había dado un hijo.

Por supuesto, cuando se enamoró de Baxter, Megan ni siquiera conocía la existencia de Suzanna. Tenía solo diecisiete años y era ingenua y crédula, ansiosa por creer en promesas de amor eterno. No, no sabía que Bax estaba comprometido con Suzanna Calhoun.

Cuando nació su hijo, Baxter estaba en su luna de miel. Luego, nunca reconoció o vio al niño que Megan O'Riley le había dado.

Años después, cuando el destino unió al hermano de Megan, Sloan, con la hermana de Suzanna, Amanda, la historia salió a la luz.

Finalmente, gracias a las vueltas y caprichos del destino, Megan y su hijo vivirían en la casa donde Suzanna y sus hermanas habían crecido. Kevin tendría una familia: un medio hermano, una media hermana, primos y un montón de tías y tíos, todos viviendo en la misma casa, y menuda casa.

-Las Torres -musitó Megan. La gloriosa y antigua estructura de piedra a la que Kevin todavía seguía llamando castillo.

Se preguntó cómo sería vivir allí, trabajar allí.

Había sido remozada, y un ala de la misma se utilizaba como hotel, el Hotel St. James., una idea de Trenton St. James III, que se había casado con la menor de las Calhoun, Catherine.

Los hoteles St. James eran conocidos en el mundo entero por su calidad y su clase. La oferta de unirse a la empresa en calidad de administradora general, después de mucha reflexión, era demasiado tentadora como para resistirse a ella.

Y se moría por ver a su hermano, Sloan, al resto de la familia y a la propia casa.

Se decía que era una tontería estarlo, pero aun así, estaba nerviosa. El traslado era un paso muy práctico y muy lógico. Su nuevo cargo, administradora general, satisfacía sus ambiciones y, aunque nunca había tenido problemas de dinero, el salario, desde luego, no era despreciable.

Y lo más importante de todo, podría pasar más tiempo con Kevin.

Cuando anunciaron la maniobra de aproximación al aeropuerto, Megan se inclinó a un lado y acarició a su hijo. Kevin abrió los ojos con gesto soñoliento.

-¿Ya hemos llegado?

-Casi. Pon recto el respaldo del asiento. Mira, se puede ver la bahía.

-Iremos a montar en barca, verdad? -dijo Kevin. De haber estado completamente despierto tal vez habría pensado que era demasiado mayor para ponerse a dar saltos en el asiento, pero acababa de despertarse, de modo que saltó con excitación-. Y quiero ir a ver ballenas, y montar en el barco del padre nuevo de Alex.

A Megan, la idea de montar en barco le dio náuseas, pero sonrió.

-Claro que sí.

-¿Vamos a vivir en el castillo? -dijo Kevin mirando a su madre.

Era un niño precioso, de cabello negro y rizado y piel dorada.

-Tú dormirás en la antigua habitación de Alex.

-Hay fantasmas -dijo el niño, sonriendo. Le faltaban algunos dientes.

-Eso dicen. Pero fantasmas buenos.

-Puede que no todos sean buenos -dijo Kevin, al menos, eso esperaba él-. Alex dice que hay muchos, y que algunas veces gritan y se quejan. El año pasado un hombre se cayó de la ventana de la torre y se rompió todos los huesos.

Megan se estremeció. Aquella historia era verdad. Las esmeraldas de los Calhoun, descubiertas un año antes, habían dado lugar a más de una leyenda y habían ocasionado un robo y un asesinato.

-Pero ahora ya no hay peligro, Kevin, Las Torres son seguras.

-Ya.

Era un niño, y esperaba que, al menos, hubiera algo de peligro.

En el aeropuerto, otro niño no paraba de imaginar aventuras. Le daba la impresión de que llevaba horas esperando a su hermano. Su madre le tomaba de la mano y él tomaba de la mano a su hermana Jenny, porque, su madre le decía que era el mayor y tenía que cuidar de ella.

Su madre, además, sostenía al bebé en brazos, a su nuevo hermano. Alex estaba impaciente.

-¿Por qué tardan tanto?

-Porque se tarda mucho en salir del avión y llegar hasta la puerta.

-¿Por qué la llaman puerta si no es una puerta? -dijo Jenny.

-Creo que antes sí había puertas, así que las siguen llamando así.

Era la mejor explicación que se le ocurrió a Suzanna, después de lidiar durante media hora con tres niños impacientes.

El bebé hizo una mueca y sonrió.

-¡Mira, mamá! ¡Míralos! -exclamó Alex y salió corriendo hacia Kevin.

Su hermana Jenny fue detrás de él, y entre los dos atropellaron a unos cuantos pasajeros. Suzanna puso gesto de disculpa y saludó a Megan con la mano.

-¡Hola! -dijo Alex, que, siguiendo las instrucciones de su madre, tomó el equipaje de Kevin-. Tengo que llevar tu maleta porque vais a venir a nuestra casa.

Lo molestó ver que, aunque su madre le decía a menudo que estaba muy alto para su edad, Kevin fuera todavía más alto.

-¿Todavía tienes el fuerte?

-Sí, en la casa grande. Y tengo uno nuevo en el chalé. Nosotros vivimos en el chalé.

-Con papá -intervino Jenny-. Tenemos nombres nuevos y todo. Puede arreglar todo lo que está roto y me ha hecho mi habitación.

-Tiene cortinas rosas -dijo Alex con un gesto de burla.

Sabiendo que había peligro de discusión, Suzanna separó a sus hijos.

-¿Qué tal el viaje? -dijo, se inclinó para besar a Kevin y luego besó a Megan.

-Muy bien, gracias.

Megan seguía sin saber cómo responder al amable afecto de Suzanna. Le dieron ganas de gritar: «Me acosté con tu marido, ¿entiendes? Puede que entonces no fuera tu marido todavía y que yo no supiera que estaba comprometido contigo, pero los hechos son los hechos». Pero, en vez de eso, dijo:

-Aunque con algún retraso. Espero que no hayáis tenido que esperar mucho.

-Horas -dijo Alex.

-Media hora -lo corrigió Suzanna, riendo-. ¿No traéis más equipaje?

-Lo he mandado en un vuelo de carga. Por ahora no hay más que esto -dijo Megan dando unos golpecitos en su bolsa de viaje e, incapaz de resistirlo, tuvo que mirar al bebé de brillantes ojos que se agitaba en brazos de

Suzanna. Era rosado y suave, con los ojos azules oscuros de los bebés y el pelo, escaso, brillante y negro, y frotaba un puño cerrado contra la nariz.

-Oh, qué guapo es.

-Tiene tres semanas -dijo Alex, dándose importancia-. Se llama Christian.

-Era el nombre de mi bisabuelo -dijo Jenny-. Y también tenemos primos nuevos. Bianca, Cordelia, aunque la llamamos Delia, y Ethan.

-Todo el mundo tiene niños -dijo Alex con un gesto de autosuficiencia.

-Es guapo -dijo Kevin después de un largo examen del bebé-. ¿También es mi hermano?

-Claro -dijo Suzanna, adelantándose a la respuesta de Megan-. Me temo que ahora vas a tener una familia muy grande.

Kevin la miró con timidez y tocó la manita del bebé.

-No me importa.

Suzanna miró a Megan sonriendo.

-¿Quieres sostenerlo? -le dijo, refiriéndose al niño.

-Me encantaría -dijo Megan y tomó a Christian, mientras Suzanna sostenía su bolsa de viaje-. Dios mío, qué fácil es olvidar lo preciosos que son y lo bien que huelen. Y tú -dijo mirando a Suzanna según abandonaban la terminal del aeropuerto-, ¿cómo tienes tan buen aspecto si solo han pasado tres semanas del parto?

-Oh, gracias, pero yo creo que estoy hecha un asco. ¡Alex, no corras!

-¡Ni tú, Kevin! ¿Cómo se ha tomado Sloan lo de ser padre? Cuánto sentí no poder venir cuando Mandy dio a luz, pero estaba vendiendo la casa y preparando el traslado y me era imposible.

-No te preocupes, es normal. Sloan es un padre estupendo. Les ha hecho una habitación de juegos a los niños, con columpios y muebles de plástico. La tienen llena de juguetes. Delia y Bianca se pasan las horas allí y, cuando C. C. y Trent vienen a la ciudad, Ethan también está allí.

-Es maravilloso que crezcan juntos -dijo Megan mirando a Kevin, Alex y Jenny, pensando en ellos y en los otros niños.

Suzanna la comprendía muy bien.

-Sí, así es. Me alegro de que estés aquí, Megan. Es como tener otra hermana -dijo y observó que Megan cerraba los ojos, casi con pesadumbre, de modo que cambió de tema-. Qué alivio que a partir de ahora lleves tú la contabilidad.

-Estoy deseando empezar a trabajar.

Suzanna se detuvo junto a una pequeña furgoneta y la abrió.

-Adentro -le dijo a los niños y puso a Christian, que seguía en brazos de Megan, en su asiento-. Espero que sigas diciendo lo mismo después de revisar los libros, me temo que Holt es un administrador desastroso, y Nathaniel...

-Ah, es verdad, Holt tiene un compañero. Qué me dijo Sloan, que es un viejo amigo?

-Holt y Nathaniel crecieron juntos en la isla. Nathaniel volvió hace unos meses. Estaba en la marina mercante. Bueno, ya está, cariño -dijo Suzanna, besó al niño y miró de reojo al resto, para asegurarse de que se habían puesto el cinturón de seguridad. Cerró la puerta lateral de la furgoneta y se sentó al volante.

-Es todo un personaje -concluyó dirigiéndose a Megan-. Te va a encantar.

El personaje estaba terminando la comida, compuesta de pollo frito, ensalada de patatas y tarta de limón. Con un suspiro de satisfacción, se levantó de la mesa y dirigió a su anfitriona una mirada seductora.

-¿Qué tengo que hacer para que te cases conmigo?

La mujer se rió e hizo un gesto con la mano.

-Eres un bromista, Nate.

-¿Quién está bromeando? -dijo Nathaniel levantándose y besando a la mujer en la mano. Siempre olía a mujer: un olor dulce, seductor, espléndido. Sonrió y la besó en la muñeca-. Sabes que estoy loco por ti, Coco.

Cordelia Calhoun McPike volvió a reírse y le dio unos golpecitos en la mejilla.

-Lo que te gusta es la comida que te preparo.

-Eso también -dijo Nate, sonriendo.

Cordelia se apartó de él y fue a servirle un café. Era toda una mujer, pensó Nate. Alta, con personalidad, encantadora. Nate se asombraba de que ningún hombre hubiera atrapado todavía a la viuda McPike.

-¿Con quién tengo que competir esta semana?

-Ahora que el hotel ha vuelto a abrir, no tengo tiempo para romances.

Cordelia estaba satisfecha con la vida que llevaba. Todas sus queridas sobrinas estaban felizmente casadas y, además, dirigía la cocina del hotel St. James Towers. Le dio a Nathaniel café y, al ver que se fijaba en una tarta casera, le cortó un trozo.

-Me has leído el pensamiento.

Cordelia suspiró. No había nada que la satisficiera más que ver a un hombre disfrutando de su comida.

La vuelta de Nathaniel Fury a la ciudad no le pasó desapercibida a nadie, y menos a Coco. ¿Cómo iba a pasar desapercibido un hombre alto, moreno, apuesto y con unos ojos grises y de mirada profunda, que, además, poseía un considerable encanto?

Llevaba camiseta y vaqueros negros, que destacaban su cuerpo atlético, de anchos hombros, brazos musculosos y cadera estrecha.

Luego, estaba aquel aura de misterio y exotismo. Un exotismo que no se debía a su aspecto, sino más bien a una cuestión de presencia, adquirida en los años que había pasado en el extranjero.

Si fuera veinte años más joven..., pensó Coco. Aunque solo fueran diez, se corrigió, mesando su cabello castaño.

Pero no lo era, de modo que había dado a Nathaniel el lugar en su corazón del hijo que nunca había tenido, y estaba decidida a encontrar la mujer más adecuada para él y a ayudarlo a que fuera feliz. Igual que había hecho con sus preciosas sobrinas.

Tenía la impresión de que había sido ella la que había facilitado personalmente los romances de sus niñas y confiaba en hacer lo mismo por Nathaniel.

-Anoche te hice la carta astral -dijo, y comprobó el estofado de pescado que preparaba para la cena.

-¿Ah, sí? -dijo Nathaniel, tomando otro bocado de tarta. Dios, aquella mujer sabía cocinar.

-Estás entrando en una nueva fase de tu vida, Nate.

Había visto demasiado mundo para despreciar totalmente la astrología, o cualquier otra cosa. De modo que sonrió.

-Creo que has dado en el blanco, Coco. Quiero montar un negocio y construir una casa.

-No, no, esta fase es más personal -dijo Cordelia, frunciendo el ceño-. Tiene que ver con Venus.

Nathaniel sonrió.

-De modo que al final te vas a casar conmigo.

Coco lo señaló con el dedo.

-Antes de que acabe el verano -dijo-, vas a pedirle a alguien que se case contigo, pero en serio. Te veo enamorándote dos veces, aunque no estoy segura de qué significa eso -dijo Coco, y reflexionó unos instantes-. Nada decía que pudieras elegir, aunque había muchas interferencias, y puede que algún peligro.

-Enamorarse de dos mujeres solo puede traer problemas -dijo Nathaniel, que, por otro lado, estaba contento de no tener, ninguna relación en aquellos momentos. Las mujeres, sencillamente, siempre querían que el hombre con el que se relacionaban cumpliera con sus expectativas, pero él, por su parte, solo aspiraba a satisfacer las suyas-. Además, yo estoy enamorado de ti... -dijo y se acercó a Coco para besarla en la mejilla.

El huracán se levantó sin aviso. La puerta de la cocina se abrió de repente y tres torbellinos chillones se precipitaron por ella.

-¡Tía Coco! ¡Ya han llegado!

-Oh, Dios mío -dijo Coco, apoyando una mano sobre su corazón-. Qué susto, Alex, me has quitado un año de vida -dijo, pero sonrió y miró al chico que entró con Alex-. Eres Kevin? ¡Has crecido muchísimo! No vas a darle un beso a tu tía Coco?

-Sí, señora -dijo Kevin, acercándose a ella con gesto inseguro. Y se vio envuelto por el suave olor de Coco, que lo apretó contra sus suaves pechos y lo tranquilizó.

-Me alegro de que estéis aquí -dijo Coco, con lágrimas en los ojos. Era muy sentimental-. Ahora toda la familia está reunida. Kevin, este es el señor Fury. Nate, mi sobrino nieto.

Nathaniel conocía la historia, sabía que el crápula de Baxter Dumont había dejado embarazada a una cría poco antes de casarse con Suzanna. El niño se lo quedó mirando, estaba nervioso, pero tenía aplomo. Nathaniel se dio cuenta de que sabía la historia o, al menos, parte de ella.

-Bienvenido a Bar Harbour -dijo extendiendo la mano. Kevin se la estrechó educadamente.

-Nate lleva la tienda de barcos y de cosas con mi padre -dijo Alex, a quien la expresión «mi padre» aún le resultaba demasiado nueva-. Kevin quiere ver ballenas -le dijo a Nathaniel-. Viene de Oklahoma y allí no hay. Ni siquiera tienen agua en Oklahoma.

-Alguna sí que tenemos -dijo Kevin-. Y tenemos vaqueros. Aquí no hay vaqueros.

-Yo tengo un traje de vaquero -intervino Jenny.

-No es de vaquero, es de vaquera -la corrigió Alex-. Porque eres una niña.

-No.

-Sí.

Jenny hizo un puchero.

-No.

-Bueno, ya veo que por aquí todo sigue igual -dijo Suzanna, apareciendo en la puerta en aquellos instantes-. Hola, Nate, no esperaba verte aquí.

-He tenido suerte -dijo Nate, rodeando a Coco por los hombros-. He podido pasar una hora con mi mujer.

-Otra vez ligando con tía Coco? -dijo Suzanna, pero se dio cuenta de que la mirada de Nate había cambiado, y recordó que era la misma que tenía la primera vez que ellos se vieron. Una mirada incisiva, muy observadora. Tomó a Megan del brazo-. Megan O'Riley, Nathaniel Fury, el socio de Holt... y la última conquista de la tía Coco.

-Encantada -dijo Megan.

Estaba cansada, tenía que estarlo para que aquella mirada, firme y clara, la conmoviera tanto. Dejó de prestar atención a Nate, tal vez demasiado bruscamente para las reglas de buena educación, y sonrió a Coco.

-No has cambiado nada.

-Y eso que estoy con el delantal -dijo Coco, abrazándola con fuerza-. Voy a prepararos algo, tenéis que estar cansados después del viaje.

-Un poco.

-Hemos subido el equipaje y dejado a Christian en la cuna.

Mientras Suzanna sentaba a los niños a la mesa, sin dejar de charlar, Nathaniel se fijó en Megan O'Riley.

Agradable como la brisa del Atlántico, decidió. Algo nerviosa y agotada, pero sin querer demostrarlo, pensó. La piel color de melocotón y el cabello largo y rubio formaban una atractiva combinación.

Nathaniel solía preferir mujeres morenas y seductoras, pero aquella mujer era algo especial. Tenía los ojos azules, del color del mar en calma al atardecer, y la boca firme, aunque se suavizaba hermosamente cuando sonreía a su hijo.

Tal vez excesivamente delgada, pensó terminando el café. La comida de Coco la ayudaría en ese sentido. O, tal vez, pareciera tan delgada por la chaqueta y los pantalones de pinzas que llevaba.

Consciente de que Nathaniel la estaba observando, Megan trató de no perder el hilo de la conversación con Coco. Estaba acostumbrada a la mirada de los hombres cuando era joven y soltera, pero había acabado embarazada por el marido de otra mujer.

Sabía cómo reaccionaban muchos hombres al saber que era madre y soltera, pensando que era una mujer fácil, ligera. Pero también sabía cómo hacerles cambiar de opinión.

Sostuvo la mirada de Nathaniel, con frialdad, pero él no apartó la suya, como hacían la mayoría, sino que continuó mirándola sin parpadear. Ella acabó por apretar los dientes.

«Bien,» pensó él, «tiene agallas.» Sonrió, levantó la taza de café en un brindis silencioso y miró a Coco.

-Tengo que irme, tengo una visita. Gracias por la comida, Coco.

-No te olvides, la cena es a las ocho. Con toda la familia.

Nate miró a Megan.

-No me la perderé.

-Más te vale -dijo Coco, consultando el reloj y cerrando los ojos-. ¿Dónde estará ese hombre?

Otra vez llega tarde.

-¿El holandés?

-¿Quién si no? Le he mandado al carnicero hace dos horas.

Nathaniel se encogió de hombros. Su compañero de barco y nuevo asistente de Las Torres se regía según su propio horario.

-Si lo veo en el muelle, le diré que venga.

-Dame un beso de adiós -dijo Jenny, encantada cuando Nathaniel la tomó en brazos.

-Eres la vaquera más guapa de la isla -le dijo este al oído.

Al volver al suelo, Jenny miró a su hermano con un gesto de burla.

-Y tú -le dijo Nathaniel a Kevin-, vete pensando cuándo quieres que te dé un paseo en barca -dijo-. Encantado de conocerla, señora O'Riley.

-Nate es marinero -dijo Jenny, dándose importancia, una vez que Nate había abandonado la habitación-. Ha estado en todo el mundo y ha sido muchas cosas.

Megan no tenía la menor duda.

Muchas cosas habían cambiado en Las Torres, aunque las habitaciones de la familia, en las dos primeras plantas, y el ala Este permanecían igual. Trent St. James, junto con el hermano de Megan, Sloan, que era arquitecto, había concentrado su tiempo y sus esfuerzos en las diez suites del ala Oeste, el nuevo restaurante y la torre Oeste. Toda esa zona comprendía el hotel.

Después de una rápida visita, Megan se dio cuenta de que el esfuerzo de remodelación y construcción había merecido la pena.

El diseño de Sloan era acorde con la estructura original, semejante a una fortaleza, conservando las estancias de altos techos, escaleras circulares y chimeneas, que funcionaban perfectamente. Además, había conservado los ventanales que daban acceso a las terrazas y balcones.

El vestíbulo era suntuoso, lleno de antigüedades y diseñado con multitud de acogedores rincones que invitaban al recogimiento de los huéspedes cuando llovía o hacía viento. La vista de la bahía y las colinas o de los fabulosos jardines de Suzanna era espectacular.

Amanda, que, como directora, acompañó a Megan en la visita del hotel, le dijo que cada habitación era única, amueblada con las antigüedades y obras de arte que quedaron después de que la mayoría se vendieran para financiar la reforma.

Algunas suites tenían dos niveles conectados por una escalera *art decó*, otras tenían las paredes enteladas o forradas de madera. También había tapices o alfombras persas, y en todas las habitaciones flotaba la leyenda de las esmeraldas de los Calhoun y de la mujer que las había portado.

Las propias joyas, descubiertas después de una búsqueda difícil y peligrosa -algunos decían que con la ayuda de los espíritus de Bianca Calhoun y Christian Bradford, el artista que la amó-, estaban expuestas en una urna de cristal en el vestíbulo. Sobre la misma, había un retrato de Bianca, pintado por Bradford ochenta años atrás.

-Son preciosas -susurró Megan-. Asombrosas.

Las esmeraldas, engarzadas con diamantes, despedían un fulgor verde tan intenso que casi parecía que tuvieran vida.

-Algunas veces me paro y me quedo mirándolas -admitió Amanda-, y recuerdo lo que costó encontrarlas. Cómo trató Bianca de utilizarlas para huir con Christian. Supongo que tendría que ponerme triste, pero al tenerlas aquí, bajo su retrato, me parece que se ha cumplido una especie de justicia.

-Así es -dijo Megan, apreciando el brillo de las joyas, incluso a través del cristal de la urna-. Tenerlas aquí, ¿no es un poco arriesgado?

-Holt se ocupa de la seguridad. Con un ex policía en la familia da la impresión de que se han cuidado todos los detalles. El cristal es a prueba de balas -dijo Amanda, dando unos golpecitos sobre la urna. Y está conectado con una alarma -dijo, y consultó el reloj, comprobando que tenía unos quince minutos antes de volver a sus deberes de dirección-. Espero que te gusten las habitaciones donde os hemos puesto. Todavía no hemos acabado de reformar la zona familiar.

-Están muy bien -dijo Megan. Lo cierto era que la relajaba ver alguna grieta en el yeso, el lugar era así menos intimidatorio-. Para Kevin es un paraíso. Está fuera jugando con el cachorro, con Alex y Jenny.

-Sí, la verdad es que es para estar orgulloso de Sadie, la perra de Holt. ¡Ocho cachorros!

-Como ha dicho Alex, todo el mundo tiene hijos en esta casa. A propósito, tu hija Delia es preciosa.

-Sí, ¿verdad? -dijo Amanda con orgullo maternal-. No puedo creer que haya crecido tanto. Tendrías que haber estado aquí hace seis meses. Estábamos todas así -dijo haciendo un gesto para indicar la barriga hinchada del embarazo-. Los hombres no dejaban de pavonearse. Hicieron apuestas para ver quién daba a luz antes, si Lilah o yo. Me ganó por dos días -dijo Amanda, que había apostado veinte dólares a que ella misma daba a luz antes-. Es la primera vez que la veo darse prisa para hacer algo.

-Bianca también está preciosa. Cuando entré en su habitación estaba llorando, reclamando atención. La niñera no sabía qué hacer.

-La señora Billows puede con todo.

-No estaba pensando en los niños, sino en Max -dijo Megan sonriendo al recordar al padre de Bianca, que llegó corriendo, abandonando su nueva novela en la máquina de escribir para atender a su hija, que no paraba de llorar.

-Es tan tierno.

-¿Quién es tierno? -dijo Sloan, entrando en la sala y dando un abrazo a su hermana.

-Tú, no, O'Riley -murmuró Amanda, observando la cálida expresión de Sloan al apretar la mejilla contra la de Megan.

-¡Estás aquí! -exclamó Sloan, tomándola en brazos y levantándola en el aire-. Me alegro mucho, Meg.

-Yo también -dijo Megan, mirándolo con ternura-. ¿Qué tal, papaíto?

Sloan se echó a reír y la dejó en el suelo.

-¿Ya la has visto? -preguntó.

Megan fingió ignorancia.

-¿A quién?

-A mi hija, a Delia.

-Ah, a Delia -dijo Megan, encogiéndose de hombros, sonriendo, luego besó a Sloan en la boca-. No solo la he visto, la he tenido en brazos, la he oído y he decidido que voy a mimarla cuanto pueda. Es preciosa, Sloan. Igual que Amanda.

-Sí, igual -dijo Sloan, besando a su esposa-. Solo que ha heredado mi barbilla.

-Es la barbilla de los Calhoun -dijo Amanda.

-No, es la barbilla de los O'Riley. Y hablando de los O'Riley -prosiguió Sloan-, ¿dónde está Kevin?

-Fuera. Debería ir a buscarlo, todavía no hemos deshecho el equipaje.

-Vamos contigo -dijo Sloan.

-Ve tú, yo tengo que volver al trabajo -dijo Amanda, y como si alguien hubiera oído sus palabras, oyó que sonaba el teléfono de su despacho-. Se acabó el descanso. Nos vemos en la cena, Megan dijo, y besó a Sloan-. Tú y yo nos vemos antes, O'Riley.

-Hum... -dijo Sloan con un suspiro de satisfacción y observó alejarse a su mujer-. Me encanta cómo camina.

-La miras igual que hace un año, en la boda -dijo Megan y tomó su mano a medida que abandonaban el vestíbulo y se dirigían a la terraza-. Es bonito

-Ella es... -dijo Sloan, y buscó la palabra apropiada- ...lo es todo. Me gustaría que fueras tan feliz como yo, Megan.

-Soy feliz -dijo Megan y la brisa meció sus cabellos. Hasta ellos llegó el sonido de la risa de los niños-. Oír a los niños me hace feliz. Y estar aquí o.

Descendieron a una terraza de un nivel más bajo y se dirigieron al Oeste.

-Tengo que admitir que estoy un poco nerviosa. Es un gran paso -dijo, y vio a su hijo jugar en lo alto de un fuerte, levantando los brazos en señal de victoria-. Pero es bueno para Kevin.

-¿Y para ti?

-Y para mí -dijo Megan, apoyándose en su hermano-. Voy a echar de menos a mamá y papá, pero dicen que con los dos aquí, tienen el doble de razones para visitarnos -dijo apartándose el flequillo de la cara.

Kevin luchaba, desde el interior del fuerte, por rechazar el ataque de Alex y Jenny.

-Necesitaba conocer al resto de la familia, y yo... necesitaba un cambio -dijo Megan, y miró a su hermano-. He hablado con Amanda.

-Y te ha dicho que hasta dentro de una semana no puedes empezar a trabajar.

-Algo así.

-En la última reunión familiar decidimos que había que dejarte una semana para que te acomodes antes de que empieces.

-No me hace falta una semana. Solo...

-Lo sé, lo sé, pero las órdenes son que te tomes una semana libre.

-¿Y quién da las órdenes aquí?

-Todo el mundo -dijo Sloan, sonriendo-. Así es más interesante.

Megan miró hacia el mar con gesto pensativo. El cielo estaba claro como un cristal y la brisa era cálida. El verano estaba cerca. Desde allí, se veía el archipiélago de pequeñas islas con nitidez.

Un mundo distinto, pensó, a los prados y las llanuras de casa. Una vida distinta, quizá, para ella y para su hijo.

Una semana. Para relajarse, explorar, para ir de excursión con Kevin. Sí, era tentador. Pero poco responsable.

-Quiero asumir mi responsabilidad cuanto antes.

-Ya lo harás, créeme -dijo Sloan, y miró hacia el mar al oír la sirena de una embarcación-. Holt y Nate -dijo Sloan, señalando el barco de pasajeros que surcaba el agua frente a ellos-. El Mariner. Lleva a los turistas a ver ballenas.

En aquellos momentos, los tres niños estaban en el interior del fuerte. Cuando la sirena sonó por segunda vez, profirieron una exclamación de alegría.

-En la cena conocerás a Nate -dijo Sloan.

-Ya lo conozco.

-¿Mientras comía con Coco?

-Sí.

-Le encarna comer, es un tragón -dijo Sloan con una sonrisa-. ¿Qué te parece? ¿Te gusta?

-No mucho -masculló Megan-. Me parece un poco rudo.

-Ya te acostumbrarás a él. Es uno más de la familia.

Megan murmuró algo. Tal vez fuera cierto, pero no formaba parte de la suya.

Por lo que a Coco concernía, Niels Van Home era un hombre muy desagradable. No aceptaba críticas constructivas, ni la más sutil de las sugerencias para mejorar. Ella trataba de ser cortés, puesto que aquel hombre era miembro del personal de Las Torres y viejo amigo de Nathaniel.

Pero era igual que una china en el zapato.

En primer lugar, era demasiado corpulento. La cocina del hotel estaba primorosamente diseñada y bien organizada. Sloan y ella habían trabajado juntos en el diseño, de modo que el producto final cumpliera con sus deseos. Adoraba la gran cocina, los hornos, los estantes de acero inoxidable y el lavavajillas completamente silencioso. Le encantaba el olor de los platos cocinados, el zumbido de los ventiladores, el brillo del suelo de baldosas.

Y allí estaba Van Home, o *El Holandés*, como solían llamarlo, igual que un elefante en una cacharrería, con unos hombros tan anchos como un coche y los brazos llenos de tatuajes. Se negaba a vestir el delantal blanco y prefería llevar una camisa remangada y unos vaqueros mugrientos, sujetos a la cintura con una cuerda.

Llevaba el pelo largo, atado en una coleta. Su rostro era redondo y grandón, normalmente enfurruñado, por lo que sus ojos verdes estaban rodeados de arrugas. La nariz, que se había roto en varias disputas, de lo que parecía muy orgulloso, la tenía aplastada y torcida, y la piel oscura y tan curtida como una vieja silla de montar.

En cuanto a su lenguaje... Coco no se consideraba una mojigata, pero, después de todo, era una dama.

A pesar de todo, aquel hombre sabía cocinar.

Mientras El Holandés preparaba los hornos, ella supervisaba los menús. La especialidad de aquella noche era el estofado de pescado al estilo de Nueva Inglaterra y trucha rellena a la francesa. Todo parecía en orden.

-Señor Van Home -comenzó a decir, con firmeza-. Lo dejo a cargo de todo. No creo que tengamos ningún problema, pero si surge alguno, estoy en el comedor familiar.

El Holandés notó una más de las duras miradas de aquella mujer sobre sus espaldas. Estaba muy elegante, se dijo, igual que si fuera a la ópera. Se había puesto un vestido de seda rojo y un collar de perlas.

-He cocinado para trescientos hombres -dijo-. Puedo arreglármelas con unos cuantos turistas.

-Nuestros huéspedes -dijo Coco, apretando los dientes- tal vez sean más exigentes que una panda de marineros atrapados en un bote oxidado.

Uno de los camareros entró en la cocina en aquellos instantes, llevando unos platos. El holandés se fijó en uno de ellos, a medio terminar. Torció el gesto. En su barco, nadie dejaba los platos a medias.

-No tienen mucha hambre, ¿eh?

-Señor Van Home -dijo Coco, resoplando-. Tiene que quedarse en la cocina permanentemente. No voy a permitir que salga al restaurante y vuelva a reprender a algún huésped sobre sus hábitos de comida -dijo, y se dirigió a otro cocinero-. Ponga más aliño en esa ensalada, por favor -concluyó, y se marchó.

-A veces me dan ganas de largarme -masculló El Holandés, y pensó que, de no ser por Nathaniel, no aceptaría órdenes de una mujer.

Nathaniel no compartía el desprecio de su amigo por las mujeres, al contrario, las mujeres le encantaban, todas las mujeres. Le gustaban sus miradas, su olor, su voz, y estaba muy satisfecho de sentarse en el comedor con seis de las mujeres más bellas que había conocido a lo largo de su vida.

Las Calhoun eran fuente de constante deleite para él. Suzanna, con sus tiernos ojos; Lilah, con su perezosa sexualidad; Amanda, práctica y firme; C. C., con su sonrisa maliciosa, por no mencionar la femenina elegancia de Coco.

Ellas constituían el pequeño pedazo de cielo al que Nathaniel tenía acceso en Las Torres.

En cuanto a la sexta... Bebió otro trago de whisky con agua y observó a Megan O'Riley. Le daba la impresión de que debía ser una mujer llena de sorpresas. Sus ojos no eran inferiores a los de ninguna de las Calhoun. Su voz, con el lento deje de Oklahoma, era atractiva. Lo único que le faltaba era la sencilla calidez que emanaba de las otras.

Todavía no sabía si era el resultado de una frialdad innata o simple timidez. Fuera lo que fuese, tenía causas profundas. Era difícil permanecer frío o tímido en una habitación llena de gente risueña, bebés alegres y niños revoltosos.

El, por su parte, en aquellos momentos tenía entre sus brazos a una de sus mujeres favoritas. Jenny saltaba sobre su regazo y le bombardeaba con preguntas.

-¿Vas a casarte con tía Coco?

-Ella no quiere.

-Pues yo sí -dijo Jenny. Era una aprendiz de rompecorazones con un diente roto-. Podemos casarnos en el jardín, como hicieron papá y mamá. Luego puedes venir a vivir con nosotros.

-Es la mejor oferta que me han hecho en mucho tiempo -dijo Nate, acariciando la mejilla de la niña.

-Pero tienes que esperar a que sea mayor.

-Sabía decisión. A los hombres siempre hay que hacerlos esperar -intervino Lilah, que estaba sentada en el sofá, apoyada en el brazo de su marido y sosteniendo a su bebé-. No te precipites, Jenny. Lo mejor es ir poco a poco.

-Hazle caso -dijo Amanda-. Lilah siempre ha ido poco a poco y le ha ido bien.

-Todavía no estoy preparado para ceder a mi chica -dijo Holt tomando a Jenny-. Y menos a un marinero de agua dulce.

-Perdona, Bradford, pero puedo pilotar mejor que tú con los ojos cerrados.

-No -intervino Alex, para defender el honor de la familia-. Papá es mejor marinero que nadie. Aunque le dispararan -dijo y abrazó la pierna de su padre-. Una vez le dieron un tiro. Una bala le hizo un agujero.

Holt sonrió mirando a su amigo.

-Ya ves, a ver cuándo tienes tu club de fans -dijo.

-¿A ti te han disparado alguna vez? -le preguntó Alex a Nate.

-No puedo decir que sí -dijo Nathaniel moviendo el vaso de whisky entre las manos-. Pero había un griego en Corfú que quería rebanarme la garganta.

Alex puso los ojos como platos. Kevin se incorporó en la alfombra.

-¿De verdad?

Alex buscó señales de alguna herida en el cuello de Nate. Sabía que Nathaniel tenía un dragón tatuado en un hombro, pero una cicatriz era algo de mucha más categoría.

-¿Lo mataste con un puñal?

-No -dijo Nathaniel, y se fijó en la mirada de Susplicacia y desaprobación de Megan-. Falló y me dio en el hombro, y El Holandés lo tumbó dándole un golpe con una botella.

Cada vez más impresionado, Kevin se acercó a Nate.

-¿Tienes alguna cicatriz?

-Sí -dijo Nate.

Amanda le impidió quitarse la camisa de un manotazo.

-¡Quieto! O todos los hombres de esta habitación van a empezar a quitarse la camisa para mostrar sus heridas de guerra. Sloan está muy orgulloso de la que se hizo con alambre de espino.

-Es preciosa -asintió Sloan-. Pero la de Meg es todavía mejor.

-Cállate, Sloan.

-Eh, un hombre tiene que presumir de su hermana -dijo Sloan riendo y le puso un brazo sobre los hombros-. Tenía doce años, y era muy revoltosa. Teníamos un semental con tan mal carácter como ella. Un día Meg quiso montarlo, pero no anduvo más de quinientos metros antes de que el caballo la desmontara.

-No me desmontó -dijo Megan-. Se soltaron las bridas.

-Eso dice ella -dijo Sloan, sonriendo-. El hecho es que el caballo la tiró en una alambrada de espino. Cayó de culo, creo que estuvo dos meses sin sentarse.

-Dos semanas -dijo Megan.

-Y menuda cicatriz se hizo -dijo Sloan, dándole unas palmaditas en la pierna.

-No me importaría verla -murmuró Nathaniel. Suzanna lo miró con asombro.

-Creo que voy a llevar a Christian a dormir antes de cenar.

-Buena idea -dijo C. C., y tomó a Ethan, que empezaba a removerse, de brazos de Trent-. ¿Alguien tiene hambre?

-Por ejemplo, yo -dijo Lilah.

Megan observó cómo las madres se llevaban a sus hijos al piso de arriba y sintió cierta envidia, lo que la sorprendió. Tenía gracia, ni siquiera había pensado en tener hijos hasta llegar allí y verse rodeada de ellos.

-Siento llegar tarde -dijo Coco, entrando en aquellos momentos-. Hemos tenido algunos problemas en la cocina.

Nathaniel se dio cuenta de su mirada de frustración y contuvo una sonrisa.

-¿Tienes problemas con El Holandés, cariño?

-Bueno... -dijo Coco. No le gustaba quejarse-. Simplemente, tenemos un punto de vista distinto sobre algunas cosas. Oh, gracias, Trent -dijo aceptando el vaso que le ofrecía-. Pero, ¿dónde tengo la cabeza? He olvidado los canapés.

-Voy por ellos -dijo Max, levantándose del sofá y dirigiéndose a la cocina.

-Gracias, querida. Ahora... -dijo tomando la mano de Megan y apretándola afectuosamente-. No hemos tenido tiempo de hablar. ¿Qué te parece el hotel?

-Es maravilloso, tal como decía Sloan. Amanda me ha dicho que las diez suites están ocupadas.

-La temporada ha empezado bien -dijo Coco-. Hace apenas un año estaba desesperada, con miedo a que mis niñas perdieran su casa, aunque las cartas me decían que no había nada que temer. ¿Te he dicho alguna vez que vi a Trent en el tarot?

Tengo que echártelas a ti, y ver qué te depara el futuro.

-Bueno...

-¿O quieres que te lea la mano?

Megan suspiró con alivio cuando Max llegó con una bandeja para distraer a Coco.

-¿No te interesa el futuro? -murmuró Nathaniel.

Megan levantó la vista, sorprendida al verlo a su lado, sin que ella se hubiera dado cuenta de que se había acercado a ella.

-Estoy más interesada en el presente. Hay que ir poco a poco.

Nathaniel tomó su mano, y le dio la vuelta, aunque se daba cuenta de que estaba tensa.

-Una vez conocí a una anciana, en las costas de Irlanda. Se llamaba Molly Duggin. Me dijo que tenía un don para estas cosas -dijo mirándola a los ojos antes de abrirle la mano para observar la palma. A Megan le dio un escalofrío-. Eres terca, autosuficiente, elegante.

Le acarició la palma con un dedo.

-No creo en esas cosas.

-No tienes por qué. También eres tímida -dijo Nate-. Las pasiones están ahí, pero reprimidas -dijo y pasó el pulgar por el monte de Venus de la palma de la mano de Megan-, o canalizadas. Tú preferirías decir que están canalizadas, orientadas, que eres una mujer práctica. Preferirías tomar las decisiones con la cabeza, sin importar lo que te diga tu corazón -dijo, y la miró a los ojos-. ¿Acierto?

Sí, acertaba, se dijo Megan, y apartó la mano.

-Un juego interesante, señor Fury.

Nate la miró con una sonrisa, metiendo las manos en los bolsillos.

-¿Verdad?

A las doce del día siguiente, Megan había terminado con todo lo que tenía que hacer. No pudo rechazar el ruego de Kevin de pasar el día con los Bradford, aunque su partida la había dejado libre para hacer lo que quisiera.

Pero no estaba acostumbrada a tener tiempo libre.

Una expedición al vestíbulo había abortado su idea de convencer a Amanda de que le dejara estudiar los libros de contabilidad. Amanda, como le dijo la amable recepcionista, estaba en algún lugar del hotel, solucionando un pequeño problema.

Coco tampoco era una opción. Megan estaba a punto de entrar en la cocina cuando oyó ruido de cacharros y voces airadas en el interior de la misma.

Como Lilah había vuelto a su trabajo de naturalista en el parque, y C. C. estaba en su tienda de motores, en la ciudad, Megan estaba completamente sola.

En una casa tan enorme como Las Torres, se sentía igual que si estuviera en una isla desierta.

Podía leer, se dijo, o sentarse a tomar el sol en una de las terrazas a contemplar la vista. Podía bajar a la primera planta de las habitaciones de la familia y comprobar el progreso de la remodelación. Y molestar a Sloan y a Trent, se dijo con un suspiro, mientras supervisaban las obras.

No podía molestar a Max, que estaba escribiendo en su estudio, trabajando en su libro. Había pasado una hora jugando con los niños y tenía bastante.

Se paseó por su habitación, alisando la colcha de la cama, de una maravillosa cama con dosel. El resto de su equipaje había llegado aquella mañana y, tal como era, tal vez demasiado eficiente, ya lo había deshecho. Tenía la ropa ordenada en el armario de nogal y en la cómoda Chippendale.

Había puesto las fotos de su familia sobre la mesa camilla que había junto a la ventana, ordenado los zapatos, los libros y guardado las joyas.

Y si no encontraba algo que hacer, se volvería loca.

Con eso en mente, tomó el portafolios y comprobó el contenido una última vez antes de salir, al coche que Sloan había puesto a su disposición.

El automóvil iba muy bien, gracias a las habilidades mecánicas de C. C., y Megan se dirigió al pueblo.

Disfrutaba de las aguas azules de la bahía y de los simpáticos grupos de turistas que paseaban por las calles, pero los brillantes rótulos que veía en las tiendas no la invitaban a bajar para ir de compras.

Ella iba de compras solo por necesidad, no por placer.

Una vez, hacía mucho tiempo, había disfrutado del placer de mirar escaparates, de la alegre satisfacción de comprar por diversión. Disfrutaba de los largos días de verano, sin otra cosa que hacer que mirar pasar las nubes o escuchar al viento.

Pero aquello fue antes de perder la inocencia, para encontrar responsabilidades.

Vio un letrero que indicaba el muelle de donde partían las excursiones en barco.

Había un par de pequeñas embarcaciones amarradas, pero no había rastro del Mariner ni de su barco gemelo, el Island Queen.

Hizo un gesto de contrariedad. Esperaba encontrar a Holt antes de que saliera al mar. Después de todo, también tendría que llevar la contabilidad de aquel negocio.

Aparcó detrás de un deportivo descapotable, con hermosa línea y un brillante color negro, que contrastaba con la tapicería blanca.

Se detuvo un momento y se protegió los ojos del reflejo del agua con una mano. Un velero salía a la bahía, llena de embarcaciones con las velas desplegadas. Los muelles estaban llenos de gente.

La belleza del lugar era innegable, aparte de que era muy distinto al lugar en el que había vivido hasta entonces. La brisa era fresca, transportando el olor del mar y aromas de comida desde los restaurantes cercanos.

Allí podría ser feliz, se dijo. No solo podría sino que estaba dispuesta a serlo.

Giró sobre sus talones y se encaminó al establecimiento.

-Pase, está abierto -le dijeron después de que llamara a la puerta.

Era Nathaniel. Tenía los pies apoyados en una mesa de metal anticuada y hablaba por teléfono. Llevaba unos vaqueros con un roto en la rodilla y manchados de algo que parecía aceite y tenía el pelo revuelto.

Levantó la mano y, con un gesto, le indicó a Megan que se acercara.

-Lo mejor es madera de teca -decía-. Tengo mucha, puedo terminar la cubierta en dos días. No, el motor solo necesitaba una limpieza, todavía le queda mucha vida -dijo, mientras fumaba un cigarro puro-. Te llamaré en cuanto esté terminado.

Colgó, apretando el cigarro entre los dientes. Tenía gracia, se dijo. Aquella mañana había pensado en Megan O'Riley y, en sus pensamientos, tenía el mismo aspecto. Inmaculada, fría y tranquila.

-¿De visita por el pueblo?

-Estaba buscando a Holt.

-Ha salido en el Queen -dijo Nathaniel, consultando el reloj-. Tardará hora y media en volver -dijo, y sonrió-. Me parece que estamos atrapados.

Megan combatió el impulso de dar media vuelta y salir de allí.

-Me gustaría ver los libros.

Nathaniel dio una calada al cigarro.

-Creía que estabas de vacaciones.

Megan recurrió a su mejor defensa, el desdén.

-¿Hay algún problema?

-A mí no me mires -dijo Nate, y abrió un cajón de la mesa para sacar un libro negro-. Tú eres la experta. Siéntate, Meg.

-Gracias -dijo Megan, y se sentó en una silla plegable enfrente de Nate.

Sacó unas pequeñas gafas de la cartera y, después de ponérselas, abrió el libro de contabilidad. Su corazón de contable dio un vuelco de horror al ver aquella masa informe de cifras, con notas al margen y papeles adhesivos.

-¿Aquí lleváis la contabilidad?

-Sí.

El aspecto de Megan, con las gafas y el moño, era encantador. A Nate se le hacía la boca agua.

-Holt y yo nos alternamos para llevarla... Aunque cuando Suzanna lo vio nos dijo que éramos idiotas dijo con una sonrisa-. En realidad, lo hicimos para descargarla de trabajo cuando estaba embarazada.

-Mmm -masculló Megan, hojeando las páginas. Para ella, aquel estado de cosas no suponía ansiedad, sino un desafío-. ¿Y los archivos?

-Allí -dijo Nate, señalando con el dedo un armario de metal que estaba en un rincón. Encima de él tenía una maqueta de un barco, llena de grasa.

-¿Tienen algo?

-La última vez que los miré, sí.

Nate no podía evitarlo, cuanto más eficiente era el comportamiento de Megan a él le daban más ganas de abalanzarse sobre ella.

-¿Facturas?

-Claro.

-¿Recibos de gastos?

-Por supuesto -dijo Nate, y de uno de los cajones de la mesa sacó una caja de cigarros-. Tenemos muchos recibos.

Megan abrió la caja de cigarros y suspiró.

-¿Así lleváis vuestro negocio?

-No, el negocio consiste en llevar a la gente de excursión o en reparar sus barcos, incluso en construirlos -dijo Nate, y se inclinó sobre la mesa, principalmente para apreciar mejor el suave y evanescente aroma de Megan-. A mí nunca me ha gustado el papeleo y Holt ya tuvo que hacer bastante cuando estaba en el ejército -dijo Nate, y sonrió. Nunca habría pensado que llevara gafas para leer, moño y blusas completamente cerradas, de modo que un hombre podía entretenerse en desabrocharlas-. Tal vez por eso el contable que contratamos este año acabó con un tic -dijo señalándose el ojo derecho-. He oído que se ha ido a Jamaica a vender sombreros de paja.

Megan no pudo contener la risa.

-Yo estoy hecha de una pasta más sólida, te lo prometo.

-Nunca lo he dudado -dijo Nate, y se echó hacia atrás. La silla chirrió-. Tienes una sonrisa muy bonita, Megan. Cuando la usas.

Megan conocía bien aquel tono, de ligero flirteo, inconfundiblemente masculino. Sus defensas se alzaron como un resorte.

-No me pagáis para que sonría.

-Preferiría que fuera gratis. ¿Cómo has llegado a hacerte contable?

-Se me dan bien los números -dijo Megan, dejando el libro sobre la mesa y sacando una calculadora de la cartera.

-No me parece razón suficiente.

-También es una profesión sólida, segura -dijo concentrándose en las cifras que marcaba en la calculadora.

-¿Porque los números solo se suman de una forma?

A Megan le fue imposible ignorar el ligero tono burlón. Lo miró, ajustándose las gafas.

-La contabilidad puede ser un trabajo en el que interviene la lógica, señor Fury, pero la lógica no elimina las sorpresas.

-Ya. Mira, puede que los dos hayamos entrado por la puerta de servicio en la familia Calhoun, pero el hecho es que ahí estamos. ¿No te parece una tontería que estés tan distante conmigo? ¿O es que te comportas así con todos los hombres?

A Megan, la paciencia, que estaba convencida de tener en grandes cantidades, empezaba a acabársele.

-Estoy aquí para llevar la contabilidad.

-¿Nunca te haces amigo de la gente que te emplea? -dijo Nate, apagando el cigarro en el cenicero-. ¿Sabes? A mí me pasa algo muy gracioso.

-Estoy segura de que me vas a decir qué es.

-Exacto. Puedo charlar con una mujer sin que me den ganas de echarla al suelo y desnudarla. Eres preciosa, Megan, y da gusto mirarte, pero puedo controlar mis instintos más primitivos, sobre todo, cuando todas las señales dicen que me pare.

Megan se sintió ridícula. Había sido grosera, o casi, desde el momento de conocerlo. Porque, tenía que admitirlo, el modo de reaccionar a su presencia la hacía sentirse incómoda. Pero, maldita sea, él seguía mirándola como si quisiera morderla.

-Lo siento -dijo. La disculpa era sincera-. Estoy haciendo muchos cambios en mi vida, así que no he estado muy relajada. Y me miras de una forma que me pone nerviosa.

-Bueno, me alegro de que seas sincera. Pero tengo que decirte que tengo derecho a mirar. Algo más que eso, requiere una invitación, de un tipo o de otro.

-Pues, si quieres, podemos empezar desde el principio, aunque no puedo decirte si estoy dispuesta abrir mi puerta -dijo Megan con una sonrisa-. Y ahora, Nathaniel, ¿puedes darme los informes de la declaración de la renta?

-Sí, espera un momento -dijo Nate, deslizándose hacia atrás sobre la silla. Megan oyó un chillido y se sobresaltó, tirando los papeles al suelo-. Maldita sea, me había olvidado de que estabas aquí -dijo Nate, agarrando un cachorro de perro negro-. Duerme mucho, así que siempre termino por pisarlo o atropellarlo con la silla -le dijo a Megan, mientras el animal le lamía la cara frenéticamente-. Siempre que intento dejarlo en casa, ladra hasta que acabo por ceder y lo traigo conmigo.

-Es muy bonito -dijo Megan, acariciando al cachorro-. Se parece mucho al de Coco.

-Es de la misma carnada -dijo Nate, y le tendió el animal a Megan.

-Oh, qué bonito eres. Eres precioso.

A medida que acariciaba al perro, sus defensas iban cediendo. Perdió su actitud fría y profesional y se convirtió en una mujer llena de calidez femenina. Aquellas hermosas manos acariciando al cachorro, su tierna sonrisa, el brillo de los ojos.

-¿Cómo se llama?

-Perro -dijo Nate.

Megan lo miró a los ojos.

-¿Perro? ¿Sin más?

-A él le gusta. Eh, Perro -al oír la voz de su amo, Perro volvió la cabeza y ladró-. ¿Lo ves?

-Sí -dijo Megan, y se rió-. No demuestra mucha imaginación.

-Al contrario. ¿Cuántos perros conoces que se llamen Perro?

-De acuerdo, de acuerdo.

Nate le tiró una pelota.

-Con eso se entretiene -dijo Nate y se levantó para ayudar a Megan a recoger los papeles.

-No tienes pinta de que te gusten los perros -dijo Megan.

-Pues me encantan -dijo volviendo a meter las facturas en la caja de cigarros-. El hecho es que solía jugar con uno de los abuelos de Perro en casa de los Bradford. Pero es difícil tener a un perro en un barco. Aunque llevaba un pájaro.

-¿Un pájaro?

-Un loro que encontré en el Caribe hace cinco años. Esa es otra razón por la que me traigo a Perro aquí. Pájaro podría comérselo.

-¿Pájaro? -dijo Megan, pero la carcajada se ahogó en su garganta al levantar la vista. ¿Por qué Nate estaba siempre más cerca de lo que pensaba? ¿Por qué sus miradas eran para ella como caricias?

Nate se fijó en la boca de Megan. La sonrisa vacilante seguía allí. Había algo muy atrayente en aquella ligera timidez, oculta en un envoltorio de autoconfianza. Su mirada no era fría, pero sí cautelosa. No era una invitación, pero se le parecía mucho y, en cualquier caso, era muy tentadora.

Nate decidió probar suerte y apartó un mechón de pelo de la frente de Megan, que se levantó como impulsada por un resorte.

-Te sobresaltas con facilidad, Megan -dijo Nate, cerrando la caja de cigarros y levantándose-. Pero no puedo decir que no me guste ver que te pongo nerviosa.

-Es que no me pones nerviosa -dijo Megan, pero sin mirarlo a los ojos. Nunca había sabido mentir-. Voy a llevarme todo esto, si no te importa. Cuando me organice, te llamaré, o a Holt.

-Muy bien -dijo Nate. Sonó el teléfono, pero no le prestó atención-. Ya sabes dónde encontrarnos.

-Cuando ponga todo esto en orden tenemos que hablar de cómo hay que hacer las anotaciones.

Sonriendo, Nate se sentó sobre la mesa.

-Tú mandas, nena.

Megan cerró la cartera.

-No, mandas tú. Y no me llames «nena» -dijo, y se marchó.

Atravesó el pueblo para dirigirse a Las Torres. Al llegar al pie de la rampa llena de curvas que conducía a Las Torres, se apartó de la carretera-y se detuvo.

Necesitaba un momento de tranquilidad antes de ver a nadie. Cerró los ojos y recostó la cabeza en el reposacabezas. El interior de su estómago se agitaba, lleno de mariposas, con una sensación que no podía acallar tan solo con fuerza de voluntad.

Aquella debilidad la ponía furiosa. Nathaniel Fury la ponía furiosa. Después de tanto tiempo, de tanto esfuerzo, tan solo habían bastado unas mira-, das para recordarle, con demasiada fuerza, que no era más que una mujer.

Peor, mucho peor. Estaba segura de que Nate sabía lo que estaba haciendo y lo mucho que a ella la afectaba.

Ya había sido vulnerable a un rostro atractivo y a palabras de flirteo antes. A diferencia de los que la querían, se negaba a culpar a su juventud e inexperiencia de sus acciones irreflexivas. Una vez, había escuchado a su corazón y había creído en el amor eterno. Pero ya no podía creer en nada. Se había dado cuenta de que no había príncipes ni calabazas, ni castillos en el aire. Solo quedaba la realidad, una realidad que una mujer tenía que construir por sí misma, y en la que tenía que incluir a su hijo.

No quería que le palpitara el corazón, ni quería ponerse tensa. No quería aquella cálida sensación en el estómago, aquel hueco que clamaba por ser llenado. No en aquellos momentos. Nunca más.

Todo lo que quería era ser una buena madre para Kevin, darle un hogar, darle felicidad. Quería labrarse un camino en la vida, ser fuerte, inteligente, autosuficiente.

Dejó escapar un suspiro y sonrió. También quería ser invulnerable.

Probablemente no lo consiguiera, pero al menos sería sensata. No volvería a permitir que un hombre tuviera el poder de alterar su vida, y mucho menos cuando el único poder que parecía tener sobre ella era ponerle la piel de gallina.

Más tranquila y con mayor confianza, arrancó. Tenía trabajo que hacer.

Ten corazón, Mandy -dijo Megan, que se había topado con su cuñada en cuanto volvió a Las Torres-. Solo quiero ver mi despacho para irme acostumbrando.

Amanda levantó la cabeza con desdén. Estaba sentada en su mesa, examinando unos papeles.

-Es horrible cuando todo el mundo está ocupado y tú no, ¿verdad?

Megan dejó escapar un suspiro de esperanza.

-Horrible.

-Sloan quiere que te tomes un descanso -dijo Amanda, y se rió al ver que Megan cerraba los ojos con impaciencia-. Pero, ¿él qué sabe?

Se levantó y rodeó la mesa.

-Ven, tu despacho está aquí al lado -dijo, y la acompañó hasta otra puerta de madera labrada-. Creo que tienes todo lo que necesitas. Pero si nos hemos olvidado de algo, dímelo.

Algunas mujeres sienten cierta excitación al entrar en unos grandes almacenes. Otras al oír descorchar una botella de champán a la luz de una vela. A Megan, era la visión de un despacho bien ordenado y equipado lo que le causaba aquel temblor de excitación.

Y allí tenía todo lo que podía desear.

La mesa era espléndida, de nogal, encerada, con un sillón de cuero claro. Sobre una mesa auxiliar, tenía un teléfono multilínea y un ordenador.

Le dieron ganas de dar saltos de alegría.

Los muebles archivadores eran de madera y todavía olían a aceite de limón. Los tiradores, de cobre, brillaban con la luz del sol que entraba a través de las grandes ventanas. La alfombra persa tenía un color rosado que hacía juego con la tapicería de las sillas. Había estanterías llenas de archivadores y una mesa auxiliar de madera con una cafetera, fax y fotocopidora.

El encanto del viejo mundo y la moderna tecnología reunidas para proporcionar la mayor eficacia.

-Mandy, es perfecto.

-Sabía que te iba a gustar -dijo Amanda-. No puedo decir que sienta librarme de la contabilidad. Hay trabajo para ocupar toda la jornada. Todo está agrupado por secciones: ingresos, facturas de gastos, pagos a crédito, préstamos, etcétera -dijo, y abrió un cajón archivador para demostrárselo.

Megan, que era muy ordenada, sintió una gran satisfacción al ver las carpetas organizadas por colores y orden alfabético.

-Maravilloso. Y nada de cajas de cigarros.

Amanda la miró con vacilación, luego cayó en la cuenta y se rió.

-Ya veo que has visto el sistema de archivos de Holt.

Megan, que se sentía muy cómoda con Amanda, dio unos golpecitos en su cartera.

-Aquí está su sistema de archivos -dijo, e, incapaz de resistirlo por más tiempo, se sentó en su silla. Pero esto está mucho mejor. No sé cómo darte las gracias por dejar que me una al equipo.

-No seas tonta, eres de la familia. Además, puede que dentro de dos semanas, cuando sepas el caos que hay aquí, no te apetezca tanto darme las gracias. No puedo decirte cuántas interrupciones... dijo Amanda, y se interrumpió al oír que la llamaban-. ¿Lo ves?

Fue a abrir la puerta.

-Estoy aquí, O'Riley.

Trent y Sloan irrumpieron en la habitación cubiertos de polvo.

-Creía que estabais tirando un tabique -les dijo Amanda.

-Y eso hacíamos, aparte de llevarnos unos muebles viejos para tirar. Mira lo que hemos encontrado.

Amanda examinó lo que le enseñaban.

-Un libro antiguo. Es maravilloso, cariño. Ahora, ¿por qué no seguís jugando a las casitas?

-No es un libro -dijo Trent-. Es el libro de contabilidad de Fergus del año 1913.

-Oh -exclamó Amanda, agarrando el libro.

Megan, presa de la curiosidad, se acercó junto a ellos.

-¿Es importante?

-Es del año en que murió Bianca -dijo Sloan-. Conoces la historia, ¿verdad, Meg? La historia de cómo se vio Bianca atrapada en un matrimonio interesado y sin amor. Luego conoció a Christian Bradford y se enamoró. Decidió huir con él y llevarse a los niños, pero Fergus se enteró. Discutieron en la Torre y se cayó por la ventana.

-Y él destruyó todo lo que le pertenecía -dijo Amanda con la voz tensa por la emoción-. Todo... su ropa, sus joyas, sus cuadros. Todo menos las esmeraldas, y solo porque ella las había escondido. Es lo único que nos queda, y el retrato que le hizo Bradford -dijo-. Supongo que es una ironía del destino que ahora también tengamos esto. Un libro donde él anotó sus pérdidas y ganancias.

-Los márgenes están llenos de notas -dijo Trent-. Casi parece un diario breve.

Amanda frunció el ceño y leyó en voz alta:

La cocina estaba demasiado sucia. Despedido al cocinero, muy blando con el personal. Compra de gemelos de diamante. Más vistosos que los de J. P. Getty. Los llevaré a la ópera.

Después de leer, dejó escapar un largo suspiro.

-Demuestra la clase de hombre que era, ¿verdad?

-Nena, no te lo habría traído si llego a saber que iba a molestarte tanto.

Amanda negó con la cabeza.

-No, la familia querrá leerlo -dijo y dejó caer el brazo-. Le estaba enseñando a Megan sus nuevos dominios.

-Ya lo veo -dijo Sloan, frunciendo el ceño-. ¿Y qué pasa con los días de descanso?

-Así es como yo descanso -respondió Megan-. ¿Así que por qué no os vais y me dejáis descansar? dijo con una sonrisa.

-Excelente idea -dijo Amanda, dándole un beso a su marido y empujándolo-. Largo de aquí.

Cuando se alejaban, sonó el teléfono de Amanda.

-Si quieres algo, llámame -dijo y se metió en su despacho.

Megan cerró la puerta. Se frotó las manos de emoción al acercarse a su mesa para abrir la cartera. Le enseñaría a Nathaniel Fury el verdadero significado de la palabra orden.

Tres horas más tarde, se vio interrumpida por el ruido de unas pisadas apresuradas. Antes de que abrieran la puerta, supo que era Kevin.

-¡Hola, mamá! -dijo el niño precipitándose hacia ella, y Megan le prestó toda su atención-. Lo hemos pasado muy bien. Hemos jugado a la guerra con Fred y Sadie. Y luego fuimos al jardín de Suzanna a regar.

Megan se fijó en los pantalones mojados de Kevin.

-Y de paso os habéis estado echando agua, ¿no?

Kevin sonrió.

-Echamos una batalla de agua y yo gané.

-Mi héroe.

-Hemos comido pizza, y mañana Suzanna tiene que arreglar el jardín, así que no podemos ir con ella, pero podemos ir a ver ballenas si quieres. Tú sí quieres, ¿verdad? Le dije a Alex y a Jenny que iríamos.

Megan observó los ojos de su hijo, oscuros y brillantes de emoción. Nunca lo había visto tan feliz. Si en aquel momento le hubiera pedido que fueran a cazar leones a Kenya, habría accedido.

-Claro que sí -dijo dándole un fuerte abrazo-. ¿A qué hora quieres ir?

A las diez en punto de la mañana siguiente, Megan, y su cargamento de niños, estaba en el puerto. Aunque hacía un día caluroso, había seguido el consejo de Suzanna llevando cazadoras y gorras para la travesía. También llevaba prismáticos, una cámara y carretes de sobra.

Aunque tomó pastillas para el mareo, se le revolvió el estómago con solo mirar el barco.

Parecía muy sólido, y era un consuelo. La pintura blanca brillaba bajo el sol y también las barandillas. Al subir a bordo, vio que había un gran camarote cerrado en la primera cubierta. Para los más cautelosos, se dijo. Tenía una barra, máquinas de bebidas, sillas y bancos.

Era un lugar muy deseable, pero sabía que los niños no querrían ni poner los pies cerca de él.

-Tenemos que ir a la cabina -dijo Alex-. Este barco es nuestro y de Nate.

-Papá dice que es del banco -dijo Jenny, subiendo por la escalerilla de metal. Llevaba el pelo recogido con una cinta roja-. Pero lo dice en broma. El holandés dice que un marinero de verdad no va de paseo con turistas, pero Nate se ríe de él.

Megan sonrió. Todavía no conocía al famoso holandés.

-Estamos aquí -exclamó Alex, al entrar en la cabina-. Y Kevin, también.

-Bienvenidos a bordo -dijo Nathaniel, levantando la vista de una carta marina. Se fijó en Megan inmediatamente.

-Creía que era Holt el que llevaba el barco.

-Está en el Queen -dijo Nate, sonriendo. Sostenía un cigarro entre los dientes-. No te preocupes, Meg, no voy a hundir el barco.

Megan no lo dudaba. De hecho, con aquellos pantalones y suéter negros, la gorra de marino y el brillo en su mirada, Nate tenía un aspecto muy, competente. Parecía un pirata a bordo de un mercante.

-He empezado a revisar vuestros libros -dijo.

-Me lo imaginaba.

-Están hechos un lío.

-Ya. Kevin, ven a echar un vistazo. Voy a enseñarte adónde vamos.

Kevin vaciló, apretando la mano de su madre durante algunos instantes más. Pero el colorido de las cartas fue demasiado para él. Al poco tiempo no paraba de hacer preguntas.

-¿Cuántas ballenas vamos a ver? ¿Y qué pasa si chocan contra el barco? ¿Van a echar agua por el agujero? ¿Cómo se conduce el barco?

Megan le dijo a su hijo que no molestara al señor Fury, pero Nathaniel respondía a las preguntas con Jenny sentada en sus rodillas y llevando el dedo de Alex sobre la carta. Pirata o no, pensó Megan, sabía cómo tratar a los niños.

-Listos para zarpar, capitán.

Nathaniel miró al marinero y asintió.

-Un cuarto a popa -dijo y, sin soltar a Jenny, se acercó al timón-. Desatraque el barco, marinera le dijo, y guió sus movimientos.

A Megan le picó la curiosidad y se inclinó hacia delante para estudiar los instrumentos: el medidor de profundidad, el sonar, el equipo de radio. Aquellos instrumentos, y el resto del equipo, eran tan extraños para ella como el panel de una nave espacial. Ella era una mujer de las llanuras.

A medida que el barco iba alejándose del puerto, se le hizo un nudo en el estómago.

Trató de resistir el mareo, reprendiéndose por sentirlo. Solo estaba en su mente, se decía con insistencia. Era una debilidad imaginaria y estúpida a la que podía vencer con fuerza de voluntad.

Además, había tomado píldoras antimareo, así pues, no podía marearse.

Los niños exclamaron de alegría al ver que el barco salía al mar, surcando la bahía lentamente.

Alex, generoso, le dejó a Kevin tocar la bocina. Megan miró por la ventana de la cabina, fijándose en las aguas tranquilas de la Bahía del Francés.

Era muy hermoso, se dijo, y apenas se movía.

-Mira a estribor y verás Las Torres -le dijo Nathaniel.

-Es verdad -anunció Jenny-. Estribor es la derecha y babor la izquierda.

-Proa es delante y popa detrás -dijo Alex, por no ser menos.

Megan miró hacia los acantilados, esforzándose por no prestar atención a su estómago.

-Kevin, mira -dijo agarrándose a la barandilla-. Parece que sale de las rocas.

También parecía un castillo, se dijo mientras lo miraba, con su hijo a su lado. Las Torres se encaramaban en el cielo, contra el cielo claro y azul del verano, la mica de las rocas, grises, despedía destellos de luz. Ni siquiera los andamios, y los hombres subidos en ellos, que desde el barco no eran más que pequeñas figuras, estorbaban la imagen de cuento de hadas. Un cuento de hadas, se dijo, con un lado oscuro.

-Parece un castillo de la costa irlandesa -dijo Nathaniel a sus espaldas-, o de una colina de Escocia.

-Sí. Desde el mar es todavía más impresionante -dijo Megan, y se estremeció.

-¿Quieres ponerte la chaqueta? -le preguntó Nathaniel-. Cuando salgamos al mar, hará más frío todavía.

-No, no tengo frío. Solo estaba pensando. Es difícil no pensar en la historia de Bianca cuando miras Las Torres.

-Sí, se asomaba a la ventana y miraba al mar, esperando a Christian. Y soñaba, sintiéndose culpable, porque era una auténtica dama y conocía su deber, pero el deber no sirve de nada cuando tropieza con el amor.

Megan volvió a estremecerse. Aquellas palabras la llegaron al alma. Había estado enamorada una vez y había descuidado su deber, y perdido su inocencia.

-Pagó por ello -dijo Megan y apartó la mirada, para distraerse, se fijó en las cartas de navegación, aunque no sabía interpretarlas.

-Llevamos dirección Norte noreste -dijo Nate, y, como había hecho con Alex, tomó la mano de Megan y la guió sobre la carta-. Tenemos un día claro, con buena visibilidad, pero hay viento. Vamos a movernos un poco.

Estupendo, se dijo Megan, y tragó saliva.

-Si no vemos ballenas, los niños se van a llevar un decepción.

-No te preocupes, las veremos.

Megan cayó hacia él cuando las tranquilas aguas de la bahía dejaron paso al mar, más encrespado. Nate la agarró por los hombros. El barco cabeceaba, pero él estaba firme como una roca.

-Tienes que separar los pies, distribuir el peso.

Megan no estaba segura de que aquello sirviera de algo. Empezaba a marearse. No podía, se dijo, estropearle el día a Kevin, ni humillarlo, mareándose.

-Tardamos una hora en llegar, ¿verdad? -dijo con una voz mucho más vacilante de lo que esperaba.

-Sí.

Megan hizo ademán de irse, pero acabó por apoyarse contra él.

Nate le dio la vuelta. Megan estaba pálida, como la nieve, con un ligero color verdoso bajo la piel. Nate movió la cabeza con preocupación.

-¿Has tomado algo?

Megan no podía seguir fingiendo, y no tenía la fuerza para mostrar valor.

-Sí, pero me parece que no ha servido de nada. Me mareo hasta en una canoa.

-¿Y te metes en un viaje de tres horas en el Atlántico?

-Kevin quería venir...

Nate la agarró por la cintura y la llevó a un banco.

-Siéntate -le ordenó.

Megan obedeció, y al ver que los niños estaban distraídos mirando al mar, agachó la cabeza y la puso entre las piernas.

Tres horas, pensó, al cabo de tres horas tendrían que meterla en una bolsa y echarla al mar. ¿Qué le había hecho pensar que un par de píldoras lograrían el milagro? Sintió que le ponían una mano en el hombro.

-¿Qué? ¿Ya ha venido la ambulancia?

-Todavía no, nena.

Era Nathaniel, que le puso unas vendas en las muñecas.

-¿Qué es esto?

-Acupuntura -dijo Nathaniel, y retorció las vendas hasta que Megan sintió la presión de algo metálico en un punto de la muñeca.

Se habría echado a reír si no fuera porque le daban ganas de llorar.

-Genial, me hace falta una camilla y tú me haces vudú.

-La acupuntura es una ciencia muy válida. Y yo tampoco despreciaría el vudú. Yo he visto algunos resultados impresionantes. Ahora respira profundamente y quédate aquí sentada -dijo Nate y fue a abrir una ventana para dejar que entrara la brisa-. Tengo que volver a la cabina.

Megan se apoyó en la pared y dejó que la brisa le diera en la cara. Al otro lado de la cubierta los niños jugaban, esperando encontrar a Moby Dick tras la espuma de cada ola. Megan se fijó en las colinas, pero luego cerró los ojos.

Suspiró, después empezó a formular una complicada fórmula trigonométrica. Extrañamente, cuando dio con la solución, se sentía mucho mejor.

Probablemente porque tenía los ojos cerrados, se dijo. Pero no podía mantenerlos cerrados durante tres horas, y menos cuando estaba al cargo de tres niños.

Para probar, abrió un ojo. El barco seguía meciéndose, pero ella seguía sintiéndose bien. Abrió el otro ojo. Al no ver a los niños sintió pánico. Se puso en pie, olvidando el mareo, y los vio en la cabina, rodeando a Nate.

Qué bien, se dijo con disgusto, ella allí sentada, mareada, mientras Nathaniel, que tenía que pilotar el barco, cuidaba de los niños. Se puso una mano en el estómago y avanzó un paso.

Pero no le sucedió nada.

Frunciendo el ceño, avanzó otro paso, y otro. Se sentía algo débil, ciertamente, pero ya no vacilaba, ni sentía náuseas. Se atrevió a hacer la última prueba, y miró por la ventana.

Sintió un tirón, pero fue casi una sensación agradable, como la de montar en un tiovivo. Agachó la vista y se miró las vendas de las muñecas con asombro.

Nathaniel la miró por encima del hombro. A Megan le había vuelto el color.

-¿Mejor?

-Sí -dijo Megan sonriendo-. Gracias.

Les puso a los niños las cazadoras y ella se puso la chaqueta. Sobre el Atlántico, el verano se desvanecía.

-La primera vez que salí a navegar, nos vimos metidos en una tormenta. Pasé las dos peores horas de mi vida asomado a la baranda. Venga, toma el timón.

-¿El timón? No.

-¿Por qué no?

-Venga, mamá. Es muy divertido.

Empujada por los tres niños, Megan se encontró metida en la cabina. Dio con la espalda contra el pecho de Nathaniel, que le agarró las manos.

Megan se estremeció. El cuerpo de Nathaniel era fuerte como el acero y sus manos seguras y firmes. Podía oler el mar, pero también lo olía a él. No importaba lo mucho que tratara de concentrarse en el agua que fluía interminablemente a su alrededor, Nate estaba allí, justo allí, acariciándole la cabeza con la barbilla.

-No hay nada como pilotar para no marearse -comentó Nate.

Megan profirió un sonido de asentimiento. Imaginaba lo que sería sentir sus manos sobre su cuerpo. Si se daba la vuelta para quedar frente a él e inclinaba la cabeza hasta alcanzar el ángulo correcto...

Desconcertada por aquel pensamiento, volvió a hacer un cálculo matemático.

-Velocidad a un cuarto -ordenó Nathaniel.

El cambio de velocidad hizo perder el equilibrio a Megan. Al tratar de recobrarlo, Nathaniel le dio la vuelta, de modo que quedó frente a él. Por la sonrisa de Nate, Megan se preguntó si sabía lo que ella estaba imaginando

-Mira esa lucecita en la pantalla, Kevin -dijo Nate, pero no dejaba de mirar a Megan, cautivándola con su mirada profunda, con aquellos ojos azules oscuros, ojos de hechicero, pensó tristemente-. ¿Sabes lo que quiere decir? añadió, inclinando la cabeza, acercándola a la de Megan-. Que hay ballenas.

-¿Dónde? ¿Dónde, Nate? -dijo el niño, y corrió a la ventana.

-Sigue mirando. Cuando las veamos, paramos.

Al detenerse, el barco se meció con más entusiasmo, ¿o era ella la que estaba más agitada?, se preguntó Megan. Nathaniel habló por la megafonía del barco, haciendo un comentario acerca de las ballenas que veían en el mar. Megan sacó los prismáticos y la cámara del bolso.

-¡Mira! -exclamó Kevin, saltando sobre la cubierta-. ¡Mamá, mira!

Una enorme ballena emergió del agua, elevándose, suave y espléndidamente. La gente que estaba en cubierta rompió en exclamaciones de admiración. Megan contuvo el aliento.

Había una suerte de magia en que un animal tan grande, tan magnífico, pudiera no solo deslizarse tan suavemente, sino existir.

El animal expulsó un chorro de agua por el, orificio superior, y fue igual que si un trueno resonara en el cielo.

El agua salpicó el aire, esparciéndose como gotas de diamante. Megan se quedó mirando con un nudo en la garganta, olvidándose de los prismáticos y de la cámara.

-Su pareja se acerca -dijo Nathaniel.

Megan despertó de su abstracción y tomó la cámara.

La otra ballena emergió y las dos se deslizaron sobre el agua, resoplando.

Los niños aplaudieron entusiasmados. Megan se echó a reír y tomó en brazos a Jenny para que pudiera ver mejor. Los tres niños miraron por turno, y con impaciencia, por los prismáticos.

Megan se apoyó en la ventana, observando con tanto interés como los pequeños, mientras el barco seguía a las ballenas en su travesía. Luego, las ballenas dieron un enorme bufido y se sumergieron en el mar con un golpe de sus enormes aletas. En la cubierta inferior, la gente, aunque salpicada de agua, profirió exclamaciones de entusiasmo.

Dos veces más, el Mariner buscó y encontró más ejemplares, proporcionando a los pasajeros el espectáculo de su vida. Tiempo después, viraron y pusieron proa al puerto. Megan miró por la ventana, esperando ver ballenas una vez más.

-Bonito, ¿verdad?

Megan miró a Nathaniel, le brillaban los ojos.

-Increíble. No podía imaginarlo. Lo había visto en televisión, pero es mucho más espectacular.

-No hay nada como verlo y hacerlo tú mismo -dijo Nate con una mueca-. ¿Sigues bien?

Megan se rió y se miró las muñecas.

-Otro pequeño milagro. No habría apostado ni un céntimo.

-«Hay más cosas en el cielo y en la Tierra, Horacio».

Un pirata citando Hamlet.

-Eso parece -murmuró Megan-. Mira, Las Torres -dijo señalando.

-Estás aprendiendo, nena.

Cuando alcanzaron la bahía, Nathaniel dio las órdenes para atracar.

-¿Cuánto tiempo llevas navegando? -le preguntó Megan.

-Toda mi vida. Me fugué y me enrolé en la marina mercante a los dieciocho años.

-¿Te fugaste? -dijo Megan sonriendo-. Buscando aventuras?

-Buscando libertad.

Nate atracó con tanta suavidad como si se pusiera un guante.

Megan se preguntaba por qué un chico se marcharía en busca de libertad. Y pensó en sí misma a la misma edad, una cría con un hijo. Había entregado su libertad, pero, nueve años después, no se arrepentía de ello. El precio de su libertad había sido su hijo.

-¿Podemos ir a beber? -le preguntó Kevin-. Tenemos sed.

-Claro, yo os llevo.

-Podemos ir solos -dijo Alex con orgullo-. Yo tengo dinero. Queremos sentarnos abajo y ver bajar a la gente.

-Muy bien, pero quedaos dentro -dijo Megan-. Despliegan sus alas demasiado pronto.

-A tu hijo todavía le queda mucho tiempo para dejarte.

-Eso espero -dijo Megan, y se callo a tiempo de añadir: «es todo lo que tengo»-. Ha sido un día estupendo para él, y para mí también. Gracias.

-Ha sido un placer.

Estaban solos en la cabina, amarrados. Los pasajeros empezaban a desembarcar.

-Volverás.

-No puedo dejar solo a Kevin. Voy a buscarlos.

-Están bien, no te preocupes -dijo Nate, y se acercó a Megan antes de que esta se evadiera-. Tranquila, no te pongas nerviosa.

-No estoy nerviosa.

-Yo creo que sí. Era una delicia observar tu cara cuando vimos la ballena. Siempre es una delicia, pero cuando te ríes y el viento te revuelve el pelo, volverías loco a cualquier hombre.

Avanzó otro paso. Megan retrocedió hasta dar con la rueda del timón. Tal vez no tuviera derecho, se decía Nate, pero ya pensaría en eso después.

-También me gusta tu mirada. Tu mirada, ahora. Eres todo ojos. Tienes los ojos más bonitos que he visto. Y tu piel dorada, como el melocotón -dijo Nate, acariciándole la mejilla.

-No me afectan los flirteos -dijo Megan. Quería aparentar firmeza, no quedarse sin aliento.

-Es solo la verdad -dijo Nate, e inclinó la cabeza para besarla-. Si no quieres que te bese, dime que no.

Megan lo habría hecho, de haber sido capaz de hablar. Pero Nate la besó antes, y empezó a acariciarla. Más tarde, Megan se diría que había intentado protestar, apartarse, pero no era verdad.

Disfrutó de aquel beso, dejándose llevar, invadida por el deseo. Era el primer beso después de muchos años. Enredó los dedos en los cabellos de Nate, urgiéndolo a que la besara más y más.

Nate esperaba una respuesta fría, o al menos vacilante. Quizá hubiera visto un brillo de pasión en sus ojos, pero le parecía profundo, escondido, igual que un volcán, que en la superficie parece dormido.

Sin embargo, nada lo había preparado para aquel estallido de fuego.

No pudo pensar en nada, luego solo pensó en Megan, en su olor, en su tacto, en su sabor. La estrechó con fuerza, sintiendo con placer cada curva de su cuerpo, que Megan apretaba sin rubor.

El olor del océano le hizo imaginar que se encontraban en una playa desierta, mientras las olas golpeaban en la orilla y se oían las gaviotas.

Megan sentía que se estaba hundiendo y se agarró a él, buscando equilibrio. Se veía atrapada en un torbellino de sensaciones y las vendas que tenía en las muñecas no bastarían para que recobrara el bienestar, la calma.

Le haría falta fuerza de voluntad, pero le bastó... el recuerdo.

Se apartó de él y habría caído al suelo de no sostenerla Nate.

-No.

Nate, que estaba sin aliento, se dijo que más tarde pensaría por qué un solo beso lo dejaba sin respiración, igual que un puñetazo.

-Tendrás que ser más específica. No a qué?

-A esto, a cualquier cosa relacionada con esto -replicó Megan, presa del pánico-. No estaba pensando.

-Yo tampoco. Es una buena señal no pensar cuando te besan.

-No quiero que me beses.

Nate se metió las manos en los bolsillos. Era lo más seguro, decidió. Megan volvía a pensar.

-Nena, me parece que también ha sido cosa tuya.

No tenía sentido negar lo evidente.

-Eres muy atractivo y he respondido de un modo natural.

Nate sonrió.

-Nena, si besar así es natural para ti, voy a morir muy feliz.

-No pienso dejar que vuelva a ocurrir.

-Ya, pero las buenas intenciones no siempre se cumplen -dijo Nate.

Megan estaba tensa. Nate se daba cuenta y pensaba que la experiencia con Dumont debía haberle dejado muchas cicatrices.

-Tranquilízate, Meg -dijo más amablemente-. No te voy a forzar. Si quieres ir despacio, iremos despacio.

La razonable propuesta de Nate enfureció a Megan.

-No vamos a ir ni deprisa ni despacio -dijo.

-Me temo que voy a tener que contradecirte. Cuando un hombre y una mujer se atraen tanto, es difícil evitar el deseo.

Megan sabía que tenía razón. Incluso en aquellos momentos, una parte de ella le decía que se dejara llevar.

-No me interesa el deseo. Ahora no quiero tener una relación y menos con un hombre que ni siquiera conozco.

-Pues entonces nos conoceremos mejor -respondió Nate con un tono irritablemente razonable.

Megan apretó la mandíbula.

-No quiero una relación. Sé qué debe ser un gran golpe para tu ego, pero tendrás que acostumbrarte. Ahora, si me perdonas, voy por los niños.

Nate se apartó para dejarla pasar y esperó a que llegara a la puerta de cristal que llevaba a la cubierta de arriba.

-Meg -dijo. Era solo una parte de su ego la que lo incitaba a hablar, el resto era pura determinación-. Cuando haga el amor contigo no pensarás en él. Ni siquiera recordarás su nombre.

Megan se volvió para mirarlo, con desprecio. Abandonó su dignidad y se marchó con un portazo.

Esa mujer va a acabar conmigo -dijo El Holandés. Estaba en la despensa, con una botella de ron en la mano-. Escucha bien lo que te digo, muchacho.

Nathaniel estaba sentado a su lado, relajado, después de disfrutar de una cena con las Calhoun. La cocina del hotel estaba immaculada, después de la cena, y Coco estaba con la familia. De otro modo, El Holandés no se habría atrevido con el ron.

-No estarás pensando en abandonar el barco, ¿verdad, compañero?

El Holandés rebufó. Le hacía gracia, ¿cómo iba a abandonar solo porque una mujer se le subía a las barbas?

-Me quedo -dijo y, después de una mirada a la puerta, sirvió ron para los dos-. Pero te lo advierto, muchacho, antes o después, esa mujer va a recibir su merecido. Y se lo va a dar quien yo me sé dijo señalándose el pecho con el pulgar.

Nathaniel bebió un trago de ron. Le rechinaron los dientes y le quemó la garganta.

-¿Dónde está la botella que te regalé?

-La usamos en una tarta. Este es bastante bueno para beber.

-Sí, si quieres tener una úlcera -masculló Nathaniel-. Bueno, ¿qué problemas tienes con Coco?

-No es un problema, son dos -dijo El Holandés, y frunció el ceño cuando sonó el teléfono de servicio. Servicio de habitaciones, pensó haciendo una mueca, nunca había tenido servicio de habitaciones en sus barcos-. Sí, ¿qué?

Nathaniel sonrió. La diplomacia no era el punto fuerte de El Holandés.

-Se creará que no tenemos nada más que hacer -dijo El Holandés-. Se lo llevaremos cuando esté listo -dijo, y colgó-. Champán y tarta a estas horas. Recién casados. No les hemos visto el pelo en toda la semana.

-¿Dónde está tu romanticismo, Holandés?

-Eso te lo dejo a ti, muchacho -dijo cortando un pedazo de tarta de chocolate con sus manazas-. Ya he visto cómo mirabas a la pelirroja.

-Es rubia, aunque con reflejos rojizos -lo corrigió Nathaniel, y se atrevió a beber otro trago-. Es guapa, ¿eh?

-Como todas las que te gustan -dijo El Holandés, y acompañó los trozos de tarta con natillas y fresas. Tiene un niño, ¿no?

-Sí -dijo Nathaniel, la tarta tenía tan buen aspecto que le apeteció un trozo-. Kevin, pelo castaño, alto para su edad, ojos grandes.

-Ya lo he visto -dijo El Holandés, que tenía una debilidad por los niños que trataba de ocultar-. Ha bajado con los otros dos pillos a buscar dulces.

Que, como Nathaniel sabía, se los había dado con gran placer, a pesar de su máscara de gruñón.

-Lo tuvo demasiado joven, ¿no?

Nathaniel frunció el ceño. Aquella frase parecía indicar el pensamiento de El Holandés, que Megan era la única responsable de su embarazo.

-Aquél cerdo la engañó -dijo.

-Lo sé, lo sé, he oído algo. Es difícil que se me escape algo -dijo El Holandés.

No era difícil recabar información acerca de Coco, si buscaba en los sitios convenientes. Aunque no lo admitía, era algo que hacía diariamente. Llamó a un camarero por el intercomunicador.

-Prepara una bandeja para la número tres -dijo-. Dos tartas y una botella de champán de la casa, y no te olvides de las servilletas, maldita sea.

Una vez servida la bandeja, apuró su ron.

-Apuesto a que te apetece un trozo.

-No diría que no.

-Nunca he visto que rechaces una buena comida, o una mujer -dijo El Holandés, y cortó un trozo de tarta, bastante más grande que los anteriores.

-¿No me vas a poner fresas?

-Come y calla. Es demasiado delgada, ¿no? ¿Cómo es que no estás ligando con ella?

-Voy poco a poco -dijo Nathaniel con la boca llena-. Están todos en el comedor, reunión familiar -dijo Nate. Se levantó, se sirvió una taza de café y echó en él el ron que le quedaba-. Han encontrado un libro antiguo. Y no es demasiado delgada, es delicada.

-Sí, eso -dijo El Holandés, y pensó en Coco, llena de curvas-. Todas las mujeres son delicadas hasta que te ponen un anillo delante de las narices.

Nadie habría dicho que las mujeres reunidas en el comedor eran delicadas, no cuando tenía lugar una de las discusiones que sacudían el hogar de los Calhoun de vez en cuando.

-Yo digo que lo quememos -decía C. C., cruzada de brazos-. Después de todo lo que supimos de Fergus por el diario de Bianca, no sé por qué tenemos que guardar este libro.

-No podemos quemarlo -replicó Amanda-. Es parte de nuestra historia.

-A mí me da malas vibraciones -dijo Lilah mirando el libro, que estaba en el centro de la mesa-, muy malas.

-Puede ser -dijo Max, sacudiendo la cabeza-, pero no puedo quemar un libro, ningún libro.

-No es literatura exactamente -masculló C. C.

Trent dio unas palmadas en el hombro a su mujer.

-Podemos dejarlo donde estaba, o pensar en lo que sugiere Sloan.

-Creo que podríamos construir una sala con objetos relacionados con la historia de Las Torres -dijo Sloan-. Creo que sería bueno no solo para el hotel sino también para la familia.

-No sé -dijo Suzanna, apretando los labios y tratando de ser objetiva-. No quiero poner este libro al lado de las cosas de Bianca o de tía Colleen o del tío Sean.

-Fue un canalla, pero es parte de la historia -dijo Holt-. Estoy de acuerdo con Sloan.

Aquella opinión, por supuesto, despertó una serie de asentimientos, disensiones y otras sugerencias. Lo único que Megan podía hacer era permanecer sentada y observar con asombro.

No había querido estar allí, pero había sido convocada sumariamente. Las reuniones familiares de los Calhoun eran sagradas.

La discusión seguía y ella se fijó en el objeto en cuestión. Cuando Amanda lo dejó en su despacho, sucumbió a la tentación. Le quitó el polvo y lo hojeó, sin poder evitar fijarse en las columnas repletas de números, en ocasionales errores de aritmética. Asimismo, se había fijado en las notas al margen y, después de leer algunas, se daba cuenta de que Fergus Calhoun era un hombre frío, ambicioso y egoísta.

Pero no entendía por qué un simple libro de contabilidad ocasionaba tantos problemas. Sobre todo, cuando las últimas páginas estaban llenas de números, solo números, sin ninguna explicación.

Se estaba diciendo, una vez más, que no debía intervenir, cuando fue blanco de todas las miradas.

-¿Tú qué opinas, Megan? -le preguntó Coco.

-¿Perdón?

-¿Tú qué piensas? No has dicho nada y, al fin y al cabo, tu opinión sería la más cualificada.

-¿Por...?

-Es un libro de contabilidad -señaló Coco-. Tú eres contable.

La lógica de aquella aseveración derrotó a Megan.

-No es asunto mío-dijo, pero un coro de respuestas le dijo todo lo contrario-. Bueno, yo... Supongo que sería un recuerdo interesante, y es muy interesante revisar un libro de contabilidad de hace tanto tiempo. Ver los sueldos, calcular el valor en dólares actuales, obtener la renta de la familia en aquel año.

-¡Claro! -dijo Coco, aplaudiendo-. Anoche estuve pensando en ti, Meg, mientras me echaba las cartas. Y me acordé de que tu carta decía que te verías inmersa en un proyecto, un proyecto con números.

-Tía Coco -dijo C. C. con paciencia-, Megan es nuestra contable.

-Ya lo sé, cariño -dijo Coco con una brillante sonrisa-. Así que, al principio, no pensé mucho en ello. Pero seguía con la sensación de que se trataba de algo más y estoy segura de que el proyecto va a deparar algo maravilloso, algo que nos hará muy felices a todos. Me alegro mucho de que lo hagas.

-¿Que haga el qué? -dijo Megan, y miró a su hermano, que estaba sonriendo.

-Estudiar el libro de Fergus. Incluso podrías archivarlo en el ordenador, ¿verdad? Sloan nos ha dicho que eres muy lista.

-Podría, pero...

El llanto de un niño, que llegaba través de un altavoz, la interrumpió.

-¿Es Bianca? -dijo Max.

-Ethan -dijeron C. C. y Lilah al unísono.

Y la reunión concluyó.

¿Qué había aceptado hacer exactamente? De alguna manera, aunque apenas había dicho una palabra, había quedado a cargo del libro de Fergus. Pero, qué remedio tenía, era un asunto de familia.

Suspiró y salió a la terraza. Aspiró profundamente el aire lleno de aromas de la noche. Oía el mar en la distancia. La brisa era fresca, ligeramente húmeda y salada. Las estrellas brillaban en el cielo, la luna creciente.

Su hijo estaba acostado, contento y seguro, rodeado de gente que lo quería.

Estudiar el libro de Fergus era un pequeño favor con el que podía empezar a pagar todo el bien que le habían hecho.

Demasiado desvelada como para irse a dormir, descendió por la terraza, entre los macizos de flores. Se fijó en las rosas y petunias, bañadas por la luz de la luna. Sobre el tronco de un árbol seco, trepaba una glicinia, cuyos pétalos, que cubrían el suelo, cayeron sobre su cabello al soplar la brisa.

-«Ella no era más que un delicado fantasma cuando, por vez primera, apareció ante mis ojos».

Megan se sobresaltó, llevándose la mano al corazón. Una sombra se separó de las otras sombras.

-¿Te he asustado? -dijo Nathaniel, acercándose. En la oscuridad brillaba la punta de su cigarro encendido-. Normalmente, Wordsworth tiene un efecto distinto.

-No te había visto. Pensé que no había nadie.

-Estaba pasando el rato con El Holandés y una botella de ron -dijo Nate, saliendo a la luz de la luna-. Le gusta quejarse de Coco y prefiere una audiencia comprensiva -dijo y dio una calada al cigarro. Su rostro se ocultó tras una nube de humo, atractivo y misterioso-. Bonita noche.

-Sí... Bueno, tengo que...

-No hace falta que huyas. Habías salido a pasear -dijo Nate y se agachó para cortar un peonía-. Está en su mejor hora -dijo ofreciéndosela a Megan.

Megan aceptó el capullo en silencio.

-Estaba admirando las flores -dijo al cabo de unos segundos-. A mí no se me dan bien.

-Tienes que poner mucho cariño, además de agua y fertilizante.

Megan tenía el cabello suelto, y seguía con los pantalones y la chaqueta que se había puesto para cenar. Qué pena, pensó Nate, le habría gustado más que estuviera en bata. Pero Megan O'Riley no era el tipo de mujer que se paseaba de noche en bata a la luz de la luna.

Y si tuviera ganas de hacerlo, no se lo permitiría.

El único modo de combatir aquellos penetrantes ojos grises, aparte de huir como una tonta, era la conversación.

-También sabes de jardinería, aparte de navegar y citar a los clásicos?

-Entre otras cosas, me encantan las flores -dijo Nate, y tomó la mano de Megan, la que sostenía la peonía, llevándosela a la nariz para aspirar el aroma de la flor y de la mujer.

Megan se vio atrapada, inmersa en una atmósfera llena de embrujo. El perfume del jardín parecía rodearlos, invadiendo sus sentidos. El rostro de Nate estaba cubierto de sombras. Ella se fijó en sus labios, curvos y tentadores.

Parecían completamente solos, totalmente apartados del mundo, de las responsabilidades diurnas. Eran solo un hombre y una mujer, bajo un cielo estrellado y en un jardín iluminado por la luna, mecidos por la música del mar distante.

Pero Megan trató de romper aquel encanto.

-Me sorprende que tengas tiempo para la poesía y las flores.

-Siempre se encuentra tiempo para lo que más importa.

Nate también sentía la magia de aquella noche. En noches como aquella, había oído canciones de sirenas, o rugidos de monstruos desconocidos. Nate creía en la magia y, por ello, aquella noche había esperado que Megan saliera al jardín y sabiendo, de algún modo, que lo haría.

-Vamos a pasear -le dijo a Megan sin soltarle la mano-. No podemos desperdiciar una noche como esta.

-Tengo que volver -dijo Megan.

-Luego.

De modo que Megan empezó a pasear con Nate en aquel jardín de cuento de hadas, con una flor en la mano y el cabello lleno de pétalos.

-Tendría que... ir a ver cómo está Kevin.

-¿Tiene problemas de sueño?

-No, pero...

-¿Pesadillas?

-No.

-Bueno, entonces -dijo Nate, continuando el paseo por el estrecho camino-. Cuando un hombre se acerca a ti, ¿siempre tienes ganas de salir corriendo?

-No he salido corriendo. Ya te he dicho que no quiero una relación.

-Tiene gracia, hace un momento, cuando estabas en la terraza, parecías una mujer preparada para empezar una relación.

Megan se detuvo.

-¿Me estabas espiando?

-Mmm -dijo Nathaniel, y apagó el cigarro en un cenicero de arena-. Estaba pensando que es una pena que no tenga un laúd.

Megan, aún molesta, sintió curiosidad.

-¿Un laúd?

-Una mujer sola en una terraza... Merece una serenata.

A Megan le dieron ganas de reír.

-Y tú sabes tocar el laúd.

-No, pero cuando te vi, pensé que me gustaría -dijo Nate y siguió caminando. La terraza iniciaba la pendiente hacia el mar-. Solía pasar por aquí navegando cuando era pequeño, y me quedaba mirando Las Torres. Me gustaba imaginar que un dragón las protegía y que yo escalaba el acantilado y luchaba con él.

-Kevin sigue diciendo que es un castillo -murmuró Megan.

-Cuando crecí y me fijé en las Calhoun, me imaginaba que cuando mataba al dragón me recompensaban. Supongo que son fantasías normales a los dieciséis años, será cosa de las hormonas.

Megan se rió.

-¿Con cuál soñabas?

-Con todas -dijo Nate sonriendo y se sentó en un muro, sentando a Megan a su lado-. Siempre han sido... algo especial. Holt soñaba con Suzanna, aunque nunca lo admitiría. Como era mi amigo, tuve que olvidarme de ella. Eso me dejaba a las otras tres, pero antes tenía que conquistar al dragón.

-Pero, ¿nunca peleaste con el dragón?

Una sombra cruzó el rostro de Nate.

-Tuve que pelearme con otro. Supongo que se puede decir que lo dejé para más tarde y me embarqué. Pero tuve un breve y maravilloso interludio con la encantadora Lilah.

-¿Tú y Lilah?

-Justo antes abandoné la isla, pero me había vuelto loco. Yo creo que estaba practicando -dijo Nate suspirando-. Era muy buena.

Megan imaginó su relación, relajada, distendida, perfecta.

-Qué fácil es ver lo que estás pensando, Meg -dijo Nate, sonriendo-. No éramos Romeo y Julieta. Nos besamos unas cuantas veces y traté de convencerla, por todos los medios, de que fuéramos más lejos. Pero no quiso. Tampoco me rompió el corazón. Bueno, me lo resquebrajó un poquito.

-¿Y a Max no le importa?

-¿Por qué iba a importarle? Se ha casado con ella y son uña y carne.

Nate tenía razón. Todas las Calhoun habían encontrado su media naranja.

-Es curioso, tantas relaciones cruzadas.

-¿Lo dices por mí o por ti?

Megan se puso tensa, porque de repente se dio cuenta de lo que significaba estar allí junto a Nate, que la rodeaba por los hombros.

-Qué más da.

-¿Sigues enfadada? -dijo Nate, estrechando el abrazo-. Por lo que he oído sobre Dumont, creo que no merece la pena que pienses en él. No merece la pena echar a perder una noche como esta removiendo viejas heridas. ¿Por qué no me cuentas cómo te han convencido para que aceptes el libro de contabilidad de Fergus?

-¿Cómo te has enterado de eso?

-Me lo han dicho Holt y Suzanna.

Megan se tranquilizó un poco. Era agradable discutir con alguien próximo, pero que no pertenecía a la familia.

-No sé qué ha pasado, casi no he abierto la boca.

-Tu primer error.

Megan dejó escapar un bufido.

-Tendría que haber gritado para que me oyeran. No sé por qué dicen que es una reunión silo único que hacen es discutir -dijo, y frunció el ceño-. Entonces, dejan de discutir y tú te das cuenta de que te han metido en el ajo. Y si tratas de decir que no, todos se echan sobre ti.

-Sé muy bien de qué hablas. Todavía no sé si meterme en negocios con Holt fue cosa mía. Surgió la idea, se discutió, se votó y se aprobó. Y al día siguiente, ya estaba firmando no sé qué documentos.

Interesante, pensó Megan, estudiando el perfil de Nate.

-No me pareces el tipo de persona que puede verse arrastrada a hacer lo que no quiere.

-Yo diría lo mismo de ti.

Megan reflexionó un momento.

-Tienes razón. El libro es fascinante, de todas formas, estoy deseando ponerme con él.

-Espero que no estés pensando en ocupar en él todo tu tiempo libre -dijo Nate, jugueteando con los cabellos sueltos de Megan-. Yo quiero una parte para mí.

Megan se separó un poco.

-Te he dicho que no quiero.

-Lo que te pasa es que estás preocupada porque estás interesada -dijo Nate, tomando su barbilla y girándole la cabeza para que lo mirase-. Me imagino que lo habrás pasado muy mal, por eso te dije que puedo esperar.

Megan lo miró con furia.

-No me digas cómo lo he pasado o lo he dejado de pasar. No te estoy pidiendo ni comprensión ni paciencia.

-Está bien.

Nate la besó sin mediar palabra, con deseo incontenible, sin poder ser fiel a su intención de ser paciente. Y sus labios eran exigentes, ansiosos, irresistibles, Megan no pudo hacer nada para rechazarlo.

Las ascuas que habían ardido en su interior desde el primer beso se convirtieron en llamas. Megan se odió por su propia debilidad, pero no podía evitarlo y se dejó arrastrar.

Había probado lo que quería, se dijo Nathaniel besándola en el cuello, sumergiéndose en una oleada de deseo.

Pero aquel deseo tenía que esperar para ser satisfecho, porque Megan todavía no estaba lista.

-Ahora dime que no te importa, que no te afecta -murmuró Nate, furioso consigo mismo por no tomar lo que sabía que era suyo-. Dime que no querías que te tocara.

-No puedo -exclamó Megan con desesperación.

Quería que la tocara, que le hiciera el amor, que la echara en el suelo y la amara salvajemente. Y, de ese modo, descargarla de responsabilidad, y de la sensación de vergüenza que solo la acobardaba.

-El deseo no basta -dijo y empujó a Nate, poniéndose en pie-, nunca me bastará. Ya he deseado antes.

Estaba temblando y con los ojos llenos de lágrimas.

-Pero yo no soy Dumont -dijo Nathaniel-, y tú ya no eres una chiquilla de diecisiete años.

-Sé quién soy, pero no sé quién eres tú.

-Eso es una evasiva. Nos sentimos atraídos desde el primer momento.

Megan retrocedió, porque sabía que era cierto, y le daba miedo.

-Estás hablando de química.

-Tal vez esté hablando de destino -dijo Nate con tranquilidad, y se levantó-. Necesitas tiempo para pensar, y yo también. Te acompaño a casa.

Megan lo detuvo con un ademán.

-Puedo ir yo sola -dijo y salió corriendo.

Nathaniel masculló una maldición. Volvió a sentarse y encendió otro cigarro. No tenía sentido volver a casa, no podría dormirse.

A la tarde siguiente, Megan levantó la vista de su mesa al oír que llamaban a su puerta.

-Pase.

-Perdón por la interrupción.

Era Coco. Megan comprobó, sorprendida, que Coco se había teñido el cabello. Lo llevaba castaño oscuro. Aquella mujer debía teñirse con tanta frecuencia como se cambiaba de zapatos.

-No has comido -dijo Coco y entró llevando una bandeja cargada de comida.

-No tenías por qué haberte molestado -dijo Megan consultando el reloj; se quedó de piedra al comprobar que eran más de las tres-. Ya tienes bastante que hacer.

-Esto es parte de mi trabajo -dijo Coco, sirviendo la comida. Echó un vistazo a la pantalla del ordenador, a la calculadora y a las facturas-. Dios mío, cuántos números. Nunca se me han dado bien.

-Hay que tomárselos con calma -dijo Megan-. Una vez que sabes que uno y uno son dos, se puede hacer cualquier cosa.

Coco miró la pantalla del ordenador con vacilación.

-Si tú lo dices, querida. Bueno, aquí tienes unos sandwiches y té helado.

Era una tentación, sobre todo porque no había desayunado. Un residuo de su encuentro con Nathaniel.

-Gracias, Coco. Siento que por mí hayas interrumpido tu trabajo.

-Oh -exclamó Coco con un gesto de la mano-. No te preocupes por eso. Para ser franca, querida, tenía que salir de allí, alejarme de ese hombre.

-¿Del holandés? -dijo Megan sonriendo, después de probar el primer sándwich-. Lo he conocido esta mañana, al bajar.

Coco empezó a jugar con los collares dorados que adornaban su cuello.

-Espero que no haya dicho nada ofensivo. Es un poco... brusco.

-No -dijo Megan, sirviendo dos vasos de té y ofreciéndole uno a Coco-. Solo me dijo que tengo que comer más porque estoy muy delgada. Pensé que me iba a ofrecer la tortilla que estaba haciendo, pero llegó un camarero y me escapé mientras le echaba la bronca al pobre chico.

-Tiene un lenguaje -dijo Coco sentándose y estirando el pantalón de seda- deplorable. Y siempre me está contradiciendo con las recetas. Me considero una mujer paciente y, si me permites decirlo, inteligente. Ambas cosas me han hecho falta para criar a cuatro niñas. Pero con ese hombre no sé qué hacer.

-Supongo que podrías despedirlo -dijo Megan.

-Imposible. Es como un padre para Nathaniel, y los niños están encantados con él, aunque no puedo comprender por qué -dijo Coco y sonrió-. Y tengo que admitir que no se le dan mal ciertos platos sencillos -dijo mesándose los cabellos.

Megan seguía pensando en lo que Coco le había dicho anteriormente.

-Supongo que el señor Van Home y Nathaniel se conocen desde hace mucho tiempo.

-Hace más de quince años. Estuvieron juntos en todos los barcos. Creo que el señor Van Home tomó a Nathaniel bajo su protección. Eso es algo a su favor, supongo. Dios sabe que el chico necesitaba a alguien, después de una infancia tan miserable.

-Oh -exclamó Megan. No le gustaban los chismes, pero Coco necesitaba poco estímulo.

-Su madre murió cuando era muy pequeño, pobrecillo. En cuanto a su padre... -dijo Coco con seriedad. Era poco más que una bestia. Yo lo conocí muy poco, pero en el pueblo se hablaba mucho de él. Nathaniel iba a pescar con Holt de vez en cuando, y cuando venía por aquí, yo misma podía ver sus cardenales.

-¿Le pegaba?

-Me temo que sí.

-¿Y nadie hizo nada para impedirlo?

-Cuando se le preguntaba, John Fury decía que el chico se había caído o que se había peleado con otro chico. Nathaniel nunca le contradecía. Es triste decirlo, pero en aquellos tiempos la gente no le daba tanta importancia a los malos tratos. Todavía es así, me temo -dijo Coco, derramando lágrimas, que se limpió con una servilleta de papel-. Nathaniel se marchó en cuanto tuvo edad. Su padre murió hace pocos años. Nate mandó dinero para el entierro, pero no vino. Nadie puede culparlo.

Se calló unos instantes y suspiró.

-No quería contarte una historia tan triste, pero ha tenido un final feliz. Nate se ha convertido en un buen hombre. Lo único que necesita es encontrar a la mujer adecuada. Es muy guapo, ¿no te parece?

-Sí -dijo Megan con cautela. Seguía tratando de reconciliar al niño maltratado con el hombre seguro de sí mismo que conocía.

-Y también es honrado y romántico, con todas esas historias que cuenta y ese aire de misterio. La mujer que se quede con él va a tener mucha suerte.

Megan hizo un gesto con los ojos. Había captado el mensaje.

-No sé. Yo no lo conozco tanto como tú y tampoco pienso en los hombres en ese sentido.

-Tonterías -dijo Coco, que confiaba ciegamente en sus propios juicios-. Eres joven, guapa e inteligente. Un hombre no va a acabar con esas cualidades, ni con tu independencia. El hombre apropiado solo las realza. Y tengo la sensación de que muy pronto te darás cuenta de ello, muy pronto. Ahora... -dijo dando a Megan un beso en la mejilla-..., tengo que volver a la cocina antes de que ese hombre haga algo horrible con mis canapés de salmón.

Se dirigió a la puerta, pero, antes de salir, se volvió.

-Oh, querida, qué despistada soy. Venía a decirte algo de Kevin.

-¿Kevin? ¿No está jugando con Alex y Jenny?

-Sí, pero no aquí -dijo Coco sonriendo distraídamente, en un gesto que había practicado durante años. Es el día libre de Nathaniel y se ha ido a comer. Qué apetito tiene, come como una lima pero no engorda. Claro, que como siempre está activo. Por eso tiene esos músculos tan maravillosos. Maravillosos.

-Coco, ¿dónde está Kevin?

-Oh, otra vez, qué despiste. Está con Nate. Todos están con él.

Megan se puso de pie con un sobresalto.

-¿Con él? ¿Dónde? ¿En el barco? -dijo Megan, que imaginaba peligrosas tormentas a pesar del día que hacía.

-No, no, en su casa. Está haciendo un barco o algo y los niños se morían por ir con él. Me harías un gran favor si vas a recogerlos.

Por supuesto, pensaba Megan, Coco pretendía que viera su encantadora casa y lo bien que se llevaba con los niños.

-Suzanna no sabe que sus hijos no están aquí, ¿sabes? Pero no vuelve hasta las cinco, así que no hay prisa.

-Pero...

-Sabes dónde está la casa de Suzanna, ¿verdad, cariño? La de Nathaniel está medio kilómetro más allá. Es preciosa, no tiene pérdida.

Antes de que Megan pudiera protestar, Coco cerró la puerta.

Buen trabajo, pensó Coco dirigiéndose hacia la cocina.

Kevin no sabía cuál le gustaba más. La elección era difícil entre el pequeño dragón que Nathaniel tenía tatuado por detrás del hombro izquierdo, o la cicatriz que tenía por delante. La cicatriz era el resultado de una herida de cuchillo, lo que era algo fantástico, pero un tatuaje, el tatuaje de un dragón, también era genial.

Nathaniel también tenía otra cicatriz, justo encima de la cintura, cerca de la cadera. Ante las insistentes preguntas de Alex, Nathaniel le dijo que era por el ataque de una morena que había sufrido al Sur del Pacífico.

Kevin se imaginó a Nathaniel, armado únicamente con un cuchillo agarrado entre los dientes, luchando hasta la muerte con una criatura marina tan grande como el monstruo del Lago Ness.

Además, Nathaniel tenía un loro, de llamativos colores, que estaba nada más entras en la casa, apoyado en una percha de madera, y que, de vez en cuando, hablaba. La frase favorita de Kevin era: «Que le corten la cabeza».

Para Kevin, Nathaniel era el hombre más interesante que había conocido nunca, un hombre que había surcado los siete mares, como Simbad, y con cicatrices e historias para probarlo. Y, además, le gustaban los perros y tenía un pájaro que hablaba.

Kevin se acercó a él mientras Alex y Jenny jugaban en el jardín con el cachorro, disparándose rayos láser con pistolas de juguete. Le gustaba más estar al lado de Nathaniel, observando cómo clavaba unas tablas.

-¿Por qué quieres hacer una terraza?

-Para poder sentarme a tomar el aire.

-Pero si ya tienes una en la parte de atrás.

-Y allí pienso dejarla -respondió Nathaniel, clavando otro clavo.

Solo llevaba unos pantalones vaqueros cortos y un pañuelo en la cabeza. Le brillaba la piel, bronceada y perlada de sudor-. ¿Ves? Aquí van las tablas.

Kevin observó el marco sobre el que se pondrían las tablas, que rodeaba el lateral de la casa.

-Sí.

-Bueno, pues hay que continuar hasta llegar a la otra tarima.

A Kevin le brillaron los ojos.

-Para que dé la vuelta a la casa...

-Exacto -dijo Nathaniel, clavando otro clavo-. ¿Te gusta la isla?

Nathaniel le preguntaba igual que si fuera un adulto, de modo que Kevin miró a su alrededor para ver si, en vez de a él, se dirigía a una persona mayor.

-Sí, me gusta mucho. Me gusta vivir en el castillo y jugar con Alex y Jenny.

-También tenías amigos en Oklahoma, ¿verdad?

-Claro. Mi mejor amigo es John Curtis Silverhorn. Es medio comanche. Mi madre dice que puede venir a visitarnos cuando quiera, y que podemos escribirle cartas. Yo ya le he escrito y le he contado lo de las ballenas -dijo Kevin, y sonrió con timidez-. Es lo que más me gusta.

-Ya iremos a verlas otro día.

-¿De verdad? ¿Cuándo?

Nathaniel dejó de martillear y miró al chico. Debía saber, después de ver a Jenny y Alex, que cuando los niños crecen con amor, creen todo lo que se les dice.

-Puedes venir siempre que quieras, siempre que tu madre te deje.

Su recompensa a aquella oferta fue una brillante sonrisa.

-¿Y podré conducir el barco otra vez?

-Claro -dijo Nathaniel sonriendo y giró al gorra de béisbol del niño-. ¿Quieres poner algún clavo?

-¡Sí!

-Toma -dijo Nathaniel y se apartó para que el niño se arrodillara junto a él-. Agarra así el clavo dijo ayudándolo a guiar el martillo y a sostener el clavo.

-¡Eh! -exclamó Alex, llegando desde el Planeta Cero-. ¿Puedo?

-Yo también -dijo Jenny, colgándose de la espalda de Nathaniel.

-Supongo que ya tengo equipo de trabajo -dijo Nathaniel, calculando que aquella ayuda solo le costaría el doble de tiempo de lo que pensaba.

Una hora más tarde, Megan llegó al lugar. La casa la sorprendió. Era un encantador chalé de dos plantas, con contraventanas azules y maceteros llenos de flores en las ventanas. El césped estaba recién cortado y el cachorro correteaba de un lado a otro.

Pero lo que más la sorprendió fue el propio Nathaniel. Se quedó asombrada al verlo medio desnudo. Tenía un cuerpo precioso y ella, después de todo, era humana. Pero lo que más la sorprendió fue lo que estaba haciendo.

Estaba inclinado sobre su hijo, en una tarima de madera a medio hacer. Tenía agarrada la mano de Kevin y Jenny estaba a su lado, admirando el trabajo. Alex estaba sobre una tabla, manteniendo el equilibrio igual que si estuviera en la cuerda floja.

-¡Hola, Megan! Mira lo que hago -le dijo este cruzando de un lado a otro de la tabla.

-Muy bien -dijo Megan.

-Estoy en la pista central, y sin red.

-Mamá, estamos haciendo una tarima -dijo Kevin y, mordiéndose el labio, clavó otra punta-. ¿Ves?

-Sí, muy bien -dijo Megan, que tuvo que agacharse para acariciar al cariñoso cachorro, que le daba la bienvenida.

-Y luego voy yo -dijo Jenny, mirando a Nathaniel-. ¿A que sí?

-Claro que sí.

-Bueno, capitán, adelante con ese clavo.

Kevin, con una mueca de esfuerzo, logró que la punta traspasara la tabla.

-He puesto yo toda la tabla, mamá -dijo Kevin, mirando a su madre con orgullo-. Cada uno hacemos una tabla.

-Vaya, parece que estáis haciendo un buen trabajo -dijo Megan, mirando a Nate-. Y es difícil.

-Solo hace falta mano firme y buen ojo. Bueno, muchachos, ¿dónde está la próxima tabla?

-¡Vamos! -dijeron Alex y Kevin al unísono.

Megan observó el proceso. Nathaniel colocó la nueva tabla en su sitio, ayudándose con un taco de madera. Cuando quedó satisfecho con la posición, Jenny se puso delante de él.

Nate agarró las manos de la niña y la ayudó con el martillo.

-Mantén el ojo en el blanco -dijo Nathaniel, mientras con pequeños golpes introducía el clavo-. Tengo sed. ¿Vosotros no, compañeros?

-Me muero de sed -dijo Alex poniéndose las manos en el cuello y poniendo ronca la voz.

Nathaniel clavó la siguiente punta.

-Hay limonada en la nevera. Si alguien quiere traerla

Cuatro pares de ojos se volvieron hacia ella y Megan tuvo que ir por la limonada. Ya que no iba a trabajar de carpintera, tendría que hacerlo de ayudante.

-De acuerdo -dijo y cruzó la parte terminada de la tarima para ir a la cocina.

Nathaniel no dijo nada, se limitó a esperar.

Segundos después, desde el interior de la casa les llegó un aullido de lobo, seguido de un grito sordo. Nate sonrió, y oyó la bienvenida del loro: «Eh, cariño, ¿quieres una copa? Adelante, nena». Cuando el loro se puso a entonar *No hay nada como una mujer*, los niños estallaron en carcajadas.

Unos minutos después, Megan salió llevando una bandeja de bebidas. La dejó en la tarima y miró a Nate.

-Bogart, canciones y poesía. Menudo pajarraco -dijo.

-Le gustan las mujeres bonitas -dijo Nathaniel, bebiendo medio vaso de limonada de un trago-. No lo culpo.

-Tía Coco dice que Nate necesita una mujer -dijo Alex, limpiándose la boca con el dorso de la mano-. No sé por qué.

-Para dormir con él -dijo Jenny. Nathaniel y Megan se quedaron de piedra-. Los mayores se sienten muy solos de noche y tienen que dormir con alguien. Igual que papá y mamá. Yo tengo mi osito -dijo-, así no estoy sola.

-Hora de descansar -dijo Nate, conteniendo la risa a duras penas-. Chicos, ¿por qué no lleváis a Perro a dar un paseo?

La idea encontró general aprobación y los niños salieron corriendo. -

-Cómo son los niños -dijo Nate-. Los mayores se sienten solos...

-Estoy segura de que Jenny puede prestarte su osito -dijo Megan apartándose, como si quisiera estudiar la casa-. Es muy bonita, Nathaniel. Es acogedora.

-Te esperabas un desastre de casa, ¿no? Una especie de cabaña.

Megan sonrió.

-Algo así.

-Tengo que darte las gracias por pasar el día con Kevin.

-Los tres van juntos a todas partes.

-Sí, es verdad.

-Me gusta su compañía -dijo Nate, sentándose en la tarima y cruzando las piernas-. El niño tiene los mismos ojos que tú.

Megan dejó de sonreír.

-No, los de Kevin son marrones -dijo-, como los de su padre.

-No me refiero al color, sino a la mirada. ¿Cuánto le has contado?

-Pues... -dijo Megan, y adoptó una actitud defensiva-. No he venido a hablar de mi vida contigo.

-¿Y a qué has venido?

-¿Por los niños y a revisar los libros contigo?

-¿Los has traído? -dijo Nate con una sonrisa.

-Sí. He examinado el primer trimestre. Vuestros gastos fueron superiores a los ingresos, aunque conseguisteis efectivo con las reparaciones. Pero hay una factura impagada pendiente desde febrero dijo Megan, y sacó de su cartera, que había dejado junto a la tarima al llegar, unas hojas llenas de cifras, impresas en ordenador-. Un tal señor Jacques LaRue, mil doscientos dólares.

-LaRue ha tenido un año terrible -dijo Nathaniel, sirviéndose más limonada-. Holt y yo estuvimos de acuerdo en darle más tiempo.

-El negocio es vuestro, claro. Lo normal es poner intereses a partir de los treinta días de la fecha de pago.

-Lo normal en esta isla es mantener un trato amistoso.

-Como queráis -dijo Megan, ajustándose las gafas-. Ahora, como puedes ver, he ordenado los gastos en apartados distintos...

-¿Ese perfume es nuevo?

Megan lo miró.

-¿Qué?

-Llevas otro perfume, tiene un poco de jazmín. -Coco me lo ha regalado.

-Me gusta -dijo Nate, y se inclinó hacia delante-. Mucho.

-Bueno -dijo Megan, aclarándose la garganta-. Y aquí están los ingresos. He contabilizado los ingresos de las entradas mensualmente. Me he dado cuenta de que los clientes del hotel tienen descuento.

-Nos pareció justo y un buen negocio además. -Sí, es muy buen negocio. El ochenta por ciento de los clientes del hotel hacen el paseo y... Tienes que sentarte tan cerca?

-Sí. ¿Cenamos juntos?

-No.

-¿Tienes miedo de estar a solas conmigo?

-Sí. Ahora, como puedes ver, en marzo vuestros ingresos empezaron a subir...

-Tráete al chico.

-¿Qué?

-Que venga Kevin. Os llevaré a un restaurante que conozco, a comer ostras -dijo Nate-. No puedo decir que alcancen el refinamiento de la comida de Coco, pero el sitio es muy pintoresco.

-Ya veremos.

-Ajá. Ya veo, eres una madre autoritaria.

Megan suspiró y se encogió de hombros.

-De acuerdo. A Kevin le encantaría.

-Bien -dijo Nate, y se dispuso a clavar otra punta-. Esta noche, entonces.

-¿Esta noche?

-¿Por qué esperar? Llama a Suzanna y dile que le llevamos a los niños.

-Bueno, por qué no -dijo Megan.

Nate le daba la espalda y lo único que ella podía hacer era fijarse en la tensión de sus músculos mientras clavaba la punta. Ignoró sus temores y recordó que su hijo actuaría de carabina.

-Nunca he comido ostras -dijo.

-Pues ha llegado el momento.

Solo el pintoresco camino, lleno de curvas, merecía la pena el viaje. Cruzaron pueblecitos preciosos, mientras el sol se ocultaba y la brisa les agitaba el cabello. Olía a pescado, a flores y a mar.

El restaurante no era más que un cenador de madera desgastada por la humedad apoyado en pilotes sobre el mar. La decoración consistía en conchas y redes de pesca.

Sobre las pequeñas y rústicas mesas de madera había velas, puestas sobre pequeñas latas. El menú del día estaba escrito en una pizarra que colgaba junto a la puerta de la cocina.

-De comer solo tenemos ostras -les decía la camarera a una atemorizada familia-. De beber hay cerveza, leche, té helado y refrescos. Hay patatas fritas y ensalada de col como acompañamiento, pero no tenemos helado porque la máquina se ha estropeado. Qué van a tomar?

Al ver a Nathaniel, la camarera abandonó a su clientes y se acercó a él, saludándolo con un puñetazo en el pecho.

-¿Dónde te metes, capitán?

-Por ahí, Julie. Pero hoy me apetecía comer ostras.

-Pues este es el sitio adecuado -dijo la camarera, corpulenta, de mediana edad y de piel curtida, y miró a Megan-. Encantada.

-Megan O'Riley y su hijo Kevin. Esta es Julie Peterson. Tiene las mejores ostras de la isla de Mount Desert.

-La nueva contable de Las Torres -dijo Julie asintiendo-. Bueno, sentaos. Ahora mismo os preparo la cena -dijo, y volvió con los otros clientes-. ¿Ya se han decidido o solo se van a sentar a tomar el aire?

-La comida es mejor que el servicio -dijo Nathaniel-. Acabas de conocer a uno de los monumentos de la isla, Kevin. La familia de la señora Peterson lleva unos cien años pescando y cocinando ostras.

-Uauh -exclamó Kevin mirando a la camarera, quien, a los ojos de un niño de nueve años, tenía edad suficiente para haber llevado aquel negocio personalmente durante al menos cien años.

-Cuando era pequeño, yo trabajé aquí, limpiando.

-Yo creía que habías trabajado para la familia de Holt... -dijo Megan, luego se maldijo por hablar demasiado-. Me lo ha dicho Coco.

-Pasé algún tiempo con los Bradford.

-¿Conociste al bisabuelo de Holt? -dijo Kevin-. Es uno de los fantasmas.

-Seguro. Solía sentarse en el porche de la casa donde Alex y Jenny viven ahora. Algunas veces iba paseando hasta los acantilados. Buscando a Bianca.

-Lilah dice que ahora también siguen paseando, pero yo no los he visto -dijo Kevin con decepción-. ¿Tú has visto algún fantasma alguna vez?

-Más de uno-dijo Nathaniel, ignorando el pisotón que Megan le dio por debajo de la mesa-. En Cornualles, entre los acantilados, donde la niebla se retuerce como si estuviera viva, vi a una mujer de pie, mirando hacia el mar. Llevaba una capa y lloraba.

Kevin estaba inclinado sobre la mesa, curioso y cautivado.

-Me acerqué a ella, a través de la niebla, y ella se dio la vuelta. Era muy guapa y muy triste. «Perdido», me dijo. «El está perdido y yo también». Luego desapareció, como el humo.

-¿De verdad? -preguntó Kevin.

-La llamaban la mujer del capitán, y la leyenda dice que su marido se hundió con su barco en el mar de Irlanda. Noche tras noche, mientras vivió, y mucho tiempo después, se acercaba a los acantilados y lloraba por él.

-Deberías escribir, como Max -murmuró Megan, sorprendida y molesta por sentir escalofríos.

-Oh, inventa cada historia -intervino Julie, sirviéndoles dos cervezas y un refresco-. Me daba la lata hablándome de los viajes que iba a hacer y de los sitios que iba a conocer. Bueno, supongo que ya los has visto, ¿no, capitán?

-Supongo que sí -dijo Nathaniel, dando un trago de cerveza-. Pero nunca me he olvidado de ti, cariño.

Julie se echó a reír y le dio a Nate un puñetazo en el hombro.

-Eres un donjuán -dijo y se fue.

Megan se quedó mirando su jarra de cerveza.

-No nos ha preguntado qué queremos.

-Nos traerá lo que ella quiera. Porque le caigo bien. Pero si no quieres cerveza, puedo decirle que te traiga otra cosa.

-No, está bien. Supongo que conoces a mucha gente de la isla.

-A alguna, hace mucho tiempo que me fui.

-Nate ha dado la vuelta al mundo. Dos veces -dijo Kevin, bebiendo su refresco con una pajita-. Ha cruzado huracanes y tifones y todo.

-Tiene que haber sido emocionante.

-A veces.

-¿Lo echas de menos?

-He navegado en el barco de otro durante quince años, ahora tengo mi propio barco. Las cosas cambian -dijo Nathaniel, apoyando el brazo en el respaldo de la silla de al lado-. Me alegro de que hayáis venido a vivir aquí.

-Nos gusta -dijo Kevin-. El jefe de mamá en Oklahoma era un idiota.

-Kevin.

-Lo decía el abuelo. Y no le caías bien.

Megan sonrió.

-El abuelo exageraba -dijo-. Pero sí, nos gusta estar aquí.

-Tomad -dijo Julie sirviéndoles la cena, y dejó tres enormes platos sobre la mesa llenos de ostras y uno de patatas fritas.

-A esta chica le hace falta comer -dijo Julie-. Y al chico también. No sabía que te gustaran delgadas, capitán.

-Me gustan de cualquier modo siempre que pueda conseguirlas -dijo Nathaniel.

Julie volvió a reírse a carcajadas.

-No vamos a poder comer tanto -dijo Megan.

Nathaniel ya había empezado.

-Claro que sí. Entonces, ¿todavía no has empezado con el libro de Fergus?

-No -dijo Megan y dio el primer bocado. A pesar del lugar, la comida era exquisita-. Antes quiero conocer la situación actual. Como la contabilidad de las excursiones era lo que peor estaba, he empezado con ella. Pero me queda el segundo trimestre y la contabilidad del hotel.

-Tu madre es una mujer muy práctica, Kevin.

-Ya lo sé. El abuelo dice que tiene que salir más.

-Kevin.

Nathaniel sonrió.

-¿De verdad? -dijo-. ¿Qué más dice tu abuelo?

-Que tiene que vivir un poco -dijo Kevin, atacando las patatas fritas con la determinación de un niño, que es muy joven y no puede encerrarse como una monja.

-Tu abuelo es muy listo.

-Oh, sí. Lo sabe todo. Tiene aceite en la sangre y pájaros en la cabeza.

-Es lo que dice mi madre -dijo Megan-. Ella también lo sabe todo. Pero me estabas preguntando por el libro de Fergus.

-Me preguntaba si también ha despertado tu curiosidad.

-Pues sí. He pensado en dedicarle una hora cada noche para estudiarlo.

-No creo que cuando tu padre dice que tienes que vivir un poco se refiera a eso.

-Pero -dijo Megan volviendo al tema más seguro del libro de Fergus-, algunas páginas están en mal estado, pero, aparte de algunos errores, las cuentas son exactas y detalladas. Excepto en las dos últimas páginas, que solo tienen cifras sin lógica.

-¿No cuadran?

-Parece que no, pero tengo que comprobarlo con detalle.

-Algunas veces te pierdes más por mirar demasiado al detalle -dijo Nathaniel, y le guiñó un ojo a Julie cuando esta trajo otra ronda de bebidas-. No me importaría echarle un vistazo.

Megan frunció el ceño.

-¿Por qué?

-Por que me gustan los rompecabezas.

-No creo que sea un rompecabezas, pero si a la familia no le importa, no tengo ninguna objeción -dijo Megan-. Bueno, lo siento, pero ya no puedo comer más.

-No importa -dijo Nathaniel, cambiando su plato vacío con el de Megan-. Yo sí.

Para sorpresa de Megan, así fue. No era una sorpresa que Kevin dejara el plato limpio, estaba creciendo y necesitaba comer, pero Nathaniel comió plato y medio sin pestañear.

-¿Siempre has comido así? -le preguntó Megan una vez en el coche.

-No. Aunque siempre he querido. Cuando era niño nunca me sentía lleno -probablemente porque no había bastante comida-. En el mar, aprendes a comer cualquier cosa, y en grandes cantidades.

-Tendrías que pesar cien kilos.

-Alguna gente quema lo que come -dijo Nate, mirando a Megan a los ojos-. Como tú. Toda esa energía nerviosa consume tus calorías.

-No estoy tan delgada.

-No, pero es lo que yo pensaba hasta que te abracé. Eres muy suave cuando te aprietas contra un hombre.

Megan le indicó que se callara y miró hacia el asiento trasero.

-Se ha dormido en cuanto hemos arrancado -dijo Nathaniel. Efectivamente, Kevin estaba echado en el asiento, con la cabeza apoyada en los brazos y durmiendo-. Aunque no sé qué daño puede hacerle saber que un hombre se interesa por su madre.

-Es un niño -dijo Megan-. No quiero que piense que soy...

-¿Humana?

-No es asunto tuyo. Es mi hijo.

-Sí, y lo has educado muy bien -dijo Nathaniel.

Megan lo miró con cautela.

-Gracias.

-No me las des. Es un hecho. Es difícil educar a un niño, y más si estás sola. Tú lo has hecho muy bien.

Era imposible enfadarse con él, sobre todo recordando lo que Coco le había contado de él.

-Perdiste a tu madre cuando eras pequeño... Me lo ha dicho Coco.

-Veo que Coco ha dicho muchas cosas.

-No pretendía hacer nada malo, ya sabes cómo es, se preocupa mucho por la gente y quiere verlos...

-Alineados de dos en dos? Sí, la conozco. Te ha traído aquí para mí.

-¿Que ha... Eso es ridículo?

-Sí, casi tiene unas fechas previstas.

-Es una suerte que estés avisado -dijo Megan con indignación.

-Pues sí. Lleva meses cantando tus alabanzas. Y la verdad es que casi superas tu propia publicidad.

Megan lo miró y le hizo un gesto de que se callara. Su sonrisa, y la situación, transformaron su indignación en alegría.

-Gracias -dijo, estirando las piernas, decidida a relajarse-. Odiaría decepcionarte. Me han dicho que eres misterioso, romántico y encantador.

-Casi superas tu propia publicidad -dijo Megan.

-Nena... -replicó Nate, tomando su mano y besándola-, puedo ser mucho mejor.

-Seguro que puedes -dijo Megan apartando la mano, queriendo evitar el estremecimiento que el beso le causó-. Si no me cayera tan bien, estaría molesta, pero es tan amable.

-Tiene un gran corazón. Cuando era pequeño, pensaba que me gustaría que fuera mi madre.

Antes de poder resistirlo, Megan le acarició una mano.

-Tiene que haber sido muy duro perder a tu madre siendo niño.

-No importa, fue hace mucho tiempo -dijo Nate, e hizo una pausa-. Me acuerdo de cuando veía a Coco en el pueblo, o en Las Torres, era una mujer espléndida, parecía una reina, y nunca se sabía de qué color iba a tener el pelo a la semana siguiente.

-Hoy lo tiene castaño -dijo Megan. Nate se no.

-La primera mujer de la que me enamoré. Vino a casa un par de veces, a leerle la cartilla a mi padre porque bebía mucho. Supongo que pensaba que si estuviera sobrio no me pegaría -dijo Nate, y miró a Megan a los ojos-. Supongo que también te lo ha dicho.

-Sí -dijo Megan, y apartó la mirada-. Lo siento, Nathaniel. Odio que la gente hable de mí, por muy buenas intenciones que tenga. Me parece algo demasiado íntimo.

-Yo no soy tan sensible. Todo el mundo sabe cómo era mi padre -dijo Nate, que recordaba muy bien las miradas de compasión, los comentarios-. Entonces me molestaba, pero ya no.

-¿Las visitas de Coco... sirvieron de algo?

Nate guardó silencio unos instantes, con la vista fija en la carretera.

-Mi padre le tenía miedo, así que, cuando se iba, me pegaba más fuerte que nunca.

-Dios mío.

-Pero no quiero que lo sepa.

-No -dijo Megan, tragando saliva-, no le diré nada. Por eso te fuiste, ¿verdad? Para escapar de él.

-Era una de las razones -dijo Nate y miró a Megan-. Si hubiera sabido que te conmovería tanto que me dieran una torta de vez en cuando, te lo habría dicho antes.

-No es para reírse -dijo Megan con rabia-. No hay excusa para tratar así a un niño.

-Eh, que ya lo he superado.

Megan se lo quedó mirando.

-¿Has dejado de odiarlo?

-No -dijo Nate-. Pero he dejado de darle importancia, y creo que es lo mejor.

Al cabo de un rato, llegaron a Las Torres. Nate detuvo el coche.

-Si alguien te hace mucho daño, un daño permanente, la mejor venganza es que te importe lo menos posible.

Megan lo miró.

-Estás hablando del padre de Kevin, y no es lo mismo. Yo no era un niño indefenso.

-Depende de dónde traces la línea -dijo Nathaniel, y se bajó del coche-. Yo llevaré a Kevin.

-No tienes por qué -dijo Megan apresurándose a llevar a su hijo, pero Nate lo sostenía ya en sus brazos.

Permanecieron allí de pie unos momentos, en las últimas luces del día, con el niño, que apoyaba la cabeza en el hombro de Nathaniel, entre ellos. Megan acarició a su hijo.

-Ha sido un día muy largo para él.

-Y para ti, Meg. Tienes ojeras. Como seguramente eso significa que anoche dormiste tan poco como yo, me alegro de verlas.

Era duro, pensó Megan, muy duro, mantenerse firme frente a la corriente que la empujaba hacia él.

-No estoy preparada, Nathaniel.

-Algunas veces se levanta un viento y nos lleva. No estás preparado, pero, si tienes suerte, acaba por dejarte en un sitio mucho mejor del que estabas.

-No me gusta depender de la suerte.

-No importa, a mí sí -dijo Nate, y llevó al niño hacia la casa.

-No sé por qué hay que armar tanto jaleo -masculló El Holandés, preparando una crema para su pastel especial sorpresa.

-Trenton St. James II es miembro de la familia.

Coco estaba muy agitada desde que aquella mañana se pusiera la crema de pepinos, lo que le hizo retrasar todo su horario.

-Y presidente de los hoteles St. James -dijo comprobando la temperatura del guisado de cordero-. Y es la primera vez que viene a Las Torres. Es importante que todo salga bien.

-Sí, un rico bastardo a ver a los esclavos que le están haciendo más rico.

-¡Señor Van Home! -exclamó Coco, que después de seis meses, sabía que no debía sorprenderse por lo que dijera aquel hombre, pero...-. Conozco al señor St. James desde... bueno, hace muchos años. Puede asegurarle que es un hombre de negocios con mucho éxito y un gran trabajador, no un explotador.

El Holandés dio un bufido y miró a Coco. La verdad era que se había puesto muy guapa. Llevaba un vestido de seda gris brillante y delicado, que dejaba al descubierto gran parte de sus piernas, que no estaban nada mal. Tenía las mejillas sonrosadas, pero no era por el calor de la cocina.

-¿Qué pasa? ¿Es su novio?

El rosa de las mejillas se convirtió en rojo vivo.

-Por supuesto que no. Una mujer de mi... experiencia no tiene novios -dijo Coco, y se miró de reojo en la puerta de vidrio de uno de los hornos-. Admiradores, quizá.

¡Admiradores! ¡Ja!

-Me han dicho que ha estado casado cuatro veces y les paga a sus ex mujeres bastante dinero para equilibrar la deuda nacional. ¿Quiere ser la quinta?

Coco se llevó la mano al corazón, no sabía qué decir.

-Es usted... imposible, grosero.

-Eh, que a mí no me importa que quiera pescar un pez gordo.

Coco profirió una exclamación. Aunque tenía temperamento, era, después de todo, una mujer educada, pero no pudo evitar abalanzarse sobre aquel hombre con la intención de clavarle las uñas.

-¡No pienso tolerar sus insultos!

-¿No? ¿Y qué va a hacer al respecto?

Coco se puso de puntillas, hasta que quedaron nariz con nariz.

-Lo despediré.

-Me rompe el corazón. Adelante, preciosa, deme la patada y a ver cómo se las arregla con la cena de esta noche.

-Le aseguro que saldremos adelante -dijo Coco, el corazón le palpitaba con tanta fuerza que pensaba que iba a saltarle del pecho.

-Y un cuerno -dijo El Holandés. Odiaba el perfume de Coco, porque se le hacía la boca agua-. Cuando llegué aquí, lo único que sabían era hervir el agua.

Coco no podía respirar.

-Esta cocina no lo necesita, señor Van Home. Y yo tampoco. -Usted sí me necesita y mucho.

¿Cómo había llegado a ponerle las manos sobre los hombros? ¿Por qué sentía sus senos apretándose contra su pecho? Al infierno con todo, había que darle su merecido de una vez por todas.

Coco puso los ojos como platos cuando El Holandés la besó, de forma arrebatadora. Todo su mundo, tan seguro, tembló bajo sus pies. Por eso, por supuesto, solo por eso, le echó los brazos al cuello.

Le daría una bofetada, sin dudarlo.

Pero luego.

Malditas mujeres, pensó El Holandés. Malditas fueran todas las mujeres. Sobre todo las altas, llenas de curvas y con labios que sabían a... a guindas. Siempre había tenido debilidad por las guindas.

La apartó de sí, pero siguió agarrando sus hombros.

-Vamos a dejar algo claro...

-Cómo se atreve a... -dijo Coco al mismo tiempo.

Los dos se separaron como niños culpables cuando la puerta de la cocina se abrió.

Megan se quedó de piedra, boquiabierta, en el umbral. No podía haber visto lo que había visto. Coco estaba comprobando el guisado y El Holandés haciendo una crema. No podían estar... abrazados. Pero a los dos se les habían subido los colores.

-Perdón -dijo-. Siento...

-Oh, Megan, querida -dijo Coco, aturdida y retocándose el peinado. Estaba temblando, de vergüenza, se dijo-. ¿Qué puedo hacer por ti?

-Solo quería comprobar los gastos de la cocina contigo -dijo Megan, que no dejaba de mirar a El Holandés y a Coco. La tensión era tan fuerte que el aire se podía cortar con un cuchillo-. Pero si estás ocupada, podemos hacerlo después.

-Tonterías -dijo Coco, limpiándose el sudor de las manos en el delantal-. Solo un poco frenéticos preparando la llegada de Trenton.

-¿Trenton? Oh, me había olvidado. Llega el padre de Trent -dijo Megan, y comenzó a retroceder-. Entonces no es necesario que...

-No, no -«Oh, Dios», pensó Coco, «no me dejes»-. Es la ocasión perfecta. Aquí todo está bajo control. Vamos a tu despacho si quieres -dijo tomando a Megan del brazo-. El señor Van Home puede ocuparse de todo.

Salieron al pasillo. Coco se agarraba a Megan como a un salvavidas en medio de una tormenta.

-Detalles, detalles -decía-. Cuanto más te ocupas de ellos, más aparecen.

-Coco, ¿estás bien?

-Oh, por supuesto -dijo Coco, pero sostuvo una mano sobre su corazón-. Solo he tenido un pequeño contratiempo con el señor Van Home, pero no pasa nada. ¿Cómo van tus cuentas, querida? Espero que encuentres tiempo para ocuparte del libro de Fergus.

-Pues ya he...

-No queremos que trabajes demasiado -dijo Coco. Le daba vueltas la cabeza, de modo que no escuchaba una palabra de lo que le decía Megan-. Queremos que te encuentres a gusto en esta casa, que disfrutes, que descanses. Después de lo agitado que fue el año pasado, todos queremos tranquilizarnos y descansar. No creo que podamos soportar más crisis...

-¿Que no tengo reserva? ¡Es un escándalo!

Coco se detuvo en seco, y el rosa de sus mejillas se transformó en blanco al escuchar aquella voz airada.

-Dios mío, no, no puede ser.

-¿Coco? -dijo Megan apretando el brazo de su amiga. Estaba temblando, y se preguntó si podría sostenerla si se desmayaba.

-Jovencito -dijo la misma voz, cada vez más alto-. ¿Sabe quién soy yo?

-La tía Colleen -susurró Coco, suspiró profundamente y se encaminó, armada de valor, al vestíbulo.

-¡Tía Colleen! -dijo con un tono completamente distinto-. ¡Qué sorpresa!

-No me digas que te alegras de verme -dijo Colleen, aceptando el beso de su sobrina. Era una anciana alta, delgada y formidable. Llevaba un vestido de seda de color crudo y un collar de perlas tan blancas como sus cabellos-. Ya veo que habéis llenado esto de extraños. Habría sido mejor quemarlo. Dile a este insolente que suba mis maletas.

-Claro -dijo Coco, llamando a un botones-. En el ala de la familia, segunda planta, primera habitación a la derecha.

-Y no le dé ningún golpe a las maletas, joven -dijo Colleen, dando unos golpes en el suelo con su bastón dorado-. ¿Quién es esta? -preguntó, refiriéndose a Megan.

-¿Se acuerda de Megan, tía Colleen, la hermana de Sloan? La conoció en la boda de Amanda.

-Sí, sí -dijo la tía Colleen sin dejar de mirar a Megan-. Tienes un hijo, ¿no?

En realidad, sabía todo lo que hacía falta saber respecto a Kevin.

-Sí. Me alegro de verla, señora Calhoun.

-Pues debes de ser la única -dijo la tía Colleen, e ignorando a las dos, se acercó al retrato de Bianca y estudió las esmeraldas que brillaban en la urna. Suspiró, pero tan calladamente que nadie la oyó.

-Necesito un coñac, Cordelia, antes de ver qué habéis hecho con este sitio.

-Claro. Ahora mismo vamos al ala de la familia. Megan, por favor, únete a nosotras.

Era imposible negarse. Coco se lo suplicaba con la mirada.

Momentos después llegaron al salón de la familia. En aquel lugar, el papel de las paredes estaba descolorido, roto en algunos sitios. Había marcas en el suelo, en frente de la chimenea, en los lugares donde había saltado alguna chispa.

-Veo que aquí nada ha cambiado -dijo Colleen, sentada en una silla como una reina.

-Nos hemos concentrado en el hotel -dijo Coco, sirviendo el coñac. Estaba nerviosa y hablaba atropelladamente-. Ahora que está terminado, hemos empezado con la reforma de la casa. Hemos quitado dos habitaciones y construido una habitación de juegos.

-Mmm.

La tía Colleen había ido, específicamente, a ver a los niños y, solo de modo accesorio, a volver loca a Coco.

-¿Dónde están todos? He venido a ver a mi familia y solo me encuentro con extraños.

-Ya llegarán. Esta noche tenemos una cena familiar, tía Colleen -dijo Coco, esforzándose por mantener su brillante sonrisa-. El padre de Trent ha venido para quedarse con nosotros unos días.

-Es un playboy -masculó tía Colleen-. Tú -dijo señalando a Megan-, eres contable, ¿no?

-Sí.

-Megan es una maga con los números -dijo Coco-. Nos alegramos mucho de que esté aquí. Y de que esté Kevin, por supuesto. Es un niño encantador.

-Estoy hablando con la chica, Cordelia. Vete a la cocina a hacer tus cosas.

-Pero...

-Vete, vete.

Coco, dirigiendo a Megan una mirada de disculpa, se marchó.

-El niño va a cumplir nueve años, ¿verdad?

-Sí, dentro de dos meses -dijo Megan, preparándose para algún comentario ácido sobre su ascendencia.

Colleen asintió, dando golpecitos con los dedos en los brazos de la silla.

-Se lleva muy bien con los chicos de Suzanna, ¿verdad?

-Muy bien, no se han separado desde que llegamos -dijo Megan, haciendo esfuerzos por no gritar-. Ha sido maravilloso para él, y para mí.

-¿Dumont te ha molestado?

Megan parpadeó.

-¿Perdón?

-No te hagas la tonta. Te he preguntado si ese sinvergüenza te ha molestado.

Megan se puso tiesa como un palo.

-No. No lo he visto ni he oído hablar de él desde que nació Kevin.

-Ya oirás hablar de él -dijo Colleen, frunciendo el ceño e inclinándose hacia delante-. Ha estado haciendo preguntas.

Megan apretó la copa de coñac.

-¿Cómo lo sabe?

-Porque aguzo el oído cuando se trata de la familia -dijo Colleen, esperando alguna reacción, que no se produjo-. Te has venido a vivir aquí, ¿verdad? Tu hijo ha sido aceptado igual que si fuera hermano de Alex o Jenny, o de Christian.

Megan tenía un nudo en el estómago.

-Eso no tiene nada que ver con él.

-No seas tonta. Un hombre como Dumont piensa que el mundo se mueve a su alrededor. Está metido en política, hija, y en vista de cómo anda ese circo, unas palabras bien elegidas por ti frente a la prensa... -dijo Colleen con una sonrisa-. Bueno, su camino a Washington se convertiría en una cuesta muy empinada.

-No tengo intención de ir a la prensa, ni de exponer a Kevin a la atención pública.

-Una decisión muy sabia -dijo Colleen, dando otro trago de coñac-. Es una pena, pero es una decisión muy sabia. Si intenta algo, dímelo. Me gustaría vérmelas con él otra vez.

-Puedo arreglármelas por mí misma.

-Tal vez -dijo Colleen.

-¿Y por qué tengo que ponerme corbata? -dijo Kevin, mientras Megan trataba de hacerle el nudo. Estaba helada desde su conversación con tía Colleen.

-Porque es una cena especial y tienes que estar muy guapo.

-Las corbatas son una tontería. Seguro que Alex no tiene que ponérsela.

-No sé qué va a ponerse Alex -dijo Megan, a quien se le agotaba la paciencia-, pero tú tienes que hacer lo que te digo.

-Preferiría comer una pizza.

-Pues no hay pizza. ¡Maldita sea, Kevin, estate quieto!

-Me haces daño.

-Si no te movieras... -dijo Megan y se quitó el pelo de la cara de un soplido-. Ya está, estás muy guapo.

-Parezco un niño tonto.

-Muy bien, pareces un tonto. Ahora ponte los zapatos.

Kevin frunció el ceño.

-No me gustan estos zapatos. Quiero llevar mis botas.

Megan, exasperada, se puso en cuclillas y miró a su hijo a los ojos.

-Jovencito, vas a ponerte esos zapatos y no me vas a levantar la voz, ¿me has oído?

Megan salió de la habitación de Kevin y se dirigió a la suya, que estaba enfrente. Sacó el cepillo de un cajón y empezó a peinarse. Tampoco ella quería bajar a la maldita cena. La aspirina que se había tomado una hora antes para calmar el dolor de cabeza no le había hecho efecto. Pero tenía que exhibir su mejor sonrisa y bajar a cenar, fingir que no estaba preocupada por lo que pudiera hacer Baxter Dumont.

Pero, tal vez, Colleen estaba equivocada, pensó. Después de todo, habían pasado casi diez años. ¿Por qué iba Baxter a molestarla después de tanto tiempo?

Porque quería llegar a senador de los Estados Unidos. Cerró los ojos. Lo había leído en el periódico. Baxter había comenzado su campaña para el cargo y un hijo ilegítimo, aunque nunca reconocido, no encajaba con la idea de hombre honesto que quería dar al electorado.

-Mamá.

Vio el reflejo de Kevin en el espejo. Se había puesto los zapatos y tenía la cabeza agachada. Megan se sintió culpable.

-Dime.

-¿Por qué estás enfadada?

-No estoy enfadada -dijo Megan, y se sentó al borde de la cama-. Solo me duele un poco la cabeza. Oye, estás guapísimo -dijo, dándole un beso en la frente-. Vamos a bajar. Seguro que Alex y Jenny han llegado ya.

Efectivamente, habían llegado. Alex estaba tan disgustado con su corbata como Kevin con la suya. Pero la excitación era demasiado grande como para que aquella preocupación les durara mucho. Había canapés que comer, niños con los que jugar y aventuras que planear.

Todo el mundo, naturalmente, estaba hablando a la vez.

El ruido de la habitación era muy molesto para Megan. Aceptó la copa de champán que Trenton II le ofreció e hizo cuanto pudo para fingir interés ante su intento de flirteo. Era alto y muy apuesto, estaba moreno y era encantador. Y Megan se alegró inmensamente de que dedicara sus atenciones a Coco.

-Hacen una bonita pareja, ¿verdad? -le murmuró Nate al oído.

-Fantástica -dijo Megan, masticando un trozo de queso.

-Me parece que no te lo estás pasando muy bien.

-No, estoy bien -dijo Megan, y cambió de tema-. Puede que estés interesado en algo que creo haber visto esta tarde.

-¿El qué? -preguntó Nate.

Megan lo condujo a la terraza.

-Coco y El Holandés.

-¿Otra vez discutiendo? ¿Se han tirado las cacerolas?

-No exactamente -dijo Megan respirando profundamente, con la esperanza de que sirviera para despejarla un poco. Estaban... por lo menos eso es lo que me pareció...

Nathaniel hizo una mueca de asombro. Comprendía sin necesidad de más palabras.

-Es una broma.

-No. Estaban nariz con nariz, el uno en brazos del otro -dijo Megan, y sonrió-. Ante mi inesperada e inoportuna entrada, se separaron como si estuvieran planeando un asesinato. Y los dos se pusieron rojos como un tomate. Los dos.

-¿El Holandés rojo como un tomate? -dijo Nathaniel, echándose a reír-. Santo Dios.

-A mí me parece muy tierno.

Nathaniel miró al interior. Vio a Coco riéndose por algo que le decía Trenton.

-Está fuera de su alcance. Le romperá el corazón.

-Qué tontería -dijo Megan, que seguía sin relajarse-. En el amor no cuentan las diferencias sociales.

-El Holandés y Coco -dijo Nate, pensativo. Eran dos de las pocas personas en el mundo a quienes quería-. ¿Estás segura, nena?

-No quiero decir nada -dijo Megan-, excepto que se sienten atraídos. Y deja de llamarme nena.

-Bueno, bueno -dijo Nate, y miró a Megan-. ¿Qué te ocurre?

Megan tenía la mano en la sien, y se la frotaba.

-Nada.

Nate, la agarró por los codos y la puso frente a sí, mirándola a los ojos.

-Dolor de cabeza, ¿eh? ¿Te duele mucho?

-No, es... Sí.

-Estás muy tensa -dijo Nate, y empezó a darle un masaje en los hombros-. Duros como piedras.

-No me...

-Es puramente terapéutico -dijo Nate, prosiguiendo con el masaje-. Si obtenemos algún placer de ello, será puramente casual. ¿Siempre has tenido dolores de cabeza?

Los dedos de Nate eran fuertes, masculinos, mágicos. Era imposible no relajarse.

-No, no es normal.

-Demasiado estrés -dijo Nate y le acarició las sienes con los pulgares. Megan cerró los ojos con placer-. Te reprimas demasiado, Meg, y tu cuerpo lo paga. Date la vuelta, deja que te haga un masaje en los hombros.

-No... -dijo Megan, pero se interrumpió al sentir los dedos de Nate.

-Tranquila. Hace una noche preciosa, ¿verdad? Luna llena, lucen las estrellas. ¿Alguna vez has ido a dar un paseo por los acantilados a la luz de la luna?

-No.

-Hay flores silvestres que nacen en las grietas de las rocas y se oye romper las olas contra los acantilados. Es fácil imaginar a los fantasmas que tanto le gustan a Kevin. Alguna gente piensa que es un lugar solitario, pero no lo es.

Su voz y sus manos eran muy seductoras. Megan deseaba creer que no había nada que temer.

-Suzanna tiene un cuadro de los acantilados a la luz de la luna -dijo Megan, tratando de concentrarse en la conversación.

-Es de Christian Bradford, le gustaba mucho ese lugar. Pero no hay nada como verlo en vivo. Podemos ir después de cenar.

-No es esta la ocasión para tontear con la chica.

Era Colleen. Su voz cortó el aire de la tarde.

Aunque Megan volvió a ponerse tensa, Nate dejó las manos donde estaban y sonrió.

-A mí me parece una ocasión perfecta, señora Calhoun.

-¡Ja! Qué sinvergüenza -dijo Colleen, nada le gustaba más que un apuesto sinvergüenza-. Siempre lo fuiste, me acuerdo de cuando correteabas por el pueblo. Parece que el mar te ha convertido en un hombre. Deja de darle largas, hija, no va a permitir que te escapes. Si tienes suerte.

Nathaniel besó a Megan en la coronilla.

-Es un poco tímida.

-Bueno, tendrá que superarlo. Creo que Cordelia nos va a dar la cena. Quiero que te sientes a mi lado, para hablar de barcos.

-Será un placer.

-Y tráetela. He vivido en cruceros la mitad de mi vida -dijo Colleen-. Apuesto a que he visto más mar que tú, muchacho.

-No lo dudo -dijo Nathaniel, llevando a Megan por los hombros y ofreciéndole el brazo a Colleen-. Con una larga lista de corazones rotos en su estela.

Colleen se rió.

-Y que lo digas.

El comedor estaba lleno con los aromas de la comida, las flores y la cera de las velas. Una vez que estuvieron todos sentados, Trenton II se levantó para brindar.

-Me gustaría hacer un brindis -dijo con una voz tan elegante como su traje de etiqueta-. Por Cordelia, una mujer de cualidades extraordinarias.

Chocaron las copas. Desde una posición escondida, El Holandés gruñó, dio media vuelta y volvió a la cocina.

-Trent -le susurró C. C. a su marido-. Sabes que te quiero.

Trent sabía lo que iba a continuación.

-Sí, lo sé.

-Y adoro a tu padre.

-Mmm...

-Pero si pone los ojos en tía Coco, lo voy a matar.

-Ya lo sé -dijo Trent sonriendo, y empezó a comer.

Al otro extremo de la mesa, ignorando aquella amenaza, Trent se dirigió a Colleen.

-¿Qué le parece el hotel, señora Calhoun?

-No me gustan los hoteles, nunca los uso.

-Tía Colleen -dijo Coco-, los hoteles St. James son famosos por su lujo y buen gusto.

-No puedo soportarlos -dijo Colleen tranquilamente, y probó la sopa-. Qué es esto?

-Sopa de ostras, tía Colleen.

-Le hace falta sal -dijo, y luego señaló a Kevin-. No agaches tanto la cabeza, muchacho. ¿Quieres que los huesos te crezcan torcidos?

-No, señora.

-¿Qué quieres ser de mayor?

Kevin levantó la vista, y sintió un gran alivio cuando su madre apoyó una mano sobre la suya.

-Marinero -dijo-. He conducido el Mariner.

-¡Ja! -dijo Colleen, complacida-. Me alegro por ti. En mi familia no quiero a ningún perezoso. Cómete toda la sopa y puede que llegues a ser marinero.

-Sigue igual que siempre -dijo Lilah, sentada en una mecedora mientras daba de mamar a Bianca. El silencio reinaba en la casa, que tenía las luces apagadas. Estaba en el dormitorio de los niños. Megan estaba a su lado, le parecía la mejor manera de escapar de Nate.

-Es... -dijo Megan, buscando una frase diplomática- toda una dama.

-Es una vieja quisquillosa -dijo Lilah-. Pero la quiero.

Amanda, desde otra mecedora, suspiró.

-En cuanto se entere de la existencia del libro de Fergus -dijo-, no te va a dejar en paz.

-Te va a acosar -dijo C. C., que acunaba a Ethan.

-Te va a perseguir -concluyó Suzanna, cambiando los pañales de su hijo.

-Suenan prometedor.

-No te preocupes -dijo Suzanna-. Estamos contigo.

-Estamos contigo -dijo Lilah-, pero no te va a dejar en paz.

-En cuanto al libro -dijo Megan-. He hecho copias de algunas páginas porque he pensado que podrían interesaros. Hizo muchas anotaciones sobre negocios, asuntos personales, compras. También hace inventario de las joyas de Bianca, supongo que para el seguro.

-¿Las esmeraldas? -dijo Amanda-. Y pensar en las horas que nos pasamos hojeando papeles, tratando de encontrar una prueba de que existían.

-También hay otras piezas, valoradas en cientos de miles de dólares, de 1913.

-Lo vendió casi todo -murmuró C. C.-. Hemos encontrado los documentos de venta. Se deshizo de todo lo que pertenecía a Bianca.

-Todavía duele -dijo Lilah-. No el dinero, aunque Dios sabe que lo habríamos usado bien. Lo que me molesta es haber perdido todo lo que le pertenecía, y que no podremos legarle a nuestros hijos.

-Lo siento.

-No te preocupes -dijo Amanda, levantándose para dejar a Delia en su cuna-. Somos demasiado sentimentales. Supongo que todos nos sentimos muy cerca de Bianca.

-Te comprendo -dijo Megan, aunque le parecía extraño admitirlo-. Yo también lo siento. Supongo que ha sido por ver referencias a ella en el libro y su retrato en el vestíbulo -dijo, y sonrió, algo confusa-. Algunas veces, de noche, da la sensación de que está aquí.

-Por supuesto -dijo Lilah-, porque está aquí.

-Perdónenme, señoras -dijo Nathaniel, entrando en la habitación. Parecía cómodo entre niños y madres.

Lilah sonrió lentamente.

-Hola, guapo. ¿Qué te trae por aquí?

-He venido a buscar a mi chica -dijo y se acercó a Megan, tomándola del brazo.

-¿Cómo que tu chica?

-Hemos quedado para ir a dar un paseo.

-Yo no he dicho que...

-Hace una noche fantástica -dijo Suzanna, acunando a su hijo.

-Tengo que llevar a Kevin a la cama.

-Yo lo he llevado ya -dijo Nathaniel llevándosela.

-¿Que has llevado a Kevin a la cama?

-Se había quedado dormido en mis rodillas, así que me pareció lo normal. Ah, Suzanna, Holt dice que podéis iros cuando quierais.

-Ahora voy -dijo Suzanna, pero esperó a que Megan y Nate salieran para dirigirse a sus hermanas-. ¿Qué os parece?

Amanda sonrió.

-Creo que funciona a la perfección -dijo.

-Estoy de acuerdo -dijo C. C. dejando a Ethan en su cuna-. Creía que Lilah había perdido la cabeza cuando se le ocurrió unir a esos dos.

Lilah bostezó.

-Nunca me equivoco -dijo y sonrió-. Apuesto a que podemos verlos desde la ventana.

-¿Espiarlos? -dijo Amanda-. Buena idea.

Su silueta se recortaba en el jardín, iluminado por la luz de la luna.

-Estás complicando las cosas, Nathaniel.

-Simplificándolas -corrigió Nate-. No hay nada más sencillo que un paseo a la luz de la luna.

-Pero tú no esperas que todo se quede en esto.

-No. Pero seguimos yendo a tu ritmo, Meg -dijo Nate, y se llevó la mano de Megan a los labios; Luego empezaron a ascender por la colina-. Necesito estar contigo. Es un fastidio, pero no puedo evitarlo, así que me he dicho, ¿por qué no, en vez de luchar contra ello, dejarse llevar?

-No soy una mujer sencilla -dijo Megan. Ojalá pudiera serlo, aunque solo fuera por aquella noche-. Tengo recuerdos, y rencores e inseguridades. Ni siquiera me había dado cuenta de que estaban ahí hasta que te he conocido, pero no quiero que vuelvan a hacerme daño.

-Nadie va a hacerte daño -dijo Nate, y le puso un brazo sobre los hombros-. Mira qué grande está la luna. ¿Ves Venus y la pequeña estrella que lo guía? Y Orión, ¿lo ves? -dijo tomando la mano de Megan y trazando las estrellas como había trazado la travesía sobre la carta marina.

-Sí.

Megan observó sus manos unidas, trazando caminos en las estrellas mientras la brisa ascendía desde el mar y movía las flores que crecían en las rocas.

Romántico, misterioso, había dicho Coco. Y lo era, y Megan se dio cuenta de que era mucho más sensible a aquellas cualidades de lo que ella había sospechado.

Sentía su cálido y fuerte cuerpo contra ella. Su sangre latía a toda velocidad.

Se sentía viva. El viento, el mar y el hombre que tenía a su lado, la hacían sentirse muy viva.

Y tal vez hubiera algo más: los fantasmas de los Calhoun. Las colinas parecían invitar a los espíritus a caminar llenando el aire de un amor que duraría para siempre.

-Escucha -dijo Nate con un murmullo-. Cierra los ojos y escucha, y podrás oír cómo respiran las estrellas.

Megan obedeció y escuchó el susurro del aire, y el de su propio corazón.

-¿Por qué me haces sentir así?

-No tengo respuesta. No todo se resuelve con la lógica -dijo Nate, y como necesitaba ver el rostro de Megan, hizo que girase la cabeza-. ¿Qué tal el dolor de cabeza?

-Ya no me duele, casi.

-No, no abras los ojos -dijo Nate y, suavemente, la besó en los ojos, y luego en todo el rostro-. Bésame tú.

¿Cómo podía no hacerlo, pensó Megan, cuando la boca de Nate era tan tentadora? Se rindió y se dejó llevar por su corazón. Solo aquella noche, se dijo.

Aquel ligero cambio casi deshizo a Nate. Megan temblaba entre sus brazos, suplicante, y sus besos, vacilantes, lo excitaban. Le costó toda su fuerza de voluntad no tirar de ella y estrecharla entre sus brazos.

Sabía que ella no se resistiría. Quizá, desde el principio, sabía que el embrujo de aquellas colinas se apoderaría de ellos, los seduciría..., y le recordaría que debía cuidar de ella.

-Te deseo, Megan -dijo, y la besó en el cuello-. Te deseo tanto que me duele.

-Lo sé. Ojalá... -dijo Megan, apoyando la cabeza en el hombro de Nate-. No estoy jugando, Nathaniel.

-Lo sé -dijo Nate, acariciándole el pelo a Megan-. Sería más fácil si así fuera, porque yo conozco todas las reglas. Y cómo romperlas -dijo Nate suspirando, y la besó-. Esos ojos tuyos lo hacen muy difícil para ti -dijo, y retrocedió-. Creo que será mejor que te acompañe a casa.

-Nathaniel -dijo Megan, apoyando una mano sobre el pecho de Nate-. Eres el primer hombre que me ha hecho... con el que he querido estar desde que nació Kevin.

Algo brilló en los ojos de Nate, algo salvaje y peligroso.

-¿Y crees que saber eso me lo pone más fácil? -dijo-. Megan, me estás matando -añadió a punto de estallar.

-No sé qué hacer -dijo Megan con la respiración entrecortada-. Nunca he pasado por esta situación.

-Sigue así -dijo Nate-, y vamos a acabar en la cama esta misma noche.

Megan se estremeció, pero se sintió culpable.

-Solo quiero ser sincera.

-Pues intenta mentir, para que me sea más fácil.

-Sé mentir, pero no me parece honesto no decirte lo que siento.

Volvieron caminando hacia Las Torres y oyeron los gritos antes de llegar al jardín.

-Coco -dijo Megan.

-Y El Holandés -dijo Nathaniel, y apretando la mano de Megan, aceleró el paso.

-Eso es insultante y asqueroso -exclamaba Coco, tenía los brazos en jarras y miraba a El Holandés con orgullo.

El Holandés tenía los brazos cruzados. Unos brazos enormes sobre un cuerpo enorme.

-Vilo que vi y he dicho lo que he dicho.

-Yo no estaba pegada a Trenton como una... como una...

-Como una lapa -dijo El Holandés con desprecio-. Como una lapa a la quilla de un yate.

-Estábamos bailando.

-¡Ja! Eso es lo que tú dices. Yo lo llamaría de otra forma. Donde yo vengo lo llaman...

-¡Holandés! -exclamó Nathaniel.

-Tenías que hacer una escena -dijo Coco, mortificada, alisándose la falda del vestido.

-Eres tú la que estaba haciendo una escena, con ese tipejo delgaducho. Pero claro, como es rico, has tonteado lo que has querido.

-¿Tonteado? -dijo Coco, enfurecida-. Yo no he tonteado en mi vida. Señor, es usted despreciable.

-Yo le enseñaré lo que es ser despreciable, señora.

-¡Callad de una vez! -dijo Nathaniel, interponiéndose entre ellos.

-Holandés, ¿qué demonios te pasa? ¿Estás borracho?

-Un par de copas de ron nunca me han hecho ningún daño -dijo El Holandés, mirando a Nathaniel con enfado-. La culpa la tiene ella. No te metas en esto, muchacho, todavía tengo un par de cosas que decir.

-No, ya has terminado -dijo Nate.

-No os metáis en esto -dijo Coco. Estaba sofocada, pero su actitud era digna como la de una reina-. Prefiero arreglar esto a solas con él.

Megan le agarró el brazo con suavidad.

-Coco, ¿no crees que deberías entrar?

-No -dijo Coco con tranquilidad-. Ahora, querida, marchaos. El señor Van Home y yo preferimos hablar de esto a solas.

-Pero...

-Nathaniel -dijo Coco-, llévate a Megan.

-Sí, señora.

Nathaniel condujo a Megan a las puertas de la terraza.

-¿Estás seguro de que podemos dejarlos solos?

-¿Quieres meterte en medio de eso?

Megan volvió a mirar al lugar donde sucedía la escena.

-No, me parece que no -dijo.

-Bueno, señor Van Home -dijo Coco cuando se aseguró de que volvían a estar solos-. ¿Tiene algo más que decir?

-Muchas cosas -dijo El Holandés, preparándose para la batalla-. Dile a ese ricachón que no vuelva a tocarte.

-¿Y si no quiero?

El Holandés aulló como un lobo desafiando a su pareja, pensó Coco.

-Le romperé los brazos.

Oh, Dios mío, se dijo Coco, oh, Dios mío.

-¿De verdad?

-Ponme a prueba -dijo El Holandés sacudiendo a Coco, que se dejó estrechar entre sus brazos.

Aquella vez, Coco estaba preparada para el beso y dejó que sucediera. Cuando se separaron, los dos estaban sin aliento y asombrados.

Algunas veces, se dijo Coco, era la mujer la que tenía que dar el primer paso. De modo que se humedeció los labios y tragó saliva.

-Mi habitación está en la segunda planta.

-Sé muy bien dónde está -dijo El Holandés con media sonrisa-. La mía está más cerca -dijo, y estrechó a Coco entre sus brazos. Igual que un pirata a su prisionera, pensó Coco con placer.

-Eres una mujer preciosa, Coco.

Coco se llevó la mano al corazón.

-¡Oh, Niels!

Megan no solía soñar despierta. Años de disciplina le habían enseñado que solo podía soñar mientras dormía, no en mañanas lluviosas como aquella, con la niebla rodeando la casa y los cristales de las ventanas mojados. Tenía el ordenador encendido y la barbilla apoyada en la mano, mientras no dejaba de recordar, como en días anteriores, un paseo a la luz de la luna, entre flores silvestres y con el rumor del mar de fondo.

Una y otra vez, pensaba en aquella noche, pero trataba de recurrir a la lógica. No podía, y pensaba que no debía, olvidar que la única relación amorosa de su vida había sido una ilusión, una mentira que había servido para traicionar su inocencia, sus sentimientos y su futuro. Se había creído inmune, hasta conocer a Nathaniel.

¿Qué debía hacer después de que su vida hubiera tomado un giro tan desesperado? Después de todo, ya no era una niña que creyera en promesas o que necesitara palabras de aliento. Sabía cuáles eran sus necesidades, pero ¿podía satisfacerlas sin verse herida?

Cuánto deseaba que su corazón no se hubiera visto implicado. Cuánto deseaba ser inteligente, avispada y experimentada, para ser capaz de mantener una relación exclusivamente física.

¿Por qué no podía bastar la atracción y el afecto y el respeto? Sería una ecuación tan sencilla. Dos adultos, más deseo, comprensión y pasión igual a placer mutuo.

Qué pena que una fracción escondida desechara una solución tan sencilla.

-Megan.

-Mmm -dijo levantando la cabeza-. Oh, no te había oído entrar.

Era Suzanna.

-Estabas en otra parte -dijo esta.

Megan trató de ocultar su embarazo moviendo papeles de aquí para allá.

-Supongo que sí. Será por la lluvia.

-A mí me encanta -dijo Suzanna-. Y me pasa lo mismo que a ti. Pero me temo que a los turistas no les pasa lo mismo.

-A Kevin la niebla le ha encantado, hasta que le he dicho que por ella no podía ir a los acantilados.

-Y los planes de asalto de Alex y Jenny a Fort O'Riley han sido pospuestos. Están en la habitación de Kevin, defendiendo el planeta de los alienígenas. Es maravilloso verlos juntos.

-Lo sé, se llevan muy bien.

Suzanna sonrió.

-¿Qué tal el trabajo? -preguntó.

-Va bien. Amanda ha llevado las cuentas muy ordenadamente, de modo que solo tengo que pasarlas a mi sistema contable y archivarlas en el ordenador.

-Es un gran alivio para ella que estés aquí. Algunos días tenía que hacer facturas mientras hablaba por teléfono o daba de mamar a Delia.

Ante aquella imagen, Megan sonrió.

-Me lo imagino, es muy trabajadora.

-Y muy ordenada, lo que más odia de este mundo es el desorden. Supongo que puedes entenderlo.

-Sí, lo entiendo -dijo Megan, jugando con un lápiz entre los dedos-. Estaba preocupada por tener que venir aquí y traer a Kevin. Además, temía que tú, Suzanna, no me recibieras bien. Temía decir algo que te hiciera sentir incómoda.

-¿No es pasado ya todo aquello, Megan?

-Para ti sí -dijo Megan, dejando el lápiz sobre la mesa-. Pero tal vez sea un poco más duro cuando se es la otra.

-Pero ¿quién era la otra? ¿Tú o yo?

Megan negó con la cabeza.

-No puedo decir que me gustaría volver atrás y cambiar las cosas, porque si lo hiciera, no tendría a Kevin - dijo, y miró a Suzanna a los ojos-. Sé que consideras a Kevin como un hermano para tus hijos y que lo quieres.

-Sí, es verdad.

-Quiero que sepas que yo también considero a tus hijos como mi familia y los quiero.

Suzanna puso una mano sobre la de Megan.

-Lo sé. Venía, entre otras razones, a pedirte que dejaras que Kevin se viniera a casa. Alex y Jenny quieren que lo invitemos a comer.

-Me parece bien.

-Otra cosa. ¿Has visto a la tía Coco?

-Solo un momento, justo después del desayuno. ¿Porqué?

-¿Estaba cantando?

-Pues la verdad es que sí -dijo Megan-. Me parece que últimamente canta mucho.

-Hace un momento también estaba cantando, y se ha puesto su mejor perfume -dijo Suzanna, y se mordió el labio, incómoda-. Me preguntaba si el padre de Trent... Ha vuelto a Boston, así que pensé que no había por qué preocuparse. Es un hombre encantador y lo queremos mucho, pero... se ha casado cuatro veces y me parece que es un conquistador.

-Ya me he dado cuenta -dijo Megan, y después de un pequeño debate sobre la intimidad de las personas, se aclaró la garganta-. Pero creo que Coco no... no mira en esa dirección.

-¿No?

-El Holandés -dijo Megan.

Suzanna se quedó de piedra.

-¿Cómo?

-Creo que El Holandés .,y ella...

-¿El Holandés? ¿Nuestro Holandés? Pero si siempre se está quejando de él y se mete con él a la menor oportunidad. Si se están peleando continuamente y... -dijo, y se tapó la boca con la mano-. Oh...

Se miraron a los ojos y luego se echaron a reír.

Megan se dijo que Suzanna era como una hermana para ella y se sentía muy bien en aquella conversación familiar. Después de contarle que había visto a Coco y a El Holandés abrazados en la cocina, le contó la escena de la terraza.

-Saltaban chispas. Primero, pensé que se iban a pegar, luego me di cuenta de que se trataba más bien de un ritual de apareamiento.

-Un ritual de apareamiento? Megan, ¿crees que...?

-Suzanna, Coco no para de cantar.

-Es verdad -dijo Suzanna, sopesó la idea un momento y le gustó-. Creo que me voy a dejar caer por la cocina antes de irme, para comprobar cómo va el ambiente.

-Ya me contarás qué ves.

-Por supuesto -dijo Suzanna y, sonriendo, se dirigió hacia la puerta-. Supongo que fue la luna.

-Tal vez -murmuró Megan-. Sí, la luna.

Suzanna la miró.

-Nathaniel es todo un hombre.

-Creía que estábamos hablando de El Holandés.

-Estábamos hablando de amor -dijo Suzanna-. Hasta luego.

Megan frunció el ceño. ¿Tan evidente era?

Después de pasar el resto de la mañana y la primera parte de la tarde revisando las cuentas del hotel, Megan se dio la pequeña recompensa de estudiar durante una hora el libro de Fergus. Disfrutó sumando los costes de las cuentas originadas por los gastos del establo, de los coches de caballos: Fue una revelación ver lo que costaba un baile en Las Torres en 1913 y, leyendo las notas al margen, comprender los motivos de Fergus.

Todas las invitaciones aceptadas. Nadie se ha atrevido a declinarla. B. ha encargado flores y hemos discutido. Es demasiado ostentoso. Le he dicho que una mujer nunca debe discutir con su marido. Llevará esmeraldas, no perlas como ella quería. Quiero que le enseñe a la sociedad mis gustos y mis intereses, y así le recuerdo cuál es su lugar.

Su lugar, pensó Megan sintiendo lástima por Bianca, habría estado junto a Christian. Qué triste era pensar que solo la muerte los había unido.

No quería dejarse llevar por aquella sensación de pena, de modo que pasó a examinar las últimas páginas. Allí, los números no tenían sentido. No había anotaciones de gastos, ni fechas. ¿Qué eran aquellos números? ¿Valores, acciones, el número de lotes de mercancías?

Tal vez, merecía la pena hacer una visita a la biblioteca pública para ver si podía averiguar alguna información sobre hechos acontecidos en 1913. De paso, podía acercarse al puerto para dejar la hoja contable correspondiente a abril y recoger más recibos.

Y, tal vez, se toparía con Nathaniel.

Era un placer conducir bajo el agua. La lenta pero persistente lluvia tenía a la mayoría de los turistas reclusos en el interior de sus alojamientos o disfrutando de actividades de interior. Algunos, sin embargo, paseaban por las calles, mirando escaparates. El mar, en la Bahía del Francés, era de color gris, y los mástiles de los barcos llenaban el puerto.

Se oía, de vez en cuando, el sonido de las sirenas de los barcos. Las nubes estaban muy bajas, y era como si la isla entera estuviera cubierta por una manta. Se sintió tentada de seguir conduciendo, de seguir la sinuosa carretera que llevaba al Parque Nacional de Acadia o la que bordeaba la costa.

¿Por qué no? Tal vez lo hiciera al final del día, una vez finalizado el trabajo, y tal vez invitara a Nathaniel a ir con ella.

Pero no vio su coche en el embarcadero. Era ridículo decirse que no le importaba verlo o no, pensó, porque le importaba mucho. Quería verlo, observar su mirada profunda, fija en ella, el modo en que ponía los labios al sonreír.

Tal vez hubiera aparcado al volver la esquina. Salió del coche y se dirigió a la oficina, pero estaba vacía.

Se llevó una gran decepción. No se había dado cuenta de lo mucho que le importaba verlo hasta que no lo vio. Entonces, desde la parte de atrás, oyó el lejano zumbido de una radio. Había alguien en el taller, probablemente haciendo reparaciones, ya que el mar estaba demasiado encrespado para navegar.

No quería ir a ver quién era, se dijo con firmeza. Había ido solo por motivos de negocios, de modo que dejó la hoja contable sobre la atestada mesa de la oficina. Pero, a un nivel puramente práctico, tenía que hablar con Holt, o con Nate, del segundo trimestre y de los proyectos para el próximo año.

Miró a su alrededor. En aquel lugar había un desorden que no podía comprender. ¿Cómo se podía trabajar, cómo podía uno concentrarse en semejante lío?

Le dieron ganas de ponerse a ordenarlo todo, pero dio media vuelta y se acercó a los armarios archivadores. Buscaría lo que necesitaba y, por curiosidad, iría al taller.

Cuando oyó la puerta abierta, dio media vuelta, lista para sonreír, pero en la puerta había un extraño.

-¿En qué puedo ayudarlo?

El hombre entró y cerró la puerta a sus espaldas.

-Hola, Megan.

Por un instante, el tiempo se paró, luego retrocedió, en cámara lenta, cinco, seis, diez años atrás, a un tiempo en el que era joven e ingenua, y creía en el amor a primera vista.

-Baxter -susurró.

Qué extraño, se dijo, no haberlo reconocido a primera vista. Apenas había cambiado. Estaba tan atractivo y elegante como la última vez que lo vio. Era como un príncipe azul con la boca repleta de mentiras.

Baxter sonrió. Llevaba días tratando de sorprenderla sola y solo la frustración lo había empujado a acercarse a ella en aquel momento. Porque era un hombre al que lo preocupaba mucho su imagen, de modo que, antes de entrar, había comprobado que allí no había nadie más.

-Estás tan guapa como siempre -dijo.

Megan estaba pálida y a Baxter le gustaba saber que jugaba con ventaja. Además, llevaba semanas planeando aquella reunión.

-Pero has mejorado con los años. Has perdido un cierto aire infantil y eres más... elegante. Enhorabuena.

Cuando se aproximó a ella, Megan no se movió, sus piernas no le respondían. Ni siquiera cuando Baxter le acarició la mejilla y luego le tocó en la barbilla, con un dedo, rememorando un hábito que Megan había conseguido olvidar.

-Siempre has sido una belleza, Megan, con esa inocencia que a un hombre le dan ganas de corromper.

Megan se estremeció y Baxter sonrió.

-¿Qué haces aquí?

Megan solo podía pensar en Kevin, y daba gracias porque no estuviera allí.

-Tiene gracia. Yo iba a preguntarte lo mismo. ¿Qué estás haciendo aquí, Megan?

-Vivo aquí -dijo Megan con vacilación-. Trabajo aquí.

-Cansada de Oklahoma, ¿no? ¿Querías un cambio? -dijo Baxter, y se inclinó hacia delante hasta que Megan dio con la espalda contra el archivador. Sabía que el chantaje no serviría con ella, de modo que recurriría a la intimidación-. ¿Me tomas por tonto? No lo hagas, sería un gran error.

Cuando su espalda dio contra el archivador, Megan, al darse cuenta de que estaba temblando de miedo, se tranquilizó y se puso tensa. Ya no era una niña, sino una mujer, se dijo.

-Por qué estoy aquí no es asunto tuyo.

-Oh, claro que lo es -dijo Baxter con calma-. Yo prefiero que estés en Oklahoma, Megan. Con tu trabajo, y tu familia, y tu vida tranquila. De verdad que lo prefiero.

Su mirada era fría, helada, pensó Megan con tristeza. Nunca hasta entonces se lo había parecido.

-Lo que tú prefieras no me importa, Baxter.

-¿Creías que no iba a averiguar que te habías trasladado a vivir con mi ex mujer y su familia? ¿Pensabas que te había perdido de vista? ¿Qué me había olvidado de ti durante todos estos años?

Megan trató de apartarse de él, pero Baxter le cortó el paso. No tenía miedo, pero sí sentía cada vez más rabia.

-Nunca he pensado en eso porque no me importa. Y no, no sabía que no me habías perdido de vista. ¿Por qué iba a saberlo? Ni Kevin ni yo queremos nada de ti.

-Has esperado mucho tiempo para venir -dijo Baxter, esforzándose por controlar la furia que se apoderaba de él. Había trabajado demasiado para que un antiguo error lo echara todo por tierra-. Eres muy lista, Megan, más lista de lo que pensaba.

-No sé de qué estás hablando.

-En serio quieres que crea que no sabes nada de mi campaña electoral? No pienso tolerar tus patéticos intentos de venganza.

La voz de Baxter era cortante, afilada. Megan empezaba a sentir cierto temor.

-Te repito que no sé de qué estás hablando. Mi vida no es asunto tuyo, Baxter, y la tuya no me importa nada. Hace tiempo dejaste eso bastante claro, cuando te negaste a reconocer que Kevin es tu hijo.

-¿Es ese el cuento con el que vas a salir? -dijo Baxter. Quería mantener la calma, pero cada vez estaba más furioso. La intimidación, se dijo, no bastaría-. ¿Vas a recurrir a la historia de la pobre chica inocente, seducida, traicionada y abandonada?

-No es un cuento, es la verdad.

-Eras joven, Megan, pero ¿eras inocente? -dijo Baxter, apretando los dientes-. No lo eras, es más, lo estabas deseando, ansiosa.

-¡Te creí! Creí que me querías, que querías casarte conmigo. Y tú te aprovechaste. Nunca tuviste intención de tener un futuro conmigo, ya estabas comprometido. Yo no era más que un capricho.

-Eras muy dulce, Megan, muy, muy dulce -dijo Baxter, empujándola contra el archivador.

-Quítame las manos de encima.

-Todavía, no. Escucha con atención. Sé por qué has venido a vivir con las Calhoun. Primero habrá rumores, luego una triste historia contada a algún periodista compasivo. La vieja dama me presionó cuando dejé a Suzanna -dijo Baxter con odio al recordar a Colleen-, pero yo solo quería el bien de los niños, por eso dejé que Bradford los adoptara. Cedí generosamente mis derechos, para que los niños pudieran crecer en una familia tradicional.

-Nunca te han importado, ¿verdad? -dijo Megan con voz grave-. Alex y Jenny nunca te han importado, como tampoco te importa Kevin.

-El asunto es que la vieja no tenga que preocuparse por ti. Así que, Megan, será mejor que me escuches. Las cosas no te van bien aquí, así que tienes que volver a Oklahoma.

-No me voy a ninguna parte -dijo Megan, y dio un respingo cuando Baxter le apretó el brazo.

-Vas a volver a Oklahoma y a llevar la vida tranquila que llevabas, sin entrevistas sentimentales con la prensa. Si tratas de hacerme daño, de complicarme de algún modo, acabaré contigo. Y cuando haya terminado, y créeme, tengo dinero bastante para hacer que muchos hombres declaren que eras una fulana, cuando haya terminado, no serás nada más que una zorra oportunista con un hijo bastardo.

Megan se estremeció, pero no por las amenazas, lo que no soportaba era oírle a Baxter decir que Kevin era un bastardo. Y antes de que se diera cuenta, levantó la mano y le dio a Baxter una bofetada.

-No vuelvas a llamar así a mi hijo nunca más.

Baxter le devolvió la bofetada.

-No me presiones, Megan -dijo-. No me presiones porque puedes acabar muy mal. Tú y el niño.

Enfurecida, como cualquier madre protegiendo a su hijo, Megan se abalanzó sobre él. Los dos cayeron al suelo, junto a la pared.

-Sigues teniendo la misma naturaleza apasionada, por lo que veo -dijo Baxter, tirando de ella hacia sí-. Recuerdo bien cómo despertarla.

Baxter tenía inmovilizada a Megan, sujetando sus brazos, de modo que esta se defendió con un mordisco. Cuando Baxter chilló de dolor, se abrió la puerta.

Nathaniel lo levantó del suelo como haría con un perro rabioso.

-Nathaniel -dijo Megan.

El no la miró, en vez de eso, sujetó a Baxter contra la pared.

-Dumont, ¿verdad? -dijo con un tono tranquilo pero aterrador-. He oído que te gusta maltratar a las mujeres.

Baxter trató de recobrar la compostura, pero sus pies no tocaban el suelo.

-¿Quién demonios es usted?

-Sí, supongo que tiene derecho a saber mi nombre, porque le voy a arrancar el corazón con las manos -dijo Nathaniel, y tuvo el placer de ver que Baxter se pusiera blanco de miedo-. Me llamo Nathaniel Fury, no lo vas a olvidar, ¿verdad?

Cuando Baxter pudo hablar, lo hizo con un débil hilo de voz.

-Estará en la cárcel antes de que acabe el día.

-No creo -dijo Nate, y cuando Megan quiso adelantarse, le dijo:- Quédate ahí.

-Nathaniel -dijo Megan, tragando saliva-, no lo mates.

-¿No quieres que lo mate?

Megan abrió la boca y volvió a cerrarla. La respuesta parecía desesperadamente importante, de modo que dijo la verdad.

-No.

Baxter quiso gritar, pero Nathaniel se lo impidió poniéndole la mano en la garganta.

-Tienes suerte, Dumont. La dama no quiere que te mate y no quiero decepcionarla. Ya se ocupará de ti el destino -dijo Nate, y sacó a Baxter del despacho, llevándolo como si no fuera más que una bolsa vieja.

Megan corrió hacia la puerta. Se estremeció de alivio al ver al marido de Suzanna cerca del muelle.

-¡Holt! Haz algo.

Holt se limitó a encogerse de hombros.

-Fury me mataría. Vuelve a entrar, te estás mojando.

-Pero, ¿no irá a matarlo?

Holt reflexionó un instante. Nathaniel, mientras tanto, tiraba de Baxter por el muelle.

-No creo.

-Espero que no sepas nadar -dijo Nathaniel, y arrojó a Baxter al agua. Se dio la vuelta, sin molestarse en ver si Baxter sabía nadar o no.

-Vámonos -dijo al llegar junto a Megan.

-Pero...

Nathaniel la levantó en sus brazos.

-Ya basta de trabajo por hoy.

-De acuerdo -dijo Holt, con las manos metidas en los bolsillos-. Hasta mañana.

-Nathaniel, no puedes...

-Cállate, Meg -dijo Nate, y la llevó hasta el coche.

Megan miró hacia el muelle. No estaba segura de si, al ver a Baxter apareciendo por el borde del muelle, sintió alivio o decepción.

Nathaniel necesitaba un poco de paz para tranquilizarse. Detestaba su fuerte temperamento, porque a veces le daban ganas de solucionar las cosas a puñetazos. En circunstancias normales era capaz de contenerse, pero solo saber de lo que era capaz lo ponía enfermo.

No había duda de que habría podido asesinar a aquel hombre si Megan no se lo hubiera impedido.

Se había esforzado, a lo largo de los años, por recurrir a las palabras y no a los puños para resolver sus disputas. Normalmente conseguía contenerse, pero a veces era imposible.

Megan estaba temblando cuando llegaron a casa de Nate. No se le ocurrió hasta aquel momento que se había olvidado de Perro. Pero pensó que Holt se ocuparía de él.

Nathaniel llevó en brazos a Megan hasta su dormitorio, y la dejó en una silla. Sin decir palabra, fue a revolver en los cajones.

-Quítate esa ropa -le dijo, dejándole una sudadera y unos pantalones de chándal-. Voy a hacerte un té.

-Nathaniel...

-¡Haz lo que te digo! -gritó Nate, apretando los dientes.

Logró contenerse, pero pensando en que, al llegar a la cocina, daría un puñetazo contra la pared. Sin embargo, lo que hizo fue poner la tetera e ir a buscar una botella de coñac. Después de considerarlo un momento, dio un trago directamente de la botella. No lo calmó mucho, pero sirvió para quitarle el mal sabor de la boca.

Cuando oyó silbar a Pájaro e invitar a Megan a la Casbah, sirvió dos tazas de té.

Megan estaba pálida y tenía expresión de desconcierto. La sudadera y los pantalones le estaban demasiado grandes. Se quedó en el vano de la puerta, vacilante, consciente de su cómica imagen.

-Siéntate y toma algo. Te sentirás mejor.

-Estoy bien, de verdad -dijo Megan, pero se sentó, y tomó la taza con ambas manos. Con el primer trago frunció el ceño-. Creía que era té.

-Es té. Pero le he puesto coñac para que esté más rico -dijo Nate, y se sentó frente a ella-. ¿Te ha hecho daño?

Megan agachó la vista y pudo ver su rostro reflejado en la mesa.

-Sí.

Lo dijo con tranquilidad, porque creía que estaba tranquila, hasta que Nathaniel puso una mano sobre la suya. Entonces sollozó y tuvo que agachar la cabeza y apoyarla sobre la mesa, entre las manos.

Lloraba por las esperanzas y los sueños perdidos, por la traición, los miedos y la amargura. Nate no dijo nada, tan solo esperó.

-Lo siento -dijo Megan al cabo de un rato. Se sentía confortada por la fresca y agradable sensación de la mesa contra la mejilla y la mano de Nathaniel sobre su pelo-. Todo ha ocurrido demasiado deprisa y no estaba preparada -dijo, pero un nuevo miedo se apoderó de ella-. ¡Kevin! Oh,

Dios, si Bax...

-Holt se ocupará de él. Dumont no se acercará a él.

-Tienes razón -dijo Megan con un suspiro-. Holt se ocupará de él y de Suzanna y de los demás. Además, Baxter solo quería asustarme.

-¿Y te ha asustado?

-No. Me ha hecho daño, y me ha puesto furiosa, y enferma cuando me ha tocado. Pero no me ha asustado, no podría.

-Buena chica.

Megan suspiró y sonrió débilmente.

-Pero él sí está asustado -dijo-. Por eso ha venido, porque después de todos estos años teme que haya venido a vivir con los Calhoun.

-¿Asustado? ¿De qué?

-Del pasado, de las consecuencias -dijo Megan y volvió a suspirar. Esta vez, al hacerlo, olió a tabaco y a sal, el olor de Nathaniel, un olor reconfortante-. Cree que nuestra venida forma parte de una especie de complot contra él. Me ha seguido la pista todo este tiempo. No lo sabía.

-¿No habías vuelto a verlo hasta hoy?

-No, nunca. Supongo que se sentía seguro cuando estaba en Oklahoma, sin ningún contacto con Suzanna. Ahora no solo estamos en contacto, sino que vivimos en la misma casa... pero no parece entender que no tiene nada que ver con él.

Volvió a beber té. Nathaniel no le preguntó nada, se limitó a permanecer sentado a su lado, sosteniendo su mano. Tal vez por eso, Megan se sintió impulsada a hablar.

-Lo conocí en Nueva York. Yo tenía diecisiete años y era mi primer viaje lejos de mi casa. Fue durante las vacaciones de invierno, fui con unas amigas. ¿Has estado en Nueva York?

-Una o dos veces.

-Nunca había visto nada igual. La gente, los edificios... Es una ciudad excitante, y no se parece a las ciudades de la Costa Oeste. Está lleno de colorido y de vida. Me encantó pasear por la Quinta Avenida, tomar café en Greenwich Village... Parece una tontería.

-No, parece normal.

-Supongo que sí -dijo Megan con una sonrisa-. Todo era normal y sencillo... Luego... Lo conocí en una fiesta, era tan guapo, y parecía tan romántico. El sueño de una jovencita, con ese aire de mundo. Tenía la edad justa para parecer fascinante. Había estado en Europa... -se interrumpió y cerró los ojos-. Qué patético.

-No tienes por qué contarme nada, Meg.

-Lo sé, pero quiero hacerlo -dijo Megan, y volvió a abrir los ojos-. Si quieres oírlo.

-Claro que sí -dijo Nate, apretándole la mano-. Adelante, líbrate de ello.

-Me dijo las palabras adecuadas -dijo Megan-, hizo los movimientos adecuados. Me mandó una docena de rosas al día siguiente y me invitó a cenar.

Se detuvo para elegir las palabras adecuadamente y le enredó el dedo en el pelo. Era tan horrible, pensó, mirar al pasado.

-De modo que me fui a cenar. Había velas y bailamos. Yo me sentía adulta. Creo que solo es posible sentirse así cuando tienes diecisiete años. Fuimos a ver museos, de compras, al teatro. Me dijo que me quería y me compró un anillo. Tenía dos pequeños diamantes en forma de corazón. Era muy romántico. El me puso uno en la mano y yo le puse otro a él.

Se interrumpió un momento, esperó a que Nathaniel hiciera algún comentario. Cuando no dijo nada, hizo acopio de valor para continuar.

-Me dijo que iría a Oklahoma e hicimos planes de futuro. Pero, por supuesto, no fue. Llamó y dijo que se retrasaría unos días. Luego, de repente, dejó de contestar a mis llamadas. Luego supe que estaba embarazada y lo llamé y le escribí. Entonces me enteré de que estaba prometido, que llevaba prometido mucho tiempo. Al principio no pude creerlo, luego me volví loca. Tardé tiempo en hacerme a la idea. Mi familia se portó muy bien. Nunca lo habría soportado sin su apoyo. Cuando nació Kevin, me di cuenta de que no bastaba con sentirme adulta, sino que tenía que ser adulta. Más tarde, traté de ponerme en contacto con Bax una vez más. Creí que debía saber que tenía un hijo y que Kevin tenía derecho a tener algún tipo de relación con su padre. Pero... No tenía ningún interés, solo

sentía ira y hostilidad. Empecé a comprender que lo mejor era que no conociera a Kevin, y hoy sigo creyendo que así es.

-No os merece a ninguno de los dos.

-No, no nos merece -dijo Megan con una pequeña sonrisa. Por primera vez en mucho tiempo se sentía limpia, pero no vacía, sino libre-. Quiero agradecerte que vinieras en mi rescate.

-Ha sido un placer. No volverá a tocarte -dijo Nate, besándole la mano-. Ni a ti ni a Kevin. Confía en mí.

-Confío en ti -dijo Megan. Le palpitaba el corazón, pero lo miró a los ojos-. Cuando me subías por las escaleras creía que... Bueno, no creía que fueras a hacerme un té.

-Ni yo tampoco. Pero estabas temblando y sabía que no podía tocarte antes de que nos calmásemos. Habría sido un desastre, para los dos.

Megan empezaba a excitarse.

-¿Estás tranquilo ahora?

-¿Es una invitación, Megan?

-Yo... -dijo Megan. Sabía que Nate estaba esperando a que ella asintiera, pero sin seducirla, sin ilusiones, sin falsas promesas-. Sí.

Cuando Nate la levantó en brazos, se rió nerviosamente. Y se le hizo un nudo en la garganta cuando Nate la miró.

-No pensarás en él -dijo Nathaniel-. No pensarás en nada excepto en nosotros.

Megan podía oír los latidos de su corazón, como contrapunto al sonido de la lluvia que golpeaba los cristales de las ventanas. Se preguntó si Nathaniel también lo oía y, si lo oía, si sabría que ella sentía cierto temor. Sus brazos eran fuertes y su boca dulce y firme.

La llevó en brazos por las escaleras como si pesara tan poco como una pluma.

Haría algo mal, alguna tontería, no sería lo que él esperaba, lo que ella esperaba de sí misma. Las dudas se apoderaron de ella cuando entraron en la habitación, bañada de una luz tenue y oliendo a glicinias.

Había un jarrón con las flores de color púrpura, puesto sobre una vieja cómoda de madera. Las ventanas estaban entreabiertas y dejaban paso a una fresca brisa. La cama tenía cabecero de hierro y un edredón de algodón.

Nate dejó a Megan en el suelo, junto a la cama, y ella se dio cuenta de su debilidad, le temblaban las rodillas. Pero siguió mirándolo a los ojos y esperó a que él hiciera el primer movimiento.

-Estás temblando -dijo Nathaniel con tranquilidad y le acarició la mejilla. ¿Creía Megan que él no se daba cuenta de sus temores? Lo que ella no podía, y no debía saber, era que sus temores despertaban los suyos propios.

-No sé qué hacer -dijo Megan, y cerró los ojos. Ya estaba, se dijo, ya había cometido el primer error. Pero, con decisión, tomó la cabeza de Nate entre las manos y lo besó.

Nate se estremeció, invadido por un fuego de deseo. Tensó los músculos como reacción y contuvo el deseo de echarla sobre la cama y hacerle el amor intensa y rápidamente. En vez de eso, siguió acariciándole la cara, los hombros, la espalda, hasta que Megan se calmó.

-Nathaniel.

-¿Sabes qué quiero, Meg?

-Sí... no.

Le echó los brazos al cuello, pero él tomó sus manos y le besó los dedos, uno a uno.

-Quiero que estés tranquila, que disfrutes -dijo y le soltó las manos-. Quiero que te llenes de mí dijo, y empezó a quitarle las horquillas del pelo, dejándolas en la mesilla-. Quiero oírte decir mi nombre cuando esté dentro de ti.

Le acarició el cabello, sonriendo de satisfacción al sentir su sedosa suavidad.

-Quiero que dejes hacerte todas las cosas con las que he estado soñando desde que te vi. Deja que te enseñe.

La besó en la boca, suavemente. Luego, con pequeños mordisquitos y lamiéndole los labios, logró que los separase. Poco a poco, el beso se fue haciendo más intenso, más profundo, hasta que Megan apoyó las manos en las caderas de Nathaniel y se dejó llevar por el placer.

Nate sabía ligeramente a coñac y rozaba la mejilla de Megan con su barba de dos días. Megan se sentía invadida por una sensación de aturdimiento agradable e intensa, y se dejaba llevar.

Nathaniel llenó su rostro de besos. Trazó la línea de su mandíbula, le lamió el lóbulo de la oreja y siguió por las mejillas y los ojos. Esperando, pacientemente, a dar el siguiente paso.

Por fin, retrocedió, solo unos centímetros; le quitó la camisa a Megan y la dejó en el suelo.

Megan vio un chispazo de deseo en su mirada, luego su mirada ensombrecida. Nate le pasó un dedo por el cuello y descendió hasta llegar al pezón.

Megan contuvo la respiración.

-Eres preciosa, Meg, y tan suave -dijo Nate, y la besó en un hombro, mientras seguía acariciándola, excitándola-. Tan dulce.

Temía que sus manos fueran demasiado grandes, demasiado rudas. Como resultado, sus caricias eran extremadamente suaves. Descendió por los costados y llegó a la cintura, para desabrocharle los pantalones.

Luego, siguió acariciándola, hasta que Megan no pudo respirar sin gemir, sumergida en un océano de placer.

Finalmente, Nate se desnudó y Megan lo miró con atención, intensamente.

Megan se dijo que había llegado el momento, y se le hizo un nudo en la garganta. Nate iba a hacerle el amor, para aliviar aquel maravilloso dolor que habitaba en su interior.

Dulce y anhelante, lo besó en la boca y él la estrechó entre sus brazos. Luego la tendió sobre la cama, tan dulcemente como si la hubiera tendido sobre un lecho de rosas, y empezó a besarla delicadamente, solo con los labios, saboreándola, como si fuera un banquete de los más exquisitos sabores. Luego la acarició, como si fuera descubriendo su cuerpo poco a poco.

Nada podría haberla preparado. Aunque hubiera tenido cien amantes, ninguno podría haberle dado más, ni recibido más. Estaba perdida en un mar de sensaciones, conquistada por la ternura, perdida en la suavidad.

Su corazón latía cada vez más deprisa, pero ella respiraba con calma, profundamente. Sintió que le rozaba el pezón con el pelo, antes de tomarlo con la boca. Gimió de placer y escuchó el suspiro de Nate, mientras la chupaba.

Y se hundió en aguas cálidas y profundas.

Y entonces, comenzó a formarse la tormenta, lenta y sutilmente. Casi no podía respirar, pero necesitaba aire, porque se estaba ahogando. Su cuerpo estaba tenso y lleno de anhelo, pero la cabeza le daba vueltas.

-Nathaniel -dijo agarrándose a él-. No puedo.

Pero él la besó en la boca, tragándose sus suspiros, saboreándola. Y Megan se relajó. Justo entonces llegó la primera oleada de placer.

Nate le estaba acariciando el vientre, y ella se apretó contra aquella mano, invadida por la sensación. Se agarró a sus hombros y lo apretó con tal fuerza que le clavó las uñas, y tuvo un orgasmo.

-Megan, Dios -dijo Nate.

Dar placer a una mujer siempre le había dado placer a él mismo. Pero nunca de aquel modo, nunca hasta aquel punto. Se sentía rey y mendigo al mismo tiempo.

La asombrada respuesta de Megan lo excitó hasta el límite de lo soportable. Era como si de sus nervios saltaran chispas.

Quería darle más, tenía que darle más. No pudiendo resistirlo más, se deslizó en ella, satisfecho de oír su gemido de placer, su rápido estremecimiento.

Era tan pequeña. Nate tuvo que recordarse, una vez más, que era pequeña y delicada y su piel era suave y tierna. Que era inocente y casi como una virgen. De modo que mientras la sangre latía en su cabeza, en sus pulmones, la tomó dulcemente, con las manos apoyadas en la cama, por miedo a hacerla daño si la tocaba.

Y su cuerpo se contrajo y estalló. Y entonces, pronunció su nombre.

Volvió a besarla y la abrazó.

La lluvia seguía golpeando contra la ventana. Megan volvió a la realidad poco a poco. Estaba tendida en la cama, quieta, con una mano enredada en el pelo de Nathaniel, que sonreía.

Empezó a tararear una canción.

Nathaniel se apartó un poco y se apoyó en un codo.

-¿Qué haces?

-Estoy cantando.

Nate sonrió y la observó.

-Me gustas mucho, nena.

-Tú empiezas a gustarme a mí -dijo Megan acariciándole la barbilla con un dedo. Luego agachó la mirada-. Ha estado bien, ¿verdad?

Nate sonrió y esperó a que Megan lo mirase para responder.

-No ha estado mal para empezar.

Megan abrió la boca, y volvió a cerrarla con un pequeño gemido.

-Podías ser un poco más... amable.

-Tú podías ser un poco menos tonta -dijo Nate besándola en la boca-. Hacer el amor no es un concurso. Ni se pone nota.

-Lo que quería decir era que... No importa.

-Lo que querías decir era que... -dijo Nate, y puso a Megan encima de él-. En una escala de uno a diez...

-Corta, Nathaniel -dijo Megan, apoyando la mejilla sobre el pecho de Nate-. Odio que me hagas sentir ridícula.

-Yo, no -dijo Nate, acariciándole la espalda-. A mí me encanta hacerte sentir ridícula. Me encanta hacerte sentir.

Nathaniel estuvo a punto de añadir «te quiero», pero Megan no lo habría aceptado. Incluso a él le costaba hacerlo.

-Me has hecho sentir. Me has hecho sentir cosas que nunca había sentido. Tenía tanto miedo.

-No quiero que tengas miedo de mí.

-Tenía miedo de mí misma -dijo Megan-. De nosotros. Miedo de dejar que ocurriera esto, pero me alegro de que haya ocurrido.

Era más fácil de lo que había pensado sonreír, besarlo, hablar. Por un instante, le dio la impresión de que Nate se ponía tenso, pero le pareció una tontería y volvió a besarlo.

Nate estaba sorprendido. ¿Cómo era posible que volviera a desearla, tan rápida, tan desesperadamente? Pero, ¿cómo podía resistirse al encanto de aquellos labios, dulces y tentadores?

-Me parece que va a ocurrir otra vez.

Megan sonrió y lo besó en la boca. Luego, profirió un gemido de deleite cuando Nate la hizo rodar para ponerse encima de ella. Nate se dejó llevar, besándola apasionadamente, devorándola, besando su boca, su piel, acariciándole los cabellos, y apartándolos para besarla en el cuello.

Megan se quejó, gimió, se revolvió debajo de él.

Nate se apartó y se tendió de espaldas.

Confusa, Megan le tocó el brazo, que él apartó.

-No -dijo-. Necesito un momento.

Megan se quedó de piedra.

-Lo siento. ¿He hecho algo mal?

-No -dijo Nate pasándose la mano por la cara, y se sentó-. No estoy listo. ¿Qué te parece si bajo y preparo algo de comer?

Solo estaba a unos centímetros de Megan, pero parecían kilómetros.

-No, da igual -dijo con calma-. La verdad es que tengo que irme. Tengo que ir por Kevin.

-Kevin está bien.

-Aun así -dijo Megan mesándose el cabello y, de repente, tuvo ganas de taparse, de ocultar su desnudez.

-No me cierras la puerta -dijo Nate, conteniendo una peligrosa pasión.

-No he cerrado ninguna puerta. Yo creía que querías que me quedase. Pero como no quieres...

-Claro que quiero. Maldita sea, Megan -exclamó Nate, y no se sorprendió cuando Megan se sobresaltó-. Necesito un maldito minuto. Podría comerte viva, te deseo demasiado.

Megan se tapó los senos con un brazo.

-No te entiendo.

-Claro que no me entiendes -dijo Nate, y trató de calmarse-. Estaremos bien, Meg, si esperas a que me tranquilice.

-¿De qué estás hablando?

Presa de la frustración, Nate tomó la mano de Megan y la puso contra la suya, palma con palma.

-Tengo las manos muy grandes, Megan. Heredadas de mi padre. Sé cómo utilizarlas, pero también sé cómo hacer daño con ellas.

Le brillaban los ojos, como el filo de una espada. Debería haber atemorizado a Megan, pero la excitaba.

-Tienes miedo -dijo-. Miedo de hacerme daño.

-No te haré daño -dijo Nate, y apoyó la mano sobre la cama, apretando el puño.

-No, no me harás daño -dijo Megan, acariciándole la barbilla.

Nate apretaba la mandíbula.

-Me deseas -dijo y lo besó en la boca-. Quieres tocarme y quieres que yo te toque.

Tomo su mano y la puso sobre uno de sus senos, luego le acarició el pecho y sintió el temblor de sus músculos.

-Hazme el amor, Nathaniel -dijo con los ojos entrecerrados, le puso las manos en el cuello y se apretó contra él-. Muéstrame lo mucho que me deseas.

Nate la besó, concentrándose en el sabor de su boca. Sería bastante, se dijo, para satisfacerla.

Pero Megan aprendía deprisa. Cuando Nate quería ser tierno, ella era intensa, cuando quería ser suave, ella se dejaba llevar por el deseo.

Finalmente, Nate la levantó y quedaron frente a frente, de rodillas, cuerpo a cuerpo, y la besó apasionadamente.

Megan respondía ávidamente a cada una de sus demandas, a cada desesperado gemido. Nate la acariciaba por todo el cuerpo, posesivamente, tomando más solo cuando ella pedía más. Se habían acabado las aguas tranquilas y se dejaban llevar por un torrente de deseo.

Nate no podía detenerse, pero, además, se había olvidado de cualquier tipo de control. Megan era suya y él quería tenerlo todo de ella. Con algo parecido a un quejido, le recorrió el cuerpo con los labios.

Megan se arqueó y Nate se agachó y la besó en el vientre y le lamió el sexo. Megan no pudo reprimir los gemidos de placer, que profirió pronunciando el nombre de Nathaniel.

Nate la penetró, impulsivamente, gimiendo, con los ojos cerrados. Tomó las manos de Megan y prosiguieron amándose con las manos entrelazadas.

Megan recordaría el ritmo, y la libertad salvaje de su encuentro. Y recordaría la maravillosa sensación de compartir un orgasmo al mismo tiempo.

Debía haberse quedado dormida, se dijo al despertar, tumbada boca abajo en la cama. Ya no llovía y había caído la noche. Cuando se le aclaró la mente, se dio cuenta de un montón de pequeños dolores y de una sensación de aturdimiento y satisfacción.

Pensó en darse la vuelta, pero le pareció demasiado esfuerzo. En vez de eso, estiró los brazos, buscando a Nate, aunque, en realidad, sabía que estaba sola.

Entonces oyó hablar al pájaro.

-Tú sí sabes silbar, ¿no, Steve?

Megan seguía sonriendo cuando Nathaniel entró en la habitación.

-¿Qué haces? ¿Ver películas antiguas todo el tiempo?

-Es un fan de Bogart -dijo Nate. Le resultaba extraño sostener una bandeja de comida delante de una mujer desnuda que yacía sobre su cama-. Tienes una bonita cicatriz, nena.

Megan estaba demasiado contenta como para molestarse.

-Me la gané. Tú tienes un bonito dragón.

-Tenía dieciocho años, tonta, y más de un par de cervezas. Pero supongo que yo también me la he ganado.

-Te queda bien. ¿Qué has traído?

-He pensado que tendrías hambre.

-Me muero de hambre -dijo Megan, apoyándose en ambos codos-. Huele muy bien. No sabía que supieras cocinar.

-No sé. Lo ha hecho El Holandés. Siempre me traigo comida del hotel. Solo tengo que calentarla. Bueno, hay pollo estilo indio y vino.

Megan se relamió y se incorporó para ver el contenido de la bandeja.

-Tiene una pinta estupenda. Pero de verdad que necesito ir por Kevin.

-He llamado a Suzanna -dijo Nate, esperando que Megan se quedara a cenar, desnuda como estaba-. A no ser que la llames tú, Kevin puede quedarse a dormir en su casa.

-Bueno, pues...

-Dice que está jugando a los videojuegos con Alex y Jenny.

-Y si yo llamo, le aguaré la fiesta.

-Más o menos -dijo Nate sentándose en la cama, y acarició a Megan con un dedo-. Bueno, ¿te quedas a dormir conmigo?

-Ni siquiera tengo cepillo de dientes.

-Puedo encontrarte uno -dijo Nate partiendo un trozo de pollo y dándoselo a Megan.

-Oh -exclamó ella-. Cómo pica.

-Sí -dijo Nate, y se inclinó para besarla en los labios. Luego le dio a beber vino-. ¿Mejor?

-Maravilloso.

Nate dio unos golpecitos en el vaso de vino y cayeron unas gotitas sobre el hombro de Megan.

-Oh, será mejor que lo limpie -dijo, y lo hizo con la punta de la lengua-. ¿Qué tengo que hacer para convencerte de que te quedes?

Megan olvidó la comida y se echó en brazos de Nate.

-Acabas de hacerlo.

Por la mañana, se había aclarado la niebla. Nathaniel miró a Megan, que miraba por la ventana, bañada por la luz del sol. Se inclinó y la besó en la base del cuello.

Le pareció un gesto hermoso y sencillo que podía convertirse en un hábito.

-Me encanta cómo te arreglas, nena.

-¿Cómo me arreglo? -dijo Megan, mirando el reflejo de Nate en el cristal de la ventana.

Llevaba el mismo traje de chaqueta del día anterior, que no tenía ni una arruga. Iba perfectamente maquillada, gracias al pequeño maletín de emergencia que llevaba en el bolso. Lo único que le daba problemas era el cabello, porque había perdido la mitad de las horquillas.

-Eres igual que un pastelito en el escaparate de una pastelería.

-¿Un pastelito? -dijo Megan, riendo-. Yo no soy un pastelito.

-Me encantan los dulces -dijo Nate, y para probarlo mordió a Megan en el lóbulo de la oreja.

-Ya me he dado cuenta -dijo Megan, apartándolo de sí-. Tengo que irme.

-Ya. Yo, también. Me imagino que no puedo convencerte de que vengas conmigo.

-¿A ver ballenas? -dijo-. ¿Puedo convencerte de que vengas tú a mí despacho a hacer números?

Nate hizo una mueca.

-Supongo que no. ¿Qué tal esta noche?

Megan imaginó la cita.

-Tengo que pensar en Kevin. No puedo pasarme las noches aquí y que él duerma en otra parte.

-Ya he pensado en eso. Estaba pensando que podías dejar las puertas de tu balcón abiertas.

-¿Y vas a subir trepando?

-Más o menos.

-Buena idea -dijo Megan riéndose-. Bueno, ¿me llevas a mi coche?

-Qué remedio -dijo Nate, tomando su mano.

Cuando bajaban las escaleras, Nate le habló, aunque odiaba sacar el tema, tenía que decírselo.

-Megan, si tienes noticias de Dumont, si trata de verte a ti o de ver a Kevin, si llama o hace señales de humo, si hace algo, lo que sea, quiero que me lo digas.

Megan le apretó la mano.

-Dudo que lo haga, después de cómo lo trataste. Pero no te preocupes, puedo con él.

-Que le corten la cabeza -dijo Pájaro, cuando pasaron a su lado, pero Nathaniel no sonrió.

-No es cuestión de que puedas con él -dijo Nate, empujando la puerta-. Puede que no te des cuenta de que lo que pasó anoche me da derecho a cuidarte y a cuidar de tu hijo, pero eso es lo que pienso y eso es lo que haré. Así que vamos a ponerlo de esta manera, o me prometes que me avisarás o voy por él ahora mismo.

Megan quiso protestar, pero la imagen, muy vívida, del rostro de Nathaniel cuando empujó a Baxter contra la pared la detuvo.

-Sé que lo harías -dijo.

-Te lo garantizo.

-Me gustaría decir que te agradezco que te preocupes por mi, pero no estoy segura de que eso me alegre. Llevo mucho tiempo cuidando de Kevin y de mí misma.

-Las cosas cambian.

-Sí -dijo Megan, preguntándose qué pensamientos se escondían tras los ojos grises y tranquilos de Nate-, pero me siento más cómoda cuando cambian poco a poco.

-Hago todo lo posible por ir a tu ritmo, Megan. Pero en este asunto te pido que me digas sí o no.

No se trataba solo de ella, pensó Megan, también estaba Kevin. Y Nathaniel les estaba ofreciendo su brazo protector. El orgullo no importaba cuando se trataba del bienestar de su hijo.

Cuando se sentaron en el coche, lo miró.

-Siempre te las arreglas para salirte con la tuya. Dices las cosas como si fueran inevitables.

-Normalmente lo son -dijo Nate, arrancó el coche y se dirigieron al puerto.

Un pequeño comité los esperaba. Holt y, para sorpresa de Megan, su hermano, Sloan.

-He dejado a los niños en Las Torres -le dijo Holt-. Con tu perro, Nate.

-Gracias.

Megan acababa de salir del coche cuando Sloan la agarró por los hombros y la miró a los ojos.

-¿Estás bien? ¿Por qué demonios no me has llamado? ¿Te ha puesto las manos encima?

-Estoy bien, Sloan, estoy bien -dijo Megan, e, instintivamente, le acarició la mejilla y lo besó-. No te llamé porque ya tenía dos caballeros de blanca armadura para defenderme. Y puede que él me haya puesto las manos encima, pero yo le he devuelto puñetazos. Creo que le rompí el labio.

Sloan dijo algo muy desagradable sobre Dumont y abrazó a su hermana.

-Tendría que haberlo matado hace años, cuando me lo contaste todo.

-No digas eso -dijo Megan, abrazando a su hermano-. Ya ha terminado todo y quiero que lo olvidemos y que Kevin no sepa nada de ello. Ahora, vámonos, te llevo a casa.

-Tengo cosas que hacer -dijo Sloan mirando a Nathaniel fríamente, por encima del hombro de Megan. Ve tú. Yo voy luego.

-De acuerdo -dijo Megan, y lo besó otra vez-. Holt, gracias por cuidar de Kevin.

-No te preocupes.

Nathaniel se despidió de Megan con un largo beso. Holt miró a Sloan, que fruncía el ceño, y tuvo que contener la risa.

-Hasta luego, nena.

Megan se sonrojó, aclarándose la garganta.

-Sí, bueno... Adiós.

Nathaniel se metió las manos en los bolsillos y esperó a que Megan se hubiera marchado para dirigirse a Sloan.

-Supongo que quieres hablar conmigo.

-Claro que quiero hablar contigo.

-Pues tendrá que ser en el barco, tengo un tour pendiente.

-¿Queréis un árbitro? -dijo Holt, y se ganó dos miradas fulminantes-. Qué pena, no quería perdérmelo.

Consumiéndose, Sloan siguió a Nathaniel por el muelle y subió tras él al barco. Esperó a que diera las órdenes para zarpar y, cuando estaban en la cabina del timón, Nathaniel miró a Sloan.

-Si van a ser más de quince minutos, estás invitado a un paseo en barco.

-Tengo tiempo de, sobra -dijo Sloan, acercándose a Nate y separando las piernas como un pistolero-. ¿Qué diablos estás haciendo con mi hermana?

-Creo que ya lo habrás adivinado -dijo Nathaniel fríamente.

Sloan apretó los dientes.

-Si crees que me voy a quedar parado mientras tú ligas con ella, te equivocas. Cuando se fue con Dumont yo no estaba presente, pero ahora estoy aquí.

-Yo no soy Dumont -dijo Nathaniel, haciendo esfuerzos por contenerse-. Si quieres descargar en mí lo que él le hizo, está bien, yo tengo ganas de matar a alguien desde que vi a ese bastardo encima de ella. Así que, si quieres tomarla conmigo, adelante.

Aunque la invitación tentaba a Sloan, despertando un elemental instinto masculino, Sloan retrocedió.

-¿Qué quieres decir con eso de que estaba encima de ella?

-Lo que acabo de decir -dijo Nate-, que la tenía en el suelo, y estaba sentado encima de ella. Me dieron ganas de matarlo, pero no creo que a ella le hubiera gustado.

Sloan respiró profundamente, tranquilizándose.

-Y lo tiraste al agua.

-Bueno, antes de eso, le di algunos golpes. Pensé que tal vez no supiera nadar.

Más tranquilo, Sloan asintió.

-Holt tuvo unas palabras con él cuando salió del agua. Ya se habían enfrentado en otras ocasiones. No creo que vuelva, por si vuelve a encontrarse con alguno de nosotros -dijo. Sabía que debía alegrarse, pero lo lamentaba, porque también él quería ponerle las manos encima-. Te agradezco que la cuidaras, pero eso no impide que no me guste que... Es muy vulnerable y lo ha pasado muy mal. No quiero que ningún hombre se aproveche de ello.

-Le di té y ropa seca -dijo Nathaniel entre dientes-. Y ahí habría quedado la cosa si ella hubiera querido, pero quiso quedarse conmigo.

-No quiero que vuelva a sufrir. Puede que cuando la mires veas a una mujer atractiva, pero es mi hermana.

-Estoy enamorado de tu hermana -dijo Nathaniel, y giró la cabeza al oír la puerta de la cabina.

-Listos, capitán.

-Pues vámonos -dijo apretando los dientes e inició la maniobra para zarpar.

-¿Quieres que tenga que vérmelas contigo? -dijo Sloan.

-¿Estás sordo o qué? Estoy enamorado de ella, maldita sea.

-Bueno, entonces... -dijo Sloan y, desconcertado, se sentó en un pequeño banco de la cabina.

Quería aclarar sus pensamientos. Después de todo, Megan apenas lo conocía, aunque no tenía por qué importar, él se había enamorado de Amanda en cuanto la vio. Si él pudiera elegir un hombre para su hermana, habría sido alguien parecido a Nathaniel Fury.

-¿Se lo has dicho? -le preguntó Sloan, con un tono considerablemente menos beligerante.

-Vete al infierno.

-No se lo has dicho -dijo Sloan-. ¿Y ella siente lo mismo por ti?

-Lo sentirá -dijo Nathaniel, apretando los dientes-. Necesita tiempo, eso es todo.

-¿Eso ha dicho?

-Eso es lo que yo digo -dijo Nathaniel, mesándose los cabellos-. Mira, O'Riley, dame un puñetazo en las narices si quieres, ya he tenido bastante.

Sloan sonrió.

-Estás loco por ella, ¿eh?

Nathaniel se limitó a gruñir, sin apartar la vista del mar.

-¿Y qué pasa con Kevin? -dijo Sloan, estudiando el perfil de Nate-. Hay hombres que no querrían hacerse cargo del hijo de otro.

-Kevin es el hijo de Megan -dijo Nate con una mirada penetrante-. Y será mi hijo.

Sloan guardó silencio unos instantes antes de proseguir.

-Entonces, quieres el paquete completo.

-Exacto -dijo Nathaniel, encendiendo un cigarro-. ¿Algún problema?

-Al contrario -dijo Sloan sonriendo y aceptó el cigarro que le ofreció Nate-. Pero no sé si para ti lo será. Mi hermana es muy testaruda. Pero viendo que casi eres un miembro de la familia, me encantará ayudar.

Nathaniel frunció los labios.

-Gracias, pero prefiero hacerlo solo.

-Como quieras -dijo Sloan, y se dispuso a disfrutar del paseo.

-¿Seguro que estás bien?

Megan acababa de entrar en Las Torres y se encontró rodeada de preocupación.

-Estoy bien, de verdad -dijo.

Pero sus protestas no impidieron que las Calhoun la llevaran a la cocina y le ofrecieran té y simpatía.

-Me parece que estáis exagerando.

-Cuando alguien se mete con alguno de nosotros -dijo C. C.-, se mete con todos nosotros.

Megan miró al jardín. Los niños jugaban alegremente.

-Os lo agradezco, de verdad. Pero no creo que haya nada por lo que preocuparnos.

-Claro que no -dijo Colleen entrando en la cocina, observando la escena con su astuta mirada-. ¿Qué estáis haciendo aquí? ¿Poniendo nerviosa a la chica? Fuera.

-Tía Colleen... -dijo Coco.

-Fuera, he dicho. Todos. Y tú vuelve a la cocina con ese holandés grandote con el que has pasado la noche.

-Pero...

-Vete. Y tú -dijo tía Colleen, dirigiendo su gesto amenazador a Amanda-. Tienes que dirigir el hotel, ¿no? Pues vete. Y tú -le dijo a una perezosa Lilah-, vete a dormir la siesta.

-Sí -dijo ella-, me hace falta. Vámonos, señoras, nos echan.

Satisfecha, cuando la puerta se cerraba, Colleen se sentó pesadamente en una silla.

-Ponme una taza de té-le dijo a Megan-. Bien caliente.

Aunque se levantó para obedecer, Megan no estaba impresionada.

-¿Siempre es tan brusca para pedir las cosas, señora Calhoun?

-Eso es por la vejez, y porque no me gusta perder el tiempo -dijo tía Colleen, y aceptó la taza de té que le dio Megan. Un té caliente y fuerte, muy a su gusto-. Ahora, siéntate y escucha lo que voy a decirte. Y no me contradigas, jovencita.

-Le tengo mucho afecto a Coco -dijo Megan-. Y usted la ha hecho avergonzarse.

-¿Coco avergonzada? ¡Ja! Ella y ese oso tatuado llevan días acostándose juntos. Lo único que he hecho es darle un empujoncito para que se atreva a decirlo públicamente -dijo y miró a Megan con complicidad-. Eres muy leal, ¿verdad?

-Sí.

-Yo también lo soy. Esta mañana he hecho unas cuantas llamadas, a amigos de Boston. Amigos con influencias. Chist -le dijo a Megan cuando esta quiso hablar-. Yo detesto la política, pero a veces es necesaria para bailar con el diablo. Dumont tiene que saber que cualquier contacto contigo, o con tu hijo, será fatal para sus ambiciones. No volverá a molestarte.

Megan frunció los labios. Hasta aquel momento, la amenaza de Baxter había pendido como una espada de Damocles sobre su cabeza, pero, tras las palabras de Colleen, desapareció por completo.

-¿Por qué lo ha hecho?

-Odio a los cerdos, sobre todo a los cerdos que interfieren en la felicidad de mi familia.

-Yo no soy tu familia -dijo Megan con suavidad.

-¡Ja! Eso te crees tú. Has metido las narices en territorio Calhoun, jovencita. Eres una de los nuestros, para siempre.

A Megan se le llenaron los ojos de lágrimas.

-Señora Calhoun -dijo Megan, pero tía Colleen la interrumpió con unos golpecitos de bastón. Dio un respingo y prosiguió:- Tía Colleen, muchas gracias.

-De nada -dijo Colleen, y carraspeó para aclararse la garganta. Luego elevó la voz-. ¡Dejad de escuchar detrás de la puerta! ¡Ya podéis entrar!

La puerta se abrió, y Coco fue la primera en entrar. Se acercó a Colleen y le dio un beso.

-Dejaos de tonterías -dijo tía Colleen, apartando a sus sobrinas-. Quiero que la chica me cuente cómo ese joven tan apuesto tiró a ese cerdo al agua.

Megan se echó a reír, secándose los ojos.

-Antes le sacudió.

-¡Ja! -dijo Colleen, agitando el bastón como señal de apreciación-. No ahorres detalles.. No ahorres detalles.

B. se está comportando extrañamente. Desde que hemos vuelto a la isla después del verano, está distraída, sueña despierta. Llega tarde al té, olvida citas. Intolerable. Molestos disturbios en México. He despedido al ayuda de cámara. Ha puesto mucho almidón en las camisas.

Increíble, pensó Megan, leyendo las notas de Fergus, que tenía una caligrafía sinuosa, casi indescifrable. Podía hablar de su esposa, de una guerra potencial o del ayuda de cámara con el mismo tono irritado. Qué vida tan miserable debió tener Bianca, qué terrible debió ser verse atrapada en su matrimonio, controlada por un déspota y sin poder manejar su propia vida.

Pero peor hubiera sido, se dijo Megan, que Bianca lo hubiera amado.

Como hacía a menudo en las horas tranquilas que precedían al sueño, Megan volvió a fijarse en las páginas finales del libro, repletas de números y lamentó no haber podido ir a la biblioteca todavía.

Aunque, tal vez, le sería más útil hablar con Amanda. Amanda sabría si Fergus tenía cuentas bancarias en el extranjero o depósitos en cajas de seguridad.

Se preguntó si allí estaría la clave de todo. Fergus tuvo casas en Maine y Nueva York, aquellos números podían corresponder a cajas de seguridad. Tal vez fueran combinaciones.

Le pareció una idea muy atractiva, una respuesta lógica a un intrincado rompecabezas. Era algo que encajaba con la personalidad de un hombre tan obsesionado por el dinero como Fergus Calhoun.

¿No sería fantástico, se dijo, que encontrarán algún depósito en una oxidada caja de seguridad? Llevaría ochenta años sin abrirse y la llave se habría perdido. ¿Y el contenido? ¿Rubíes o bonos negociables? ¿Una fotografía vieja o un mechón de cabello?

Cerró los ojos y se rió de sí misma.

-No te dejes llevar por la imaginación, Megan -murmuró-, puede llevarte demasiado lejos.

-¿Qué?

Megan se sobresaltó como un conejo, y se le cayeron las gafas.

-Maldita sea, Nathaniel.

Nate sonreía, mientras cerraba las puertas de la terraza a sus espaldas.

-Yo creía que te alegrarías de verme.

-Y me alegro, pero no sé por qué tienes que entrar sin avisar.

-Acabo de trepar por los balcones del hotel, ¿cómo iba a entrar, con una banda de música? -dijo Nathaniel, y se acercó a la silla donde estaba sentada Megan, inclinándose para besarla como un hombre hambriento-. Me alegro de que hables sola.

-Yo no hablo sola.

-Acabas de hacerlo, por eso he decidido dejar de mirarte y entrar. Estás muy guapa sentada a tu mesa, con el pelo recogido, las gafas y esa bata.

Megan deseó que su bata se transformara en un seductor camisón de seda, pero no tenía ninguna prenda atractiva con la que adornarse.

-Pensé que ya no ibas a venir. Es muy tarde.

-Me imaginé que habría muchas preguntas sobre lo de ayer y que querías acostar a Kevin. No sabe lo que ha pasado, ¿verdad?

-No -dijo Megan, conmovida porque Nate le preguntara por Kevin-. Los niños no lo saben y todos los demás han estado maravillosos. Es como pensar que estás solo en plena batalla y, de repente, te encuentras rodeado por un círculo de escudos -dijo, y sonrió, inclinando la cabeza a un lado-. ¿Qué estás escondiendo?

Nate escondía una mano detrás de la espalda, que sacó, mostrándole a Megan una peonía, gemela de aquella que ya le había dado.

-Una rosa sin espinas -le dijo.

Megan lo miró, y todo lo que pudo pensar por un instante fue que aquel hombre fascinante la deseaba. Nate fue a poner la flor en el jarrón, para sustituir la otra flor ya marchita.

-No la tires -le dijo Megan, sintiéndose un poco tonta.

-¿Eres sentimental, Meg? -dijo Nate, y dejó los dos capullos en el jarrón-. ¿Te sientas aquí a trabajar hasta tarde mirando la flor y pensando en mí?

-Podría ser -dijo Megan, observando la irresistible sonrisa de Nate-. Sí, he pensado en ti. Aunque no siempre bien.

-Me basta con que pienses en mí -dijo Nate, besándola en la palma de la mano-. Casi.

Tiró de ella, se sentó él en la silla, y luego la sentó en sus rodillas.

-Así está mucho mejor -dijo.

Megan apoyó la cabeza en su hombro.

-Todo el mundo se está preparando para la celebración del Cuatro de julio -dijo perezosamente-. Coco y El Holandés discuten sobre recetas para salsa barbacoa y los niños están decepcionados porque no les dejamos tirar cohetes.

-Acabarán por hacer dos salsas y preguntarle a todo el mundo su opinión -dijo Nate, pensando en lo agradable que era estar allí sentado, tranquilamente, al final de un largo día de trabajo-. Y a los niños les encantarán los fuegos que siempre organiza Trent.

Kevin no había hablado de otra cosa en toda la tarde, recordó Megan.

-He oído que va a ser un espectáculo.

-Ya verás. ¿Te gustan los fuegos artificiales?

-Casi tanto como a los chicos -dijo Megan riendo, y se estrechó contra Nate-. No puedo creer que ya estemos en julio.

-Sí, parece mentira -dijo Nate-. ¿Qué haces? ¿Estás con el libro de Fergus?

-Sí. No sabía que hubiera amasado una fortuna semejante o que tuviera tan poca consideración por la gente. Mira aquí -dijo Megan señalando la página con un dedo-. Escribe de Bianca como si fuera una posesión. Comprobaba las cuentas todos los días, hasta el último céntimo. Hay una anotación en la que le sustrae treinta y tres céntimos del sueldo a la cocinera por discrepancias con la compra de alimentos.

-Hay mucha gente que en lo primero que piensa es en el dinero -dijo Nate, hojeando el libro-. Yo no puedo estar seguro de que no estés sentada encima de mí por mi cuenta bancaria, que conoces hasta el último detalle.

-No tienes un dólar.

-Alguno tengo.

-Muy pocos, pero es normal en los primeros años de un negocio, y cuando hay que añadir el gasto de equipamiento, la hipoteca de la casa, los seguros y las licencias mercantiles...

-Dios, me encanta cuando hablas así -dijo Nate cerrando el libro y jugueteando con la oreja de Megan. Háblame de balances y de cobros trimestrales. Los cobros trimestrales me vuelven loco.

-Entonces, te alegrará saber que Holt y tú no les dais la importancia que tienen a los impuestos trimestrales.

-¿Qué quieres decir?

-Le debéis al gobierno otros doscientos treinta dólares, que habrá que añadir al próximo pago o que, sabiamente, puedo enviar en una enmienda de devolución.

-¿Y por qué tenemos que pagarles por adelantado? -dijo Nathaniel.

Megan le dijo un beso en la frente.

-Porque, si no lo haces, la oficina de Hacienda te va a hacer la vida imposible.

-He cambiado de opinión. No me gusta que me hables como una contable -dijo Nate y metió una mano bajo la bata de Megan-. Vamos a la cama, voy a decirte lo que me gusta más de ti.

Nada más amanecer, Nate bajaba por los escalones del jardín, silbando y con las manos en los bolsillos. El Holandés, en idéntica pose, bajaba por la escalera opuesta. Los dos se quedaron de piedra cuando se toparon frente a frente.

-¿Qué haces aquí a estas horas? -dijo El Holandés. -Yo puedo hacerte la misma pregunta.

-Vivo aquí, ¿no te acuerdas?

Nathaniel ladeó la cabeza.

-Vives ahí abajo -dijo señalando la planta baja. -He salido a tomar el aire -dijo El Holandés en un arrebató de inspiración.

-Yo también.

El Holandés miró hacia el balcón de Megan. Nathaniel miró al de Coco. Los dos decidieron dejar las cosas como estaban.

-Bueno, entonces, supongo que te apetecerá desayunar.

Nathaniel se pasó la lengua por los dientes.

-Pues la verdad es que sí.

-Vamos, ¿o quieres quedarte aquí toda la mañana? Aliviados con la solución, se dirigieron juntos a la cocina, felices por el acuerdo.

Megan durmió más de la cuenta. Salió de la habitación corriendo a toda velocidad, abrochándose la blusa como podía. Se asomó a la habitación de Kevin, observó la cama hecha y suspiró. Todo el mundo estaba despierto y levantado, se dijo.

Se dirigió apresuradamente a su despacho, olvidándose de desayunar con su hijo, perdiéndose así uno de los pequeños placeres del día.

-Oh, querida -dijo Coco cuando Megan casi chocó con ella en el vestíbulo-. ¿Ocurre algo?

-No, lo siento, solo llego tarde.

-¿Tenías una cita?

-No -dijo Megan-. Quiero decir que llego tarde al trabajo.

-Oh, Dios mío, acabo de dejarte una nota en el despacho. Ve, ve, no quiero detenerte.

-Pero...

Coco se alejó, dejando a Megan con la palabra en la boca, de modo que esta se dirigió a su despacho.

Megan, querida, espero que hayas dormido bien. Tienes café en la tu cafetera y te he dejado una cesta de magdalenas. No te quedes sin desayunar. Kevin ha comido como una lima. Qué bonito es ver a un niño disfrutando de su comida. Nate y él volverán a mediodía. No trabajes mucho.

Un saludo, Coco

P D.: Las cartas dicen que tienes que responder a dos importantes preguntas. Una con tu corazón, la otra con la cabeza. ¿No te parece interesante?

Megan dejó escapar un suspiro y estaba releendo la nota, cuando Amanda llamó a la puerta.

-¿Tienes un minuto?

-Claro -dijo Megan, y le dio la nota-. ¿Puedes interpretar esto por mí?

-Ah, uno de los herméticos mensajes de tía Coco -dijo Amanda, frunciendo los labios-. Bueno, lo del café y las magdalenas es fácil...

-Eso lo he entendido -dijo Megan, que ya se había servido una taza de café-. ¿Quieres?

-No, gracias, a mí ya me ha llevado las mías. «Kevin ha comido como una lima.» Puedo dar fe de ello. Ha comido tres tostadas, peleando con Nathaniel por la última pieza.

Megan probó el café.

-¿Nathaniel ha desayunado aquí?

-Desayunando y bromeando con tía Coco, mientras le contaba a Kevin una historia sobre un pulpo gigante. «Volverán a mediodía.» Bueno, Nate se ha llevado a Kevin a ver las ballenas otra vez. No creo que haya que decir mucho sobre ello -añadió Amanda con una sonrisa-. Y nos ha parecido que no te importaría.

-No, claro que no.

-Y lo de las cartas desafía toda interpretación. Es algo inherente a la tía Coco -dijo Amanda dejando la nota en la mesa-. Es un poco misterioso, de todas formas. ¿Te han hecho algunas preguntas últimamente?

-No, nada de particular.

Amanda se refería a lo que Sloan le había contado: lo que sentía por Megan.

-¿Seguro?

-¿Eh? Sí. Estaba pensando en el libro de Fergus, supongo que se puede considerar una pregunta, por lo menos un enigma. Pero yo sí quería preguntarte algo.

-Adelante.

-Los números de las últimas páginas. Ya te las he mencionado antes -dijo Megan, abriendo un archivo y dándole una copia de la lista de números a Amanda-. Me preguntaba si podían ser números de cajas de seguridad o combinaciones de cajas fuertes, o referencias a propiedades, valores, no sé -dijo encogiéndose de hombros-. Sé que es una tontería prestarles atención.

-No -dijo Amanda-. Sé lo que te pasa. Yo también odio el desorden, y que las cosas no encajen. Examinamos la mayoría de los papeles de 1913 que quedan buscando pistas sobre dónde estaba el collar, pero no recuerdo nada que pueda tener que ver con esas cifras. Aunque voy a volver a examinarlo todo.

-Déjame a mí -dijo Megan-. Es como si fuera mi niño.

-Me alegro, porque tengo mucho que hacer y, con las celebraciones de mañana, apenas tengo tiempo de nada. Todo lo que hay está en el trastero que hay debajo de la habitación de Bianca en la torre. Está todo archivado en cajas, por año y contenido, pero aun así es un trabajo muy pesado.

-Me paso la vida haciendo trabajos pesados.

-Pues entonces te vas a sentir como pez en el agua. Megan, odio pedirte, pero es el día libre de la niñera, Sloan ha tenido que irse y yo tengo una cita en el pueblo esta tarde. Puedo cambiarla pero...

-¿Quieres que cuide a la niña?

-Sé que estás ocupada...

-Mandy, creía que nunca me lo ibas a pedir -dijo Megan con alegría-. ¿Cuándo puedo ponerle las manos encima?

Para Kevin, aquel era el mejor verano de su vida. Echaba de menos a sus abuelos, a los caballos y a su mejor amigo, John Silverstone, pero tenía demasiadas cosas que hacer como para estar realmente triste.

Jugaba con Alex y Jenny todos los días, tenía su propio fuerte y vivía en un castillo. Montaba en barco, trepaba por las rocas y Coco y el señor Holandés le daban algo de comer siempre que se lo pedía. Max le contaba historias maravillosas, Sloan y Trent le dejaban ayudar en las obras de vez en cuando y Holt lo había llevado en el fuera borda.

Todas sus tías jugaban con él y, algunas veces, si tenía mucho, mucho cuidado, le dejaban un bebé.

Además estaba Nathaniel, se dijo observando al hombre que iba sentado a su lado, conduciendo el descapotable, de vuelta a Las Torres. Kevin había decidido que Nathaniel sabía de todo. Tenía músculos y un tatuaje y casi siempre olía a mar.

Cuando lo recordaba en la cabina del barco, con los ojos entrecerrados para protegerse del sol y sus grandes manos en el timón, no podía pensar en un héroe más grande que él.

-A lo mejor... -dijo.

Nathaniel lo miró.

-¿A lo mejor qué, compañero?

-A lo mejor puedo volver a ir en barco contigo -dijo Kevin-. La próxima vez te prometo que no pregunto tanto y que no me pongo en medio.

¿Había existido alguna vez, se preguntó Nathaniel, un hombre que no fuera sensible a la ternura de un niño?

-Puedes venir conmigo siempre que quieras -dijo bajando la visera de la gorra de marinero que le había dejado a Kevin-. Y puedes hacer todas las preguntas que quieras.

-¿De verdad?

-De verdad.

-¡Gracias!

Se detuvieron en la puerta de la finca.

-Se lo voy a decir a mamá. ¿Vienes?

-Sí -dijo Nate.

-Vamos -dijo Kevin, y salió corriendo.

Y corriendo entró en casa.

-¡Mamá, estoy aquí!

-Vaya, qué niño tan callado -dijo Megan levantándose-. Debe ser mi hijo Kevin.

Kevin se acercó a su madre riendo y se puso de puntillas para ver al bebé que sostenía en sus brazos.

-¿Es Bianca?

-Delia.

Kevin se fijó en la niña.

-¿Y cómo las diferencias, si son iguales?

-Ojos de madre -murmuró Megan y besó a su hijo-. ¿Dónde has estado, marinero?

-Muy dentro del mar, dos veces. Hemos visto nueve ballenas, y una era como un bebé. Y Nate me ha dejado tocar la bocina y conducir. Y había un hombre mareado, pero yo no, porque yo tengo piernas de marinero. Y Nate dice que puedo ir con él otra vez, ¿puedo?

-Bueno, supongo que sí.

-¿Sabes? Las ballenas se casan para toda la vida y no son peces del todo, aunque vivan en el mar. Son mamíferos, igual que los perros, y tienen que respirar. Por eso salen y echan agua por la nariz.

Nathaniel entró en plena lección. Y se detuvo, observando. Megan estaba mirando a su hijo, sonriendo, y sostenía un bebé entre los brazos.

«Te deseo,» pensó. El deseo recorrió su cuerpo como un rayo de sol, cálido y brillante. Y pensó que además de a aquella mujer, quería, como había dicho Sloan, todo el paquete. A la mujer y a su hijo.

Megan lo miró y sonrió. Su corazón se paró. Quiso hablar, pero al ver la mirada de Nathaniel se le hizo un nudo en la garganta. Retrocedió un paso, pero Nathaniel se acercó a ella, le acarició la mejilla y la besó en los labios.

El niño se ríó con entusiasmo y Delia tiró del pelo de Nathaniel, que tenía tan a mano.

-Hola, pequeña -dijo Nate, levantando al bebé en el aire, y dejando que pataleara. Luego la bajó y la sostuvo en brazos, y miró a Kevin-. ¿Te importa que le haya dado un beso a tu madre?

Megan profirió un sonido estrangulado. Kevin miró al suelo.

-No lo sé -dijo.

-Es muy guapa, ¿verdad?

Kevin se encogió de hombros.

-Sí, no sé -dijo. No sabía qué tenía que sentir. Muchos hombres daban besos a su madre: su abuelo, su tío Sloan, Holt, Trent y Max. Pero aquel beso era distinto y él lo sabía. Levantó la vista y volvió a agacharla-. ¿Eres su novio?

-Más o menos, ¿te molesta?

Kevin, con una rara sensación en el estómago, se encogió de hombros.

-No lo sé.

Ya que el niño no levantaba la vista, Nathaniel se puso en cuclillas.

-Tienes todo el tiempo del mundo para pensarlo, y luego me lo dices. Yo no me voy a ninguna parte.

-Vale -dijo Kevin mirando a su madre, y a Nathaniel de nuevo. Luego le dijo al oído-. ¿A ella le gusta?

Nathaniel contuvo una sonrisa y contestó con solemnidad a una pregunta tan solemne.

-Sí.

Después de un largo suspiro, Kevin asintió.

-Está bien, puedes darle un beso si quieres.

-Gracias -dijo Nate y le tendió la mano a Kevin. Aquel trato de hombre a hombre dejó a Kevin henchido de orgullo.

-Gracias por llevarme hoy -dijo Kevin quitándose la gorra de capitán.

Nathaniel volvió a ponerle la gorra.

-Quédatela.

El niño abrió mucho los ojos.

-¿De verdad?

-Sí.

-Uauh, gracias, gracias, muchas gracias. Mira, mamá, es para mí. Voy a enseñársela a la tía Coco dijo, y salió corriendo.

Megan miró a Nate frunciendo el ceño.

-¿Qué te ha preguntado?

-Cosas de hombres. Las mujeres no entendéis de estas cosas.

-¿De verdad? -dijo Megan, y antes de que pudiera decir nada, Nate le puso las manos en la cintura y tiró de ella.

-Ahora tengo permiso para hacer esto -dijo besándola, mientras Delia se acomodaba entre ellos.

-¿Permiso de quién? -dijo Megan cuando logró separarse.

-De tus hombres -dijo Nate tomando a Delia y dejándola en el corral, donde la niña se puso a jugar con un osito de peluche-. Excepto de tu padre, pero como a él no he podido pedírselo...

-¿Mis hombres? ¿Te refieres a Kevin y Sloan? -dijo Megan, dejándose caer en un sofá-. ¿Se lo has dicho a Sloan?

-Íbamos a pegarnos, pero al final no pasó nada -dijo Nate, y fue al mueble bar para servirse un whisky-. Quedamos como amigos.

-Supongo que a ninguno de los dos se os ocurrió pensar que yo tenía algo que opinar en el asunto.

-No hablamos del asunto. Estaba molesto porque te hubieras quedado a dormir conmigo.

-No es asunto suyo -dijo Megan con enfado.

-Puede que sí y puede que no, pero es agua pasada. No te enfades.

-No estoy enfadada, pero me molesta que hables de nuestra relación con mi familia sin hablar antes conmigo -dijo Megan. Lo que más le molestaba era la mirada de adoración que había visto en los ojos de Kevin.

Mujeres, pensó Nathaniel, y dejó el whisky en la mesa.

-O se lo explicaba a Sloan o le daba un puñetazo.

-Eso es una tontería.

-Tú no estabas allí, cariño.

-Por eso. No me gusta que hablen de mí, ya lo he sufrido muchos años.

-Megan, si vas a empezar otra vez con Dumont, vas a conseguir que me enfade.

-No estoy hablando de Dumont, solo estoy constatando un hecho.

-Y yo he constatado otro. Le he dicho a tu hermano que estoy enamorado de ti y ya está.

-Tendrías que haber... -dijo Megan, y se interrumpió. De repente, le faltaba el aire-. ¿Le has dicho a Sloan que estás enamorado de mí?

-Sí. Ahora vas a decir que tenía que habértelo dicho a ti antes.

-Yo... no sé qué voy a decir -dijo Megan, pero estaba feliz, muy feliz.

-Lo mejor que puedes decir es «yo también te quiero» -dijo Nate, y esperó-. ¿No puedes?

-Nathaniel -dijo Megan. «Cálmate,» se dijo, «sé razonable, lógica»-. Vamos muy deprisa. Hace unas semanas ni siquiera te conocía, no esperaba lo que ha ocurrido entre nosotros. Y sigo desconcertada por ello. Siento algo muy intenso por ti, si no, no podría haberme acostado contigo.

Lo estaba matando.

-Pero...

-El amor no es algo en lo que pueda volver a ser frívola. No quiero hacerte daño ni sufrir yo, ni dar un paso que podría hacer sufrir a Kevin.

-Y crees que lo mejor es esperar, ¿verdad? No importa lo que sientas con tal de que esperes a que pase un período de tiempo razonable. Para que puedas estudiar todos los datos, cuadrar el balance, y entonces, obtendrás la respuesta correcta.

Megan se puso rígida.

-Si lo que quieres decir es que necesito tiempo, entonces, sí, necesito tiempo.

-Muy bien, tómate tu tiempo, pero añade esto a tu ecuación -dijo Nate, se acercó a ella y la besó apasionadamente-. Sientes exactamente lo mismo que yo.

Así era, sólo que le daba miedo.

-Esa no es la respuesta.

-Es la única respuesta -dijo Nate, taladrándola con la mirada-. Yo tampoco te buscaba, Megan. Estaba satisfecho con cómo me iban las cosas, pero lo has cambiado todo para mí. Así que vas a tener que reajustar tus bonitas columnas y hacer sitio para mí. Porque te quiero y voy a tenerte. Kevin y tú me vais a pertenecer -dijo, y la soltó-. Piensa en ello -dijo, y se marchó.

Idiota. Nathaniel continuaba maldiciéndose cuando aparcó en el muelle. Estaba claro, había encontrado un modo nuevo de cortejar a una mujer: gritar y darle un ultimátum. Claramente, el mejor modo de ganar su corazón.

Se dio la vuelta para sacar a Perro, que iba en el asiento de atrás, y recibió un afectuoso lametón.

-¿Quieres que nos emborrachemos? -le preguntó a aquella bola de pelo-. No, tienes razón, no es una buena elección.

Entró en la oficina, dejó a Perro y se preguntó qué podía hacer para no pensar.

Trabajar, se dijo, era una opción más sabia que la botella.

Fue al garaje y estuvo arreglando un motor, hasta que oyó el familiar sonido de una sirena. Debía ser Holt, con el último grupo del día.

Seguía de un humor amargo, pero salió al muelle para ayudar en el ataque.

-Las vacaciones están trayendo muchos turistas -comentó Holt, después de amarrar el barco-. Hoy hemos tenido muy buena taquilla.

-Ya -dijo Nathaniel, que se había fijado en los pasajeros que abandonaron el barco-. Odio las multitudes.

Holt se sorprendió.

-Pues tuya fue la idea de hacer tours especiales por el Cuatro de julio.

-Nos hace falta el dinero -dijo Nathaniel, entrando en el garaje-. Pero eso no significa que me guste.

-¿Qué te pasa? ¿Quién te ha fastidiado?

-Nadie -dijo Nathaniel, encendiendo un cigarro-. No me gusta quedarme en tierra, eso es todo.

Holt dudaba que fuera cierto, pero, tal como reaccionan los hombres, se encogió de hombros y agarró una llave.

-Este motor está llevando mucho tiempo.

-Puedo irme cuando quiera -dijo Nathaniel, mordiendo el cigarro-. Lo único que tengo que hacer es hacer la maleta y enrolarme en un carguero.

Holt suspiró.

-Se trata de Megan, ¿no?

-Yo no le pedí que se metiera en mi vida, ¿no?

-Bueno...

-Yo estaba aquí antes -dijo Nathaniel. Sabía que era un argumento ridículo, pero no podía dejar de hablar-. Esa mujer tiene un ordenador en la cabeza. Ni siquiera es mi tipo, con esos trajecitos y la cartera. ¿Quién ha dicho que yo me iba a quedar aquí, a atarme de por vida? Desde que tenía dieciocho años, no he vivido más de un mes en ninguna parte.

Holt fingió trabajar en el motor.

-Has empezado un negocio, te has metido en una hipoteca. Y me parece que llevas aquí seis meses.

-Eso no significa nada.

-¿Ha insinuado Megan que quiere casarse?

-No -dijo Nathaniel dando una larga calada al cigarro-. Lo he insinuado yo.

A Holt se le cayó la llave al suelo.

-Espera un momento. A ver si lo entiendo. ¿Estás pensando en casarte y me vienes con que quieres enrolarte en un carguero porque no quieres atarte?

-Yo no quería atarme, simplemente ha ocurrido -dijo Nathaniel fumando-. Maldita sea, Holt, soy un idiota.

-Tiene gracia lo idiotas que somos con la mujeres, ¿eh? ¿Te has peleado con ella?

-Le he dicho que la quiero. Ella empezó la pelea -dijo Nathaniel, y se puso a dar vueltas, y a punto estuvo de tirar el banco de herramientas de una patada-. ¿Qué ha ocurrido con los días en que las mujeres querían casarse, cuando casarse era su meta, cuando lo único que querían era cazar a un hombre?

-¿En qué siglo estamos?

Que Nathaniel pudiera reírse era un motivo de esperanza.

-Cree que voy demasiado deprisa.

-Yo te aconsejaría que fueras más despacio, pero te conozco hace demasiado tiempo.

Más tranquilo, Nathaniel agarró una llave, reflexionó un instante, y volvió a dejarla en su sitio.

-Suzanna se libró de Dumont, ¿cómo lo conseguisteis?

-Le chillé mucho.

-Ya lo he intentado.

-Le regalé flores. Le encantan las flores.

-También lo he hecho.

¿Has intentado la súplica?

Nathaniel frunció el ceño.

-Pues no, ¿y tú?

Holt se interesó más por el motor.

-Estamos hablando de ti. Demonios, Nate, dile alguna de esas poesías que te gustan tanto, yo qué sé. No soy muy bueno en estas cosas.

-Tienes a Suzanna.

-Ya -dijo Holt sonriendo-. Pues consigue a tu propia mujer. Nathaniel asintió y tiró el cigarro. -Eso intento.

El sol se había puesto cuando Nathaniel volvió a casa. Había engrasado un motor y reparado un casco, pero seguía de mal humor.

Recordó una cita, de Horacio, acerca de que la ira era una locura momentánea. Si no se encontraba el modo de dominar la locura momentánea, se acababa en una habitación acolchada. Una imagen muy poco agradable.

El único modo de salir de allí, tal como él lo veía, era enfrentarse a ella. Y a Megan. E iba a hacer ambas cosas en cuanto limpiara la casa.

-Tendrá que tratar conmigo, ¿no? -le dijo a Perro, mientras el animal saltaba del asiento trasero-. Hazte un favor, Perro, y aléjate de las chicas listas con más cerebro que sentido común.

Perro movió la cola y fue a regar las plantas.

Nathaniel cerró el coche de un portazo y se dirigió a la casa.

-¿Fury?

Se detuvo y miró hacia la puerta.

-Sí.

-¿Nathaniel Fury?

Vio al hombre aproximarse hacia él. Un gorila con pantalones vaqueros. Tenía cara de bruto, andaba con las piernas separadas y llevaba una gorra de béisbol calada hasta las cejas.

Nathaniel lo reconoció. Lo había visto antes. Era especialista en crear problemas allí donde estuviera.

-Exacto. ¿Qué puedo hacer por usted?

-Nada -dijo el hombre sonriendo-. Soy yo el que puedo hacer algo por usted.

Lo agarraron por detrás, retorciéndole los brazos. Vio el primer golpe, pero no pudo hacer nada por esquivarlo y recibió un puñetazo en el estómago. Le dolió mucho y empezó a ver doble. El segundo puñetazo le dio en la mandíbula.

Gimió y se inclinó hacia delante.

-Igual que una niña. Y se suponía que era duro -dijo el que lo agarraba. Con un rápido movimiento, levantó la cabeza y le dio en la nariz. Luego, apoyándose en aquel hombre, levantó ambos pies y golpeó al gorila.

El hombre a su espalda se puso a maldecir, pero aflojó los brazos lo suficiente para que Nathaniel se soltara. Sólo tuvo unos segundos para juzgar a sus oponentes.

Vio que los dos estaban tocados, uno se quejaba, sangrando por la nariz, y el otro trataba de recobrar el aliento. Nate golpeó al que tenía detrás con el codo y tuvo el momentáneo placer de oír el choque del hueso contra el hueso.

Lo atacaron como perros.

Se había peleado durante toda su vida y sabía cómo no pensar en el dolor y seguir luchando. Saboreó su propia sangre y la cabeza le retumbó como la campana de una iglesia cuando le dieron un puñetazo en la mandíbula, luego le quemó el pecho al recibir otro en las costillas.

Pero seguía moviéndose, aunque lo estaban rodeando. Evitó un puñetazo en el cuello y lo devolvió a la mandíbula. Le dolieron los nudillos, pero era un dolor dulce.

Vio el movimiento por el rabillo del ojo y reaccionó. El golpe le dio en el hombro y le respondió con dos directos al cuello. El hombre acabó de rodillas en el suelo.

-Ahora sólo estamos tú y yo -dijo Nathaniel limpiándose la sangre de la boca-. Venga, vamos.

Su oponente, pensó un instante, había perdido ventaja numérica y Nathaniel era como un lobo herido, que se defendía enseñando las mandíbulas. Había perdido a su socio, de modo que buscó una salida.

Pero vio algo que le llamó la atención.

Una de las tablas que todavía no estaban clavadas a la tarima. La agarró y sonrió, avanzando y esgrimiendo la tabla como si fuera un bate de béisbol. Nathaniel se agachó para evitar el golpe, pero la tabla lo golpeó en el hombro en el movimiento de vuelta.

Se abalanzó sobre su atacante y acabaron entrando en la casa de un empujón.

-¡Fuego! ¡Fuego! -gritó Pájaro, agitando las alas-. ¡Todos a cubierta!

La mesita se rompió como si fuera de papel bajo el peso de los dos hombres. Estaban enzarzados y trataban de golpearse. Los muebles del salón iban cayendo uno a uno.

La mezcla de sudor, dolor y sangre, se vio enriquecida por algo más. Miedo. Cuando Nathaniel lo reconoció, le subió la adrenalina, y usó aquella nueva arma con tan poca piedad como sus puños.

Agarró a su oponente por el cuello y apretó hasta estar a punto de ahogarlo.

-¿Quién te manda? -dijo Nathaniel, apretando los dientes y agarrando al hombre por el pelo, apretando su cuello contra el suelo.

-Nadie.

Nathaniel le dio la vuelta y le dobló el brazo.

-Te voy a romper el brazo, luego te romperé el otro y luego te romperé las piernas. ¿Quién te manda?

-Nadie -dijo, luego gritó cuando Nathaniel le apretó en los riñones con la rodilla-. ¡No sé cómo se llama! ¡Lo juro! dijo, y volvió a gritar otra vez-. Un tío de Boston. Nos dio quinientos por darle una lección.

Nathaniel siguió sujetándolo.

-¿Cómo era?

-Alto, de pelo castaño, con un traje caro -balbució el hombre entre juramentos, incapaz de moverse sin que aumentara su dolor-. Me está rompiendo el brazo.

-Sigue hablando y no te romperé nada más.

-Cara bonita, como la de una estrella de cine. Dijo que teníamos que venir a darle una paliza, que nos pagaría el doble si acababa en el hospital.

-Me parece que te vas a quedar sin premio -dijo Nathaniel, le soltó el brazo y lo levantó apretándole el cuello-. Escucha lo que vas a hacer. Vas a volver a Boston y le vas a decir a tu amigo que sé quién es y dónde encontrarlo -dijo, y empujó al hombre contra la pared antes de sacarlo de su casa-. Dile que no se moleste en buscar protección, porque si decido que me apetece ir por él, no me verá llegar. ¿Te has enterado?

-Sí, sí.

-Ahora agarra a tu socio y empieza a correr.

El otro seguía en el suelo, con las manos en el cuello y haciendo muecas de dolor.

Con la mano en las costillas, Nathaniel los observó salir corriendo.

Entonces se quejó y, con gran dolor, volvió a entrar en su casa.

-Todavía no he empezado contigo -dijo Pájaro.

-Has sido de gran ayuda -masculló Nathaniel. Necesitaba hielo, un calmante y un trago de whisky.

Avanzó un paso, se detuvo, y maldijo cuando empezó a perder visión y le temblaron las piernas.

Perro apareció por una esquina y se acercó a los pies de Nate.

-Solo un minuto -dijo Nate, y la habitación giró ante sus ojos-. Oh, diablos -dijo, y se desmayó.

Perro le lamió la cara, luego se sentó y esperó. Pero el olor de la sangre lo puso en alerta. Al cabo de unos momentos, salió corriendo.

Nathaniel estaba recobrando el conocimiento cuando oyó pasos. Trató de sentarse. Notaba cada uno de los golpes que le habían dado durante la pelea. Sabía que si habían vuelto por él, podrían bailar claqué sobre su cara sin ninguna resistencia por, su parte.

-Hombre a bordo -anunció Pájaro.

Holt se detuvo en la puerta y dijo una maldición entre dientes.

-¿Qué demonios ha pasado? -dijo agachándose junto a Nathaniel y ayudándolo a levantarse.

-Un par de tíos -dijo Nate, apoyándose en su amigo.

-¿Ladrones?

-No. Sólo han venido a darme un paliza.

-Pues parece que han hecho un buen trabajo -dijo Holt, y esperó a que Nathaniel recobrara el aliento. ¿Dijeron por qué?

-Sí -dijo Nate, movió la mandíbula y vio las estrellas-. Les pagaron. Cortesía de Dumont.

Holt volvió a maldecir. Su amigo estaba hecho un asco, desmadejado, amoratado y lleno de sangre. Y él había llegado solo a tiempo de limpiar los restos.

-¿Los has visto bien?

-Sí. Les he dado una buena y les he mandado a Boston para que le den un pequeño mensaje a Dumont.

-¿Les has dado una buena y tú estás así? -dijo Holt, ayudando a su amigo a llegar a la puerta.

Nathaniel solo gruñó.

-Tendría que haberlo imaginado -dijo Holt, ligeramente más contento-. Bueno, vamos al hospital.

-No -dijo Nate, que no quería darle a Dumont aquella satisfacción-. El hijo de perra les dijo que les pagaría más si yo acababa en el hospital.

-Bueno, entonces vamos a ver a un médico -dijo Holt, entendiendo a su amigo.

-No estoy tan mal. No me han roto nada -dijo tocándose las costillas-. No, no creo. Solo me hace falta hielo.

-Bueno, de acuerdo -dijo Holt, que entendía la resistencia de Nate a que lo viera un médico-. Anda despacio, compañero.

-No puedo ir de otra forma.

Con un chasquido de los dedos, Holt le indicó a Perro que subiera al coche.

-Espera aquí un momento, voy a llamar a Suzanna.

-Ponle comida a Pájaro.

Nathaniel se debatió entre el dolor y la pérdida de conocimiento hasta que volvió Holt.

-¿Cómo es que has venido?

-Por tu perro -dijo Holt, arrancó el coche y condujo lo más despacio que pudo-. Ha jugado a aprendiz de Lassie.

-¿En serio? -dijo Nathaniel impresionado, y con gran esfuerzo, echó el brazo hacia atrás y acarició la cabeza de Perro-. Buen chico.

-Lo lleva en la sangre.

-¿Adónde vamos?

-A Las Torres, adónde si no.

Coco dio un chillido al verlo, llevándose las manos a la cara. Nathaniel se dirigió a la cocina de la familia, apoyado en Holt.

-¡Oh, pobrecito mío! ¿Qué ha pasado? ¿Has tenido un accidente?

-Sí -dijo Nathaniel-. Coco, te doy todo lo que tengo, incluida mi alma inmortal, por una bolsa de hielo.

-¡Dios mío!

Apartó a Holt y tomó el rostro de Nathaniel entre las manos. Además de moretones y arañazos tenía un corte debajo de un ojo. El otro ojo estaba inyectado de sangre e hinchado. Coco no tardó mucho en darse cuenta de que eran consecuencia de puñetazos.

-No te preocupes, cariño, nosotros te cuidaremos. Holt, ve a mi habitación, hay un frasco de calmantes en el botiquín.

Nathaniel cerró los ojos, y oyó el trajín de Coco por la cocina. Un rato más tarde se sobresaltó al notar que le ponían una toalla mojada en el corte del ojo.

-Tranquilo, tranquilo, cariño -dijo Coco-. Sé que duele, pero tenemos que limpiarlo para que no se infecte. Voy a poner un poco de yodo, así que sé valiente.

Nate sonrió, y al hacerlo le dolió el labio.

-Te quiero, Coco.

-Yo también te quiero, cariño.

-Vamos a fugamos. Esta noche.

Coco le respondió besándolo en el frente con ternura.

-No deberías pelear, Nate. No resuelve nada.

-Lo sé.

Megan, sin aliento por la carrera, irrumpió en aquel momento.

-Holt ha dicho que... Oh, Dios mío.

Corrió al lado de Nate, le tomó la mano y la apretó con fuerza.

-Estás muy mal. Hay que llevarte al hospital.

-Las he pasado peores.

-Holt ha dicho que dos hombres te han atacado.

-¿Dos? -exclamó Coco-. ¿Te han atacado dos hombres? -dijo, y toda la dulzura desapareció de sus ojos, cuya mirada se endureció como el acero-. Qué cerdos. Alguien debería enseñarles lo que es una pelea justa.

A pesar de su labio, Nate sonrió.

-Gracias, cariño, pero ya lo he hecho yo.

-Espero que les hayas dado una paliza -dijo Coco, y siguió curándolo-. Megan, querida, trae una bolsa de hielo.

Megan obedeció. Estaba rota en mil pedazos, por cómo tenía la cara y porque no la había mirado.

-Toma -dijo poniendo la bolsa de hielo debajo del ojo, mientras Coco le curaba los nudillos ensangrentados.

-Yo puedo sostenerla, gracias -dijo Nate.

-Hay antiséptico en el armario de la izquierda, en el segundo estante -dijo Coco.

Megan, con ganas de sollozar, fue a buscarlo.

La puerta volvió a abrirse, para dejar entrar a una multitud. La incomodidad inicial de Nate ante las visitas se convirtió en asombro al escuchar las expresiones de indignación de las Calhoun. Se trazaban y desechaban planes de venganza, mientras él sufría los pinchazos del yodo.

-¡Dejadle al chico un poco de aire! -ordenó Colleen, apartando a sus sobrinas y sobrinos como una reina entrando en su corte-. Te han dado una buena, ¿eh?

-Sí, señora.

-Dumont -murmuró Colleen, de modo que solo Nate la oyó.

-Sí.

Colleen miró a Coco.

-Me parece que estás en buenas manos. Yo tengo que ir a llamar por teléfono -dijo sonriendo.

Tener contactos era muy útil, pensó, saliendo de la cocina apoyada en el bastón. El propio Dumont se había puesto una soga al cuello, y aquel paso en falso significaba que su carrera había llegado a un desagradable fin.

Nadie se metía con la familia de Colleen Calhoun.

Nathaniel la vio irse, luego se tomó el calmante que Coco le ofrecía. Al tragar le dolió el cuello y el costado.

-Vamos a quitarte la camisa -dijo Coco, y atacó la camisa con unas tijeras de cocina. Se hizo el silencio cuando quedó expuesto el amoratado torso de Nate.

-Oh, Dios, mi niño -dijo Coco con lágrimas en los ojos.

-No mimes al chico -dijo El Holandés, que entraba con dos botellas en la mano. En cuanto vio a Nate apretó la mandíbula con tanta fuerza que le dolió, pero trató de mantener el tono tranquilo de su voz. No es ningún niño. Toma un trago de esto, capitán.

-Acaba de tomar un calmante -dijo Coco.

-Tómate un trago.

Nathaniel hizo una mueca al sentir el whisky en la boca, pero era el menor de muchos otros dolores.

-Gracias.

-Mira cómo estás -dijo El Holandés-. Mira que dejarte pegar así, igual que un señorito de ciudad con esponjas en vez de puños.

-Eran dos -dijo Nate.

-¿Y? -dijo el holandés, aplicando alcohol a los moretones-. ¿Estás en tan mala forma que ya no puedes con dos?

-Les he dado una buena -dijo Nathaniel, y probó a tocar un diente con la lengua, dolía, pero no lo había perdido.

-Más te vale -dijo El Holandés-. Ladrones, ¿no?

Nathaniel miró a Megan.

-No.

-Tienes las costillas amoratadas -dijo El Holandés sin prestar atención a la respuesta de Nate, y presionó en las costillas-. Pero no están rotas. ¿Has perdido el conocimiento?

-Tal vez -dijo Nate, admitiéndolo de mala gana-. Un minuto.

-¿Visión borrosa?

-No, doctor, ahora no.

-No te hagas el listo. ¿Cuántos? -dijo el holandés sosteniendo dos dedos ante sus ojos.

-Ochenta y siete -dijo Nate y quiso beber otro trago de whisky.

Pero Coco le quitó la botella.

-No bebas nada más, te he dado un calmante.

-Las mujeres creen que lo saben todo -dijo El Holandés, pero miró a Coco con una sonrisa, porque sabía que tenía razón-. Ahora lo que te hace falta es una buena cama. ¿Quieres que te lleve?

-No -dijo Nate, era una humillación sin la que podía pasarse, dijo besando la mano de Coco-. Gracias, cariño. Si supiera que tú ibas a ser mi enfermera, volvería a hacerlo -dijo y miró a Holt-. ¿Me llevas a casa?

-Nada de eso -dijo Coco-. Te quedas aquí, donde podamos cuidarte. Puedes tener una conmoción, así que te quedas aquí para que podamos cuidarte y vigilarte.

-Cuentos -gruñó El Holandés, pero asintió. Estaba a su espalda y Nate no podía verlo.

-Voy a preparar la cama en la habitación de invitados -dijo Amanda-. C. C., ¿por qué no le preparas un baño caliente a nuestro héroe? Lilah, trae hielo.

Nate no tenía energía para oponerse a nada, así que se quedó sentado.

Lilah le dio un beso en la boca.

-Vamos, chico duro.

Sloan ayudó a levantarlo.

-Dos, ¿eh? ¿Fuertes?

-Gorilas, más grandes que tú.

Subió las escaleras, ayudado por Sloan y Max, con la sensación de que estaba flotando.

-Voy a quitarte los pantalones -dijo Lilah, cuando lo sentaron en la cama.

Nate aún tuvo fuerzas para guiñarle un ojo.

-No sabía que te gustara.

Max, el marido de Lilah, sonrió y se agachó para quitarle los zapatos. El sabía lo que era ser curado y cuidado por las Calhoun, y se figuraba que cuando Nathaniel hubiera pasado lo peor, se daría cuenta de había aterrizado en el Paraíso.

-¿Quieres que te ayude a meterte en el baño? -dijo Max.

-Puedo solo, gracias.

-Lláname si tienes algún problema -dijo Sloan, manteniendo la puerta abierta, esperando a que todos salieran de la habitación-. Y, cuando estés mejor, quiero oír toda la historia.

Solo, Nathaniel se metió en el agua como pudo. La primera punzada de dolor pasó, transformándose gradualmente en algo parecido al placer. Cuando salió, lo peor pareció haber pasado.

Hasta que se miró al espejo.

Tenía un apósito debajo del ojo izquierdo, otro en el pómulo. El ojo derecho parecía un tomate podrido, tenía el labio hinchado y una herida en la mandíbula.

Se puso una toalla en la cintura y volvió a la habitación, justo cuando Megan entraba desde el pasillo.

-Lo siento -dijo Megan frunciendo los labios, para no decir cualquier tontería-. Amanda pensaba que tal vez te hiciera falta otra almohada o más toallas.

-Gracias -dijo Nate acercándose a la cama y echándose con un suspiro de alivio.

Megan dio gracias por tener algo práctico que hacer y ayudó a Nate a arreglar las almohadas y a abrir la cama.

-¿Si puedo hacer algo por ti? ¿Quieres más hielo? ¿Un poco de sopa?

-No, estoy bien.

-Por favor, quiero ayudar, necesito ayudar -dijo Megan. Ya no podía soportarlo por más tiempo, y le puso la mano en la mejilla-. Te han hecho daño. Lo siento mucho.

-Sólo son unos golpes.

-No me digas eso, estoy viendo lo que te han hecho -dijo Megan, conteniendo su furia y miró a Nate a los ojos-. Sé que estás enfadado conmigo, pero ¿me dejas que haga algo para ayudarte?

-Creo que será mejor que te sientes -dijo Nate, y cuando Megan se sentó, le tomó la mano. Necesitaba el contacto físico tanto como ella-. Has estado llorando.

-Un poco -dijo Megan, observando los nudillos heridos de Nate-. Me he sentido muy mal al verte así. Has dejado que Coco te atendiera y ni siquiera me has mirado -dijo Megan, presa de la emoción-. No quiero perderte, Nathaniel. Es sólo que acabo de encontrarte y no quiero cometer otro error.

-Y todo tiene que ver con él, ¿verdad?

-No, no. Tiene que ver conmigo.

-Con lo que te hizo.

-Bueno, sí -dijo Megan, apoyando la mano de Nate en su mejilla-. Por favor, no te alejes de mí. Todavía no tengo todas las respuestas, pero sé que cuando Holt dijo que estabas herido, se me paró el corazón. Nunca he tenido tanto miedo. Significas mucho para mí, Nathaniel. Deja que te cuide hasta que estés mejor.

-Bueno -dijo Nate, acariciándole el pelo-, puede que esta vez Dumont me haya hecho un favor.

-¿Qué quieres decir?

Nate negó con la cabeza. Seguramente el calmante empezaba a hacer efecto. No quería decírselo, al menos no todavía, pero le pareció que tenía derecho a saberlo.

-Dumont contrató a esos hombres.

Megan se quedó pálida.

-¿Qué estás diciendo? ¿Baxter les pagó para que te dieran un paliza?

-Para que me dieran una lección, eso es todo. Supongo que me la tenía jurada desde que lo tiré al agua -dijo Nate, se movió, e hizo una mueca-. Pero podía haber contratado a un par de profesionales, esos dos eran aficionados.

-Ha sido Baxter -dijo Megan, y cerró los ojos-. Por mi culpa.

-Y un cuerno. Nada de esto ha sido culpa tuya. Es un cerdo, mira lo que te hizo a ti, a Suzanna y a los niños, y ni siquiera tiene valor para pelear, tiene que contratar a alguien. Además, yo les di a ellos, ni siquiera consiguió lo que se proponía.

-¿Crees que eso importa?

-A mí sí. Si quieres hacer algo por mí, Megan, si de verdad quieres hacer algo por mí, olvídate de él de una vez.

-Es el padre de Kevin -susurró Megan-. Me pongo enferma sólo de pensarlo.

-No es nadie. Échate a mi lado.

Megan sabía que se estaba esforzando para no caer dormido bajo el efecto del calmante, y se tendió. Tomó su cabeza y la apoyó suavemente sobre su seno.

-Duerme -dijo-. No pensemos en nada.

Nate suspiró y se dio cuenta de que se dormía.

-Te quiero, Megan.

-Lo sé -dijo Megan, y permaneció despierta cuando el dormía.

Ninguno de los dos vio al niño que miraba por la rendija de la puerta, con los ojos bañados en lágrimas.

Nathaniel se despertó con un zumbido en la cabeza y pinchazos en el pómulo izquierdo. Con cada latido del corazón le dolían las costillas, era un martilleo persistente que seguramente duraría mucho. También notaba un dolor sordo en el hombro.

Se sentó, por probar. Rígido como un cadáver, pensó con disgusto, sacó los pies de la cama y se levantó. Fue a la ducha y se metió en ella con dificultad. Lo único que lo consolaba era saber que sus dos visitantes inesperados estarían sufriendo más que él.

Incluso el agua de la ducha le dolió, al dar sobre los moretones. Apretó los dientes, y esperó a que el dolor se convirtiera en meras molestias.

Llenó el lavabo de agua helada. Tomó aire y metió la cabeza, hasta que el frío le ocasionó un agradable aturdimiento.

Volvió al dormitorio. Había ropa limpia en una silla. Se vistió como pudo, sin dejar de maldecir. Estaba pensando en el café, una aspirina y un plato lleno cuando abrieron la puerta.

-No has debido levantarte -dijo Coco, entrando con una bandeja-. Ahora quítate esa camisa y vuelve a la cama.

-Cariño, llevo toda mi vida esperando oírte decir eso.

-Vaya, veo que estás mejor -dijo Coco riéndose y dejó la bandeja en la mesilla, luego se alisó el cabello.

Al verla, Nate pensó que llevaba dos semanas sin cambiar el color de sus cabellos.

-Un poco.

-Pobrecito -dijo Coco, tocándole con cuidado los moratones de la cara. Aquella mañana su aspecto era peor todavía, pero no tuvo el valor de decirlo-. Por lo menos, siéntate y come.

-Me has leído el pensamiento -dijo Nate, que estaba deseando sentarse-. Gracias.

-Es lo menos que podía hacer -dijo Coco, desplegando la servilleta. Nate pensó que se la habría puesto en el cuello de no haberlo hecho él mismo-. Megan me ha contado lo que ha ocurrido. Que Baxter contrató a esos... a esos matones. Estoy pensando en ir a Boston y hablar con ese hombre.

La rabia de su mirada dejó en Nate una cálida sensación. Coco era como una fiera diosa céltica.

-Nena, con él no tendrías ni para empezar -dijo Nate, y tomó un bocado de huevos revueltos. Cerró los ojos al experimentar el sencillo placer de la comida caliente y sabrosa-. Vamos a olvidar el asunto, cariño.

-¿Olvidar el asunto? No puede ser. Tienes que llamar a la policía. Por supuesto, preferiría que fuerais todos a romperle las narices, pero, lo más correcto es llamar a la policía y que se ocupen de todo.

-Nada de policía -dijo Nate-. Dumont va a sufrir mucho más sin saber lo que pienso hacer ni cuándo lo voy a hacer.

-Bueno, entonces... -dijo Coco, reflexionó y sonrió-. Sí, supongo que lo va a pasar mal.

-Sí. Y meter a la policía en esto no sería muy agradable ni para Megan ni para el niño.

-Tienes razón -dijo Coco, y se alisó los cabellos-. Me alegro de que te tengan a ti.

-Ojalá ella pensara lo mismo.

-Ya lo piensa. Pero tiene miedo. Megan ha tenido que pasar por mucho, y tú eres un hombre que confundirías a cualquier mujer.

-Eso crees, ¿eh?

-Lo sé. ¿Te duele mucho, cariño? Puedes tomarte otro calmante.

-Una aspirina es suficiente.

-Lo suponía -dijo Coco, y sacó una caja de aspirinas del bolsillo del delantal-. Tómatelas con el zumo.

-Sí, señora -obedeció Nate, y siguió comiendo los huevos-. ¿Has visto a Megan?

-Estaba a punto de amanecer cuando la he podido convencer de que te dejara y se fuera a dormir.

Aquella información le hizo más bien que la comida.

-¿Sí?

-Te miraba de una forma... -dijo Coco, dándole una palmada en la mano-. Bueno, una mujer sabe de estas cosas. Sobre todo cuando está enamorada -dijo, y se sonrojó-. Supongo que ya sabrás que Niels y yo... Estos días han sido maravillosos. Mi matrimonio también fue maravilloso, y tengo recuerdos que conservaré toda mi vida, y en estos años he tenido algunas relaciones fantásticas, pero con Niels... -dijo Coco con una mirada soñadora-. Me hace sentir joven y vital, y casi delicada, y no solo en el sexo.

-Eh, eh, Coco -dijo Nate, dejando la taza de café en la bandeja-, no me interesa ese tema.

Coco sonrió. Adoraba a aquel muchacho.

-Sé lo mucho que lo quieres.

-Pues... sí -dijo Nate, que empezaba a sentirse atrapado en aquella silla-. Navegamos juntos durante mucho tiempo, y es...

-Cómo un padre para ti -dijo Coco-. Lo sé. Solo quería que supieras que lo quiero. Vamos a casarnos.

-¿Qué? -dijo Nate, boquiabierto-. ¿Os vais a casar? ¿El Holandés y tú?

-Sí -dijo Coco, nerviosa, porque no podía decir si la expresión de Nate era de sorpresa o de horror-. Espero que no te importe.

-¿Que no me importe? -dijo Nate, a quien se le había quedado la mente en blanco. Pero al ver la mirada de ansiedad de Coco, se fue recuperando. Nathaniel empujó la mesilla y se levantó-. Imagínate, una mujer con clase como tú enamorándose de ese viejo rufián. ¿Seguro que no te ha puesto nada en la sopa?

Coco, aliviada, sonrió.

-Pues si es así, me gusta. ¿Tenemos tu bendición?

Nate tomó sus manos y las miró.

-¿Sabes? Casi desde el momento que te conocí, me habría gustado que fueras mi madre.

-Oh, Nathaniel -dijo Coco, y los ojos se le llenaron de lágrimas.

-Supongo que ahora lo serás -dijo Nate, y la besó en las dos mejillas, y luego en los labios-. Más vale que te trate bien o tendrá que vérselas conmigo.

-Soy muy feliz -dijo Coco, y se echó en brazos de Nate sollozando-. Muy, muy feliz, Nate. Ni siquiera lo vi en las cartas, ni en las hojas de té, simplemente ocurrió.

-Así son normalmente las mejores cosas.

-Quiero que seas feliz -dijo Nate, y metió la mano en el bolsillo para ofrecerle a Coco un pañuelo de papel-. Quiero que creas en lo que tienes con Megan y que no lo dejes escapar. Te necesita, y Kevin también.

-Eso le he dicho yo -dijo Nate con una pequeña sonrisa y le secó las lágrimas a Coco-. Pero supongo que no estaba preparada para escucharlo.

-Sigue diciéndoselo -dijo Coco con firmeza-. Sigue diciéndoselo hasta que se convenza -dijo, y si Megan necesitaba un pequeño empujoncito, ella estaba dispuesta a dárselo-. Bueno, tengo muchas cosas que hacer. Quiero que descanses, para que puedas ir a la merienda y los fuegos artificiales.

-Me encuentro bien.

-Sí, igual que si te hubiera atropellado un camión -dijo Coco y le arregló la cama, ahuecando las almohadas-. Puedes dormir otras dos horas o puedes sentarte en la terraza a tomar el sol. Hace un día maravilloso y podemos poner una hamaca. Cuando Megan se despierte, le diré que venga a darte un masaje.

-Eso suena muy bien. Voy a tomar el sol -dijo aproximándose a la terraza, pero oyó unos pasos apresurados en el vestíbulo.

Era Megan.

-No encuentro a Kevin -dijo-. Nadie lo ha visto en toda la mañana.

Estaba blanca como la nieve, pero esforzándose por mantener la calma. La idea de que su hijo se hubiera escapado era tan absurda que continuaba diciéndose que era un error, una broma, tal vez un sueño.

-Nadie lo ha visto -repitió-. Y le falta parte de la ropa y el saco de dormir.

-Llama a Suzanna -dijo Nathaniel-. Seguro que está con Alex y con Jenny.

-No -dijo Megan, negando con la cabeza. Sentía su cuerpo igual que si fuera de cristal, como si fuera a romperse al menor movimiento-. Están aquí. Están todos aquí y no lo han visto. Yo estaba durmiendo y, cuando me he despertado, he ido a su habitación, como hago siempre. No estaba, pero he pensado que estaba en el piso de abajo, pero tampoco estaba, y Alex lo estaba buscando. Entonces he vuelto a su habitación, y cuando he visto que algunas de sus cosas... algunas de sus cosas...

-Bueno, querida, no te preocupes -dijo Coco, rodeando a Megan por la cintura-. Seguro que está jugando a algún juego. En esta casa hay muchos sitios donde esconderse.

-Estaba muy ilusionado con la fiesta de hoy. Solo hablaba de ello.

-Lo encontraremos -dijo Nathaniel.

-Por supuesto -dijo Coco-. Vamos a organizar un equipo de búsqueda, y él se va a alegrar mucho cuando lo encontremos.

Una hora después lo buscaban por toda la casa. Megan procuraba tranquilizarse y miró en todos los rincones, empezando por la torre y bajando habitación por habitación.

Tenía que estar allí, se decía. Lo encontrarían en cualquier momento. Pero le daban ganas de chillar de nerviosismo continuamente y tenía que contenerse.

Estaba jugando, seguro, se había ido a explorar, porque aquella casa le encantaba. Había mandado fotos a todos sus amigos y familiares de Oklahoma, para que todo el mundo pudiera ver que vivía en un castillo.

Lo encontraría detrás de la siguiente puerta, se repetía Megan como una letanía.

Se topó con Suzanna en uno de los pasillos y sintió escalofríos.

-No me responde -dijo débilmente-. Lo llamo y no me responde.

-La casa es muy grande -dijo Suzanna, tomando las manos de Megan-. Una vez, cuando éramos pequeños, jugamos al escondite y tardamos tres horas en encontrar a Lilah. Se había metido en un armario y se había quedado dormida.

-Suzanna. Faltan sus dos camisas favoritas y dos pares de deportivos. Dos gorras de béisbol, se ha llevado el dinero de la hucha. No está aquí, se ha ido.

-Necesitas tranquilizarte.

-No, necesito hacer algo. Llama a la policía. Oh, Dios mío... -dijo Megan, tapándose la cara con las manos-. Podría haberle pasado cualquier cosa. Solo es un niño. Ni siquiera sé cuánto tiempo lleva fuera. Ni siquiera sé... -dijo Megan. Tenía miedo-. ¿Le has preguntado a Alex, a Jenny? A lo mejor les ha dicho algo. A lo mejor...

-Claro que les he preguntado -dijo Suzanna-. Kevin no les ha dicho nada.

-¿Adónde habrá ido? ¿Por qué? ¿Habrá vuelto a Oklahoma? -dijo Megan, y le pareció una posibilidad esperanzadora-. A lo mejor está tratando de volver a Oklahoma. Tal vez estaba triste y solo fingía que le gustaba estar aquí.

-Le gusta mucho vivir aquí. Pero vamos a comprobarlo. Ven, vamos.

-Hemos mirado en todas partes -le decía El Holandés a Nathaniel-, en el almacén, en la despensa, incluso en el congelador de carne. Trent y Sloan han ido a mirar en las habitaciones que se están reformando y Max y Holt están buscando en el jardín.

Tenía mirada de preocupación, pero sostenía una taza de café sin que le temblaran las manos.

-Yo creo que si estuviera escondido y oyera que lo llamamos, saldría.

-Hemos buscado en la casa dos veces -dijo Nathaniel, mirando por la ventana-. Amanda y Lilah han registrado el hotel de arriba a abajo. No está aquí.

-No tiene sentido. Kevin está muy contento de estar aquí.

-Algo le ha hecho huir -dijo Nate-. ¿Por qué huye un niño? Porque tiene miedo, o no es feliz o le han hecho daño.

-A ese chico no le pasa nada de eso -dijo El Holandés.

-Eso creo yo -dijo Nate, que a los nueve años le pasaban las tres cosas, y no había notado los síntomas de ello en Kevin. El había huido algunas veces, pero no tenía ningún sitio donde ir.

Miró hacia los acantilados.

-Tengo una idea -dijo casi para sí mismo.

-¿Qué?

-Tengo que comprobarlo.

Era como si una fuerza extraña lo arrastrara hacia las colinas, aunque el suelo rocoso y accidentado acentuaba el dolor y la ascensión lo obligaba a jadear, con lo que le dolían los pulmones. Con una mano en las costillas, continuó.

Era un lugar que podía atraer la atención de un niño. A él lo había atraído y lo seguía atrayendo.

El sol estaba en su cenit, el mar tenía un color azul muy intenso y rompía contra las rocas. Era un lugar bello y peligroso. Pensó en un niño ascendiendo por el estrecho sendero, perdiendo pie, resbalando.

Pero estaba seguro de que a Kevin no le había ocurrido nada, porque él no lo permitiría. Se dio la vuelta, para no mirar al mar, y siguió ascendiendo, llamando al niño.

Un pájaro llamó su atención. Era una gaviota, completamente blanca, que volaba con la gracia de un bailarín. Se posó en una roca y graznó musical, casi humano, casi femenino. Solo fue un segundo, pero Nate habría jurado que sus ojos eran verdes, verdes como esmeraldas, y que lo miraba.

Remontó el vuelo y describió pequeños giros, como si estuviera esperándolo.

Nathaniel la siguió y descendió por las rocas, de nuevo hacia el acantilado, sin prestar atención a su cuerpo dolorido. Le dio la impresión de que había un olor a mujer, dulce, suave y tranquilizador, pero debía ser el olor del mar.

La gaviota se alejó, ascendiendo para reunirse con su pareja, otra gaviota de un blanco cegador. Por unos instantes volaron en círculo, graznando, y se dirigieron hacia el mar.

Nathaniel ganó el borde del acantilado y vio un saliente en la roca, donde estaba sentado el niño.

Su primer impulso fue acercarse a él y abrazarlo, pero lo cierto era que tal vez él fuera la razón de que se hubiera escapado.

En vez de eso, se sentó cerca y habló con él.

-Bonita vista desde aquí.

Kevin mantuvo la cara entre las rodillas.

-Voy a volver a Oklahoma -dijo. Era un desafío-. Puedo ir en autocar.

-Sí, supongo que sí. Es una buena manera de ver el país. Pero yo creía que te gustaba vivir aquí.

Kevin se encogió de hombros.

-No está mal.

-¿Alguien te ha tratado mal, compañero?

-No.

-¿Te has peleado con Alex?

-No, no es nada de eso. Pero me tengo que ir a Oklahoma. Anoche era muy tarde, por eso he subido aquí. Creo que me dormí -dijo Kevin-. No quiero volver contigo.

-Bueno, soy más fuerte que tú y podría llevarte a la fuerza -dijo Nate, acariciando el pelo del niño-. Pero prefiero no hacerlo. Además, quiero comprender lo que estás sintiendo.

Dejó que pasara un rato, mirando al mar, escuchando el viento, hasta que sintió que Kevin se relajaba.

-Tu madre está muy preocupada por ti. Todo el mundo lo está. A lo mejor, podrías volver y decirles adiós antes de irte.

-Ella no me dejaría irme.

-Te quiere mucho.

-Yo no tenía que haber nacido -dijo el niño con amargura. Eran unas palabras demasiado duras para un niño de nueve años.

-Eso es una tontería. Supongo que tienes derecho a enfadarte si quieres, pero no tiene sentido pensar tonterías.

Kevin lo miró. Tenía la cara sucia y lloraba. Nathaniel se conmovió.

-Si yo no hubiera nacido, las cosas habrían sido diferentes. Siempre finge que no importa, pero yo sé que sí.

-¿Y tú por qué lo sabes?

-Ya soy mayor. Y sé lo que hizo él. La dejó embarazada y se fue, y ya no le importó. Se fue y se casó con Suzanna y luego, la abandonó a ella también. Y a Alex y Jenny. Por eso soy su hermano.

Aquellas aguas eran profundas y agitadas, pensó Nathaniel, y había que navegar con cautela. El niño lo miraba fijamente.

-Es tu madre la que tiene que explicarte eso, Kevin.

-Me dijo que algunas veces la gente no puede casarse y estar juntos, aunque tengan niños. Pero él no quería. No me quería y lo odio.

-No voy a discutir contigo sobre eso -dijo Nathaniel-, pero tu madre te quiere, y eso es más importante. Si te vas, va a sufrir mucho.

Kevin sollozó.

-Si yo me hubiera ido, podría estar contigo. Tú estarías con ella si no fuera por mí.

-No te entiendo, Kevin.

-El... te ha pegado -dijo Kevin con dificultad-. Anoche lo oí. Te oí a ti y a mamá y dijo que era por su culpa, pero es por mi culpa. Porque es mi padre y lo hizo y ahora tú me odias también y te vas a ir.

-Pero, bueno... -dijo Nathaniel con emoción, tomó al niño por los hombros y lo zarandeó-. ¿Así que te has ido porque yo tengo unos cuantos moretones? ¿Es que tengo pinta de no poder cuidar de mí mismo? Esos dos canallas tuvieron que irse a rastras.

-¿De verdad? -dijo Kevin, frotándose los ojos-. Pero...

-Pero nada. Tú no tenías nada que ver con eso, y me dan ganas de sacudirte hasta que se te caigan los dientes por preocuparnos tanto.

-Es mi padre -dijo Kevin-. Así que...

-Así que nada. Mi padre era un borracho que me pegaba todos los días. ¿Tú crees que soy igual que él?

-No -dijo Kevin, llorando-. Pero yo creía que ya no te gustaría y que ya no querías ser mi padre, igual que Holt es el padre de Alex y Jenny.

Nathaniel estrechó al niño en sus brazos.

-Pues creías mal -dijo besando al niño en el pelo-. Tendría que colgarte del palo mayor, marinero.

-¿Y eso qué es?

-Ya te lo enseñaré -dijo Nate, apretándolo con más fuerza-. ¿Te has parado a pensar que a lo mejor yo quiero que seas mi hijo? ¿Que quiero que tú y tu madre seáis míos?

-¿De verdad? -dijo Kevin, estrechándose contra el pecho de Nate.

-¿Qué creías? ¿Que te iba a dejar escapar cuando te estaba enseñando a manejar el timón?

-No sé -dijo Kevin, y apoyó la cabeza en el hombro de Nate-. Tenía mucho miedo, pero vino el pájaro.

-¿El pájaro? -dijo Nathaniel mirando a su alrededor, pero las gaviotas ya no estaban allí.

-Y entonces ya no tuve miedo. Se quedó toda la noche y, cuando me despertaba, lo veía. Se fue volando con el otro, pero entonces has venido. ¿Mamá está enfadada conmigo?

-Seguramente.

Kevin suspiró largamente, y Nathaniel sonrió.

-Supongo que me he metido en problemas -dijo el niño.

-Bueno, es hora de volver.

Kevin recogió sus cosas y le dio la mano a Nate.

-¿Te duele? -le preguntó.

-Y que lo digas.

-¿Luego puedo ver tus heridas?

-Claro. Algunas son tremendas.

A Nathaniel le dolía todo el cuerpo en el camino de descenso, pero la ascensión había merecido la pena. Todo merecía la pena por ver el rostro de alegría de Megan.

-¡Kevin! -exclamó esta corriendo hacia ellos.

-Adelante -murmuró Nathaniel, dirigiéndose al niño-, quiere abrazarte a ti antes.

Kevin dejó las cosas en el suelo y corrió hacia su madre.

-Oh, Kevin -dijo Megan arrodillándose y abrazando y besando a su hijo, sin poder evitar las lágrimas.

-¿Dónde estaba? -le preguntó Trent a Nate en voz baja.

-En los acantilados.

-Santo Dios -dijo C. C.-. ¿Ha dormido allí?

-No sé, pero tuve la corazonada de que estaba allí.

-¿Una corazonada? -dijo Trent, intercambiando una mirada con su esposa-. Recuérdame que te cuente cómo encontré a Fred cuando era pequeño.

Max le dio a Nate una palmada en el hombro.

-Voy a llamar a la policía para decirles que lo hemos encontrado.

-Tendrá hambre -dijo Coco, enjugando las lágrimas y apretándose contra El Holandés-. Voy a preparar algo.

-Pero mujer, deja que su madre se ocupe de él -dijo El Holandés, disimulando su emoción con aquel comentario-. Mujeres, siempre tienen que estar metiéndose en todo.

-Vamos dentro -dijo Suzanna, dirigiéndose a sus hijos.

-Pero yo quiero preguntarle si ha visto los fantasmas -dijo Alex.

-Luego -dijo Holt, cargando a su hijo sobre los hombros.

Con un suspiro, Megan acarició el rostro de su pequeño.

-¿Estás bien? ¿No te has hecho nada?

-No, estoy bien.

-No vuelvas a hacer algo así -dijo Megan con firmeza. Nathaniel se sorprendió del cambio de humor de su madre-. Nos tenías muy preocupados. Llevamos horas buscándote y hemos tenido que llamar a la policía.

-Lo siento -dijo Kevin, y se sintió más culpable al saber que habían llamado a la policía.

-No basta con pedir perdón, Kevin Michael O'Riley.

Kevin agachó la mirada. Cuando su madre lo llamaba así, era que había muchos problemas.

-No volveré a hacerlo, te lo prometo.

-Esta vez no tienes excusa, ¿adónde ibas? ¿Cómo voy a confiar en ti? Y ahora... Oh, tenía mucho -miedo, mi niño. Te quiero mucho. ¿Adónde ibas?

-No lo sé. A casa de la abuela.

-¿A casa de la abuela? -dijo Megan, suspirando-. ¿No te gusta vivir aquí?

-Me gusta mucho.

-¿Y por qué querías irte? ¿Te has enfadado conmigo?

Kevin negó con la cabeza y agachó la mirada.

-Yo creía que Nate y tú estabais enfadados conmigo porque le han pegado. Pero Nate dice que no es por mi culpa y que no estás enfadada. Dice que él no importa. No estás enfadada conmigo, ¿verdad?

Megan miró a Nate horrorizada, luego volvió a estrechar a Kevin entre sus brazos.

-Oh, no, mi amor, claro que no -dijo y miró a Kevin, tomando su rostro entre las manos-. ¿Te acuerdas de cuando te dije que algunas veces las personas no pueden estar juntas? Pues algunas veces, no es bueno que estén juntas. Eso es lo que pasa entre... entre Baxter y yo -no podía referirse a él como padre del niño.

-Pero fue un accidente -dijo Kevin.

-Oh, no -dijo Megan, besándolo en las mejillas-. Un accidente es algo que no quieres que ocurra, pero tú fuiste un regalo. El mejor que me han hecho nunca. Bueno, vamos a lavarte -dijo, y se puso de pie, tomando la mano de su hijo, y miró a Nathaniel-. Gracias.

Con la facilidad de un niño, Kevin se olvidó inmediatamente de su huida y se metió de lleno en la fiesta del Cuatro de Julio. Era, por el momento, un héroe, e impresionó a sus amigos con el relato de sus aventuras.

Estaba toda la familia reunida, perros incluidos, de modo que Sadie y Fred jugaban con sus cachorros, correteando por el césped. Los bebés estaban en los corralitos, en sus cunas o en brazos de sus madres. Algunos clientes del hotel se acercaron por allí, alejándose de la fiesta preparada en el restaurante, llevados por el alegre sonido de las risas.

Nathaniel no pudo, como habría deseado, jugar al béisbol. Una caída habría sido desastrosa para él. En vez de eso, lo designaron árbitro y tuvo el placer de discutir con todos.

-¿Estás ciego? -le dijo C. C., tirando el bate-. Un golpe en el ojo no es excusa. La bola ha salido por medio kilómetro.

Nathaniel mordió el cigarro.

-Desde aquí ha sido buena, nena.

C. C. se enfrentó a él con los brazos en jarras.

-Pues entonces, cámbiate de sitio.

-C. C., no discutas, estás eliminada.

-Si no estuvieras hecho un asco... -dijo C. C., luego se rió-. Te toca, Lilah.

-¿Ya? -dijo Lilah con un gesto perezoso. Se apartó el flequillo de la cara y se dispuso a batear.

Desde su posición, Megan miró a su segunda base.

-Lilah no corre ni aunque le pongamos un cohete.

Suzanna suspiró y negó la cabeza.

-No le hace falta. Tú, mira.

Lilah, con una mano en la cadera, guiñó el ojo a Nate y se dispuso a batear. Sloan lanzó la pelota con efecto. Lilah ni siquiera se molestó en intentar darla y bostezó.

-¿Qué te pasa? -le preguntó Nathaniel.

-Me gusta esperar un buen lanzamiento.

El segundo lanzamiento tampoco le gustó. Dejó pasar la pelota y se ganó aplausos del equipo contrario.

Salió de la base, se estiró y miró a Sloan.

-Está bien, campeón, lanza otra vez -dijo y se colocó en posición.

El lanzamiento fue algo bajo, pero Lilah golpeó la pelota y la envió a unos cien metros, consiguiendo una carrera. Entre aplausos y vítores, se dio la vuelta y le dio el bate a Nate.

-Siempre reconozco un buen lanzamiento -le dijo.

Cuando terminó el partido, siguió la fiesta y Nathaniel se acercó a Megan.

-Juegas muy bien, nena.

-En Oklahoma entrenaba al equipo del colegio de Kevin -dijo Megan, mirando a su hijo-. Parece que ya se ha olvidado de todo, ¿verdad?

-Sí. ¿Y tú?

-Yo no, tengo el estómago lleno de mariposas -dijo Megan, poniéndose una mano en el estómago y bajando la voz-. No sabía que pensara así de Baxter.

-Los chicos siempre tienen secretos, incluso para su madre.

-Supongo que sí -dijo Megan. Era un día demasiado hermoso para echarlo a perder con preocupaciones-. No sé qué le has dicho allí arriba, pero para mí es muy importante que lo hayas traído. Y tú significas mucho para mí.

Nathaniel bebió un trago de cerveza.

-Estás preocupada por algo, Meg. ¿Por qué no lo dices?

-De acuerdo. Ayer, después de que te fuiste, estuve pensando en cómo me sentiría si tú no volvieras. Sé que habría un hueco en mi vida. Tal vez, podría llenarlo otra vez; pero, en parte, porque algo me faltaría. Cuando me preguntaba qué me faltaría, siempre encontraba la misma respuesta.

-¿Y cuál era, Meg?

-Tú, Nathaniel -dijo besándolo en la mejilla-, tú.

Más tarde, cuando había oscurecido y la luna flotaba sobre el agua, Megan observaba los fuegos artificiales. El cielo se llenaba de color. Cascadas de chispas llovían del cielo y caían al agua en una celebración del día de la independencia, y de un nuevo principio en la vida de Megan.

El despliegue era asombroso y los niños miraban boquiabiertos. Las explosiones retumbaron en el aire hasta el final. La noche se llenó del brillo de aquellas estrellas artificiales, que explotaban en cascadas de oro, torres azules o espirales rojas. Hasta los fuegos finales, que acabaron con una traca.

Mucho después de haber terminado, con los niños en la cama y cuando apenas quedaba nadie, Megan estaba en su habitación, en bata, cepillándose el pelo. Sentía la excitación de la anticipación.

Cuando terminó de cepillarse, se dirigió a la habitación de Nathaniel.

Nate estaba sentado en la terraza. No había costado mucho persuadirlo para que se quedara otra noche. Estaba cansado y dolorido, y el baño caliente no lo había aliviado tanto como esperaba, pero aun así estaba feliz, porque estaba esperando a Megan.

Y Megan apareció en la habitación.

Llevaba una bata de seda azul oscura, que caía sobre su cuerpo dejando ver las formas de su cuerpo. Su cabello despedía brillos dorados y sus ojos eran oscuros y misteriosos como zafiros.

-He pensado que te vendría bien un masaje -dijo sonriendo-, y yo tengo mucha experiencia en relajar músculos tensos. Al menos, con los caballos.

Nate casi tenía miedo de respirar.

-¿De dónde has sacado la bata?

-Me la ha prestado Lilah, he pensado que te gustaría más que la mía -dijo Megan, y al no obtener respuesta, se le hizo un nudo en la garganta-. Si prefieres que me vaya, lo entiendo. No esperaba que estuvieras bien para... No tenemos que hacer el amor, Nate. Solo quiero estar contigo.

-No quiero que te vayas.

Megan volvió a sonreír.

-¿Por qué no te pones boca abajo? Empezaré por la espalda. De verdad que se me da bien -dijo Megan riéndose-. Los caballos se volvían locos conmigo.

Nate se acercó a la cama y le acarició el pelo.

-¿Y les hacías masajes en bata de seda?

-Siempre -dijo Megan-. Échate.

Se puso linimento y se frotó las manos para calentar las palmas. Cuidadosamente, para no molestarlo con el movimiento del colchón, se arrodilló sobre él.

-Si te hago daño, dímelo.

Empezó por los hombros, evitando cuidadosamente los moretones. Tenía un cuerpo de guerrero, pensó. Duro y compacto, y con las cicatrices de la batalla.

Nate cerró los ojos y se relajó, abandonándose al placer del masaje. Notaba el roce de la seda sobre su piel y, por debajo del olor a linimento, estaba el olor sutil del perfume de Megan, otro bálsamo para sus sentidos.

Los dolores empezaron a desaparecer y se fueron transformando en una sensación más intensa y primaria.

-¿Mejor? -dijo Megan al terminar.

-No. Me estás matando. No te pares.

Megan se rió suavemente y le quitó la toalla, para masajearle los riñones.

-Estoy aquí para que te sientas mejor, Nathaniel. Tienes que relajarte para que yo pueda hacerlo bien.

-Lo haces de maravilla -dijo Nate con un gemido.

Megan lo acariciaba, lo apretaba, lo pellizcaba, y luego lo besaba.

-Tienes un cuerpo precioso -dijo Megan, que respiraba pesadamente, a medida que acariciaba y exploraba el cuerpo de Nate-. Me encanta mirarlo, y tocarlo -dijo, y ascendió por la espalda, besándola, hasta llegar a morderle en el lóbulo de la oreja-. Date la vuelta -susurró.

Nate se dio la vuelta y Megan lo besó, pero cuando Nate quiso acariciarle los senos, se apartó.

-Espera -dijo Megan, y sin dejar de mirarlo, le puso las manos sobre el pecho-. Te han hecho marcas.

-Yo les hice más.

-Nathaniel, el guerrero. Estate quieto -susurró Megan, y se inclinó hacia delante para besar los moretones y arañazos de su rostro-. Yo te quitaré el dolor.

A Nate le palpitaba el corazón. Megan sentía los latidos en la palma de su mano. A la luz de la lámpara, los ojos de Nate eran oscuros como el humo.

Continuó masajeándole los hombros, los brazos, las manos; besándole las manos, lamiéndolas.

El aire era denso y dulce, y Nate respiraba cada vez con mayor dificultad. Nunca se había sentido tan indefenso con ninguna otra mujer.

-Megan, necesito tocarte.

Mirándolo, se desabrochó el cinturón de la bata, y esta cayó sobre la cama. Llevaba un body de seda, también azul. Nate le bajó las hombreras.

Megan cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás, mientras Nate le acariciaba los senos sobre la seda, y luego debajo de la seda. Después, Megan se levantó un poco para que Nate la penetrara, lentamente, con delicia. Los dos gimieron.

Se estremeció cuando Nate se incorporó para agarrar sus caderas. Tenían calor y sudaban. Megan lo besó apasionadamente, como si quisiera devorarlo.

-Tócame -dijo tomando sus manos y poniéndolas sobre sus senos-, tócame.

Cabalgó sobre él como sobre un trueno. Nate pronunciaba su nombre, atropelladamente, y, frenéticamente, los dos alcanzaron el orgasmo, que fue como un estallido de fuegos artificiales.

Megan lo abrazó con fuerza y se pegó a él. Luego, débil como el agua, se dejó caer, y apoyó la cabeza sobre su pecho.

-¿Te he hecho daño?

Nate no podía encontrar las fuerzas para abrazarla y permaneció quieto, tendido sobre la cama.

-No lo sé, solo estaba pendiente de ti.

-Nathaniel -dijo Megan, y lo besó en el corazón-. Ayer me olvidé de decirte algo.

-Mmm, ¿el qué?

-Que yo también te quiero -dijo Megan, y vio la emoción en la mirada de Nate.

-Me alegro -dijo Nate abrazándola, por fin.

-No sé si es bastante, pero...

Nate la silenció con un beso.

Los fuegos artificiales no habían estado mal, pero cuando las Calhoun se reunieron para preparar la boda de Coco, podía esperarse cualquier cosa, desde luego espectacular.

Todo era posible, desde un baile de máscaras a una boda en el mar, aunque el voto final fue para una celebración nocturna, bajo las estrellas. Cursaron las invitaciones, porque la boda sería al cabo de una semana.

Megan empleaba su tiempo libre ayudando en lo que podía.

-No sé por qué tanto jaleo -dijo tía Colleen. Megan estaba contando las servilletas-. Cuando una mujer de su edad se deja atrapar, más le vale tener el sentido común de hacerlo discretamente.

Megan perdió la cuenta, y tuvo que empezar de nuevo.

-¿No le gustan las fiestas, tía Colleen?

-Cuando hay razón para ellas. Ponerse bajo la tutela de un hombre nunca me ha parecido motivo de celebración.

-Coco no está haciendo eso, El Holandés la adora.

-Mmm, el tiempo dirá. Cuando un hombre te pone un anillo, se olvida de ser afectuoso y de tener atenciones -dijo tía Colleen, observando a Megan-. ¿No es por eso por lo que le estás dando largas a ese marinero? ¿Porque tienes miedo de lo que pase después?

-Claro que no -dijo Megan, que había vuelto a perder la cuenta-. Además, estamos hablando de Coco y El Holandés, no de mí. Coco merece ser feliz.

-No todo el mundo obtiene lo que merece -replicó Colleen-. Tú lo sabes bien, ¿o no?

Megan se exasperó.

-No sé por qué intenta estropearlo. Coco es feliz, yo soy feliz y hago cuanto puedo para que Nathaniel lo sea.

-No te veo comprando un vestido de novia.

-El matrimonio no es la respuesta para todo el mundo. Para usted no lo ha sido.

-No, yo soy demasiado lista para caer en esa trampa. Los hombres llegan y pasan. Tal vez el adecuado se va con los demás, pero sobrevivimos, ¿no? Porque en el fondo, sabemos cómo son -dijo Colleen, y miró a Megan a los ojos-. Nosotras hemos conocido lo peor de ellos. Su egoísmo, su crueldad, su falta de honor y de ética. De vez en cuando aparece uno que parece distinto a los demás, pero nosotras somos demasiado sabias, demasiado cuidadosas para dar el paso. Si vivimos solas, al menos sabremos que ningún hombre tiene el poder de hacernos daño.

-Yo no estoy sola dijo Megan, débilmente.

-No, tú tienes un hijo. Un día crecerá y, si has hecho un buen trabajo, volará del nido para hacer el suyo propio.

Colleen sacudió la cabeza y, por un instante, pareció tan inconsolablemente triste, que Megan apoyó una mano en su brazo. Pero la mujer permaneció rígida, con la cabeza erguida.

-Tendrás la satisfacción de que has escapado a la trampa del matrimonio, como yo he hecho. ¿Crees que nadie ha querido casarse conmigo? Hubo uno -prosiguió Colleen- que casi me convenció antes de que recordara el infierno por el que había pasado mi madre -dijo Colleen, frunciendo los labios-. Trató de acabar con ella de todas las formas posibles, con reglas., con dinero, con egoísmo. Al final, acabó por matarla y, lentamente, muy lentamente, se volvió loco. Creo que fue por la pérdida de algo que nunca fue capaz de poseer del todo. Por eso tiró todo lo que le pertenecía y se encerró en su purgatorio privado.

-Lo siento -dijo Megan-. Lo siento mucho.

-¿Por mí? Yo soy vieja y hace tiempo que pasó el tiempo de los lamentos. He aprendido mucho de mi experiencia, igual que tú has aprendido de la tuya. A no confiar, a no arriesgarse. Deja que Coco tenga su anillo, nosotras tenemos libertad.

Colleen se alejó, caminando muy erguida, dejando a Megan sumida en sus pensamientos.

Se equivocaba, se dijo, y empezó a contar servilletas otra vez. Ella no estaba cerrada al amor, tan solo hacía unos días que le había declarado sus sentimientos a un hombre y no quería dejar que su experiencia con Baxter ensombreciera lo que compartía con Nathaniel.

Pero, en realidad, sí que la influía. Se apoyó en el quicio de la puerta, vacilante. La influía, y no estaba segura de poder hacer nada para impedirlo. El amor no bastaba sin compromiso, lo sabía bien. Ella había amado a Baxter de un modo pleno, vital. Y por eso tenía dudas. Incluso sabiendo que lo que sentía por Nathaniel era más intenso y más verdadero, no podía desembarazarse de aquellas dudas.

Tendría que pensarlo con calma en cuanto tuviera tiempo. Y cuando lo hiciera, se dijo, encontraría la respuesta, lo único que tenía que hacer era procesar los datos.

Volvió a perder la cuenta de las servilletas. ¿Qué clase de mujer era? Estaba tratando de convertir las emociones en ecuaciones, como si fueran una suerte de código que tenía que descifrar antes de conocer su propio corazón.

Pero tenía que dejar de pensar así. Si ni siquiera podía pensar en su corazón como...

Perdió el hilo de sus pensamientos, porque otra idea le cruzó por la mente.

Oh, Dios, un código. Dejando los preparativos de la boda, se dirigió corriendo a su habitación.

El libro de Fergus estaba donde lo había dejado, sobre la mesilla. Lo abrió y pasó las páginas frenéticamente.

Se dio cuenta de que los números de las últimas páginas no podían ser números de cuenta o de lotes de mercancías. No podía ser algo tan lógico. Estaban anotados en las últimas páginas, después de muchas de ellas en blanco, después de la última anotación en blanco.

¿Cómo no se había dado cuenta antes? Se trataba de un mensaje, pensó Megan, algo que se había sentido impulsado a escribir, pero que no había querido que otros ojos pudieran leer. Una confesión, quizá, o una súplica de comprensión.

Se sentó y suspiró profundamente. Después de todo, eran números y no había nada que ella no pudiera hacer cuando se trataba de números.

Pasó una hora, luego dos. Mientras trabajaba la mesa se fue llenando de papeles arrugados. Cada vez que se detenía se preguntaba si se habría vuelto loca.

Pero no podía abandonar aquella idea y seguía encadenada a la mesa. Oyó el sonido de la sirena de un barco, la tarde avanzaba hacia la noche.

A medida que sus esfuerzos fracasaban, solo aumentaba su determinación. Encontraría la clave. Por mucho tiempo que llevara, la encontraría.

De repente se detuvo, y observó todo de nuevo. Como si las piezas empezaran a encajar. Lentamente, empezó a transcribir los números en letras y dejó que el criptograma tomara forma.

La primera palabra en formarse fue «Bianca».

-Oh, Dios -dijo tapándose la boca-. Funciona.

Prosiguió paso a paso, letra por letra, palabra por palabra.

Estaba emocionada por el descubrimiento, pero no podía dejarse llevar por la emoción, porque eso solo serviría para cometer errores, de modo que se echó hacia atrás y se tranquilizó. Cuando su mente estuvo clara de nuevo, abrió el libro y leyó:

Bianca me obsesiona. No encuentro paz. Todo lo que era suyo debe desaparecer, tengo que venderlo, destruirlo. ¿Existen los fantasmas? Tonterías, mentiras. Pero siento que me mira, veo sus ojos, verdes como esmeraldas. Le dejaré un recuerdo para satisfacerla y será el final de todo. Hoy dormiré.

Sin aliento, Megan siguió leyendo. Las anotaciones eran muy precisas, muy sencillas. Para ser un hombre que se había vuelto loco con sus acciones, Fergus Calhoun era un hombre que no había perdido la inteligencia.

Se guardó el papel en el bolsillo y salió corriendo. Ni siquiera pensó en hablar con las Calhoun. Aquello era algo que tenía que terminar ella sola. Encontró lo que necesitaba en la zona de la casa que estaban reformando: un cincel, una barra de hierro y cinta métrica, y subió a la habitación de Bianca, en la torre.

Había estado allí antes y sabía que Bianca soñó con Christian allí, lloró por él y murió allí.

Las Calhoun la había vuelto a convertir en un lugar encantador, con decoración de color melocotón y muebles delicados, con cerámica y porcelana.

A Bianca le habría gustado.

Megan cerró la pesada puerta de la estancia. Usando la cinta métrica, siguió los datos de Fergus. Tres metros desde la puerta, cuatro desde la pared norte.

Sin pensar en los destrozos que estaba a punto de ocasionar. Megan apartó la alfombra y metió el cincel entre las tablas.

Era un trabajo duro. La madera era vieja, pero gruesa y fuerte. Alguien la había limpiado y encerado. Metía el cincel y tiraba, deteniéndose solo para estirar los músculos. La luz del día se iba yendo, encendió la lámpara.

La primera tabla cedió con un crujido de protesta. Megan sudaba y se maldijo por no haber llevado una linterna, pero, sin pensar en las arañas que pudiera haber, metió la mano en el hueco.

Pensó que tocaba algo, pero por mucho que estirara el brazo, no podía agarrarlo. Resignada, se puso a trabajar en la siguiente tabla.

Logró quitarla al cabo de un rato, se tendió boca abajo y volvió a meter la mano en el hueco.

Tocó algo de metal. Era una caja, le costó agarrarla porque tenía las manos sudorosas, pero finalmente logró sacarla.

Era cuadrada, de treinta centímetros de lado y pesaba muy poco. Le quitó el polvo con la manga y trató de abrirla, pero al poco desistió.

No era ella quien debía hacerlo.

-No sé dónde puede estar -decía Amanda, dando vueltas por el salón-. No está en su despacho ni en su habitación.

-Estaba revolviendo en un armario cuando la he visto -dijo Colleen-. Es una mujer adulta. Puede que se haya ido a dar un paseo.

-Sí, pero... -dijo Suzanna, y se interrumpió al ver a Kevin. No podían preocupar al niño, se dijo. Solo porque Megan nunca llegaba tarde no había razón para suponer que ocurría algo malo-. Puede que esté en el jardín. Voy a buscarla.

-Ya voy yo -dijo Nathaniel levantándose. No creía que Megan pudiera olvidar su cita para cenar y hubiera salido a pasear al jardín, pero buscar era mejor que preocuparse-. Si viene cuando esté fuera...

Pero entonces oyeron sus pisadas y miraron hacia la puerta.

Estaba despeinada, con los ojos muy abiertos. Tenía la cara y la ropa llena de polvo y sonreía de oreja a oreja.

-Siento llegar tarde.

-Megan, ¿qué ha pasado? -le preguntó Sloan desconcertado-. Estás igual que si te hubieras revolcado por el suelo.

-Ya, bueno -dijo Megan, echándose el pelo hacia atrás-. Estaba tan concentrada que ni me he dado cuenta de lo tarde que era. Sloan, he tenido que usar algunas herramientas, están en la torre.

-¿En la...?

Pero Megan cruzó la habitación para acercarse a tía Colleen, arrodillándose a sus pies y poniéndole la caja en el regazo.

-He encontrado algo que le pertenece.

Colleen miró la caja frunciendo el ceño, pero el corazón le latía con fuerza.

-¿Por qué crees que me pertenece?

Megan tomó su mano y la apoyó sobre el metal envejecido.

-La escondió debajo del suelo de la torre cuando ella murió -dijo. Todos estaban pendientes de sus palabras-. Decía que lo tenía obsesionado.

Sacó la hoja donde tenía la transcripción y la dejó encima de la caja.

-No puedo leerlo -dijo Colleen.

-Yo lo leeré -pero cuando Megan iba a empezar a leer, Colleen la detuvo.

-Quiero que Coco la oiga.

Mientras esperaban, Megan se levantó y se acercó a Nate.

-Era un código -le dijo y se dirigió a todos-. Los números de las últimas páginas del libro de Fergus. No sé cómo no me di cuenta antes... Pero hoy lo he averiguado.

-¿Es como un tesoro? -dijo Kevin.

-Sí -dijo Megan, abrazándolo.

-Mira, querida, ahora no tengo tiempo -decía Coco discutiendo con Amanda, que la llevaba al salón-. Estamos preparando la cena.

-Siéntate y calla -ordenó tía Colleen-. La chica tiene que aprender una cosa y trae algo de beber -le dijo a C. C.-, le hará falta -dijo, y miró a Megan-. Adelante.

Megan leyó la transcripción. Coco suspiraba y los demás escuchaban con atención. Cuando terminó de leer tenía la garganta seca por la emoción.

-Bueno -dijo Megan, con la mano de Nate entre las suyas-, subí a la torre, quité algunas tablas y la encontré.

Incluso los niños guardaban silencio. Colleen se dispuso a abrir la caja. Le temblaban los labios mientras abría el cerrojo y luego la tapa. Sacó un pequeño marco oval.

-Una foto -dijo-. De mi madre conmigo, Sean y Ethan. Es de el año anterior a su muerte, en Nueva York -dijo, la acarició y se la ofreció a Coco.

-Oh, tía Colleen. Es la única foto de todos vosotros.

-La tenía en su tocador. Un libro de poemas -dijo Colleen sacando el delgado volumen-. Le encantaba la poesía. Es Yeats. Algunas veces me lo leía y me decía que le recordaba a Irlanda. Un broche -dijo sacando un broche esmaltado y decorado con violetas-. Sean y yo se lo regalamos en Navidad. La niñera nos ayudó a comprarlo, claro. Lo llevaba muy a menudo.

También había un reloj de nácar y un perro de jade, poco más grande que el pulgar de Colleen.

También había otros pequeños tesoros. Una piedra blanca, un par de soldados de plomo, el polvo de una flor. Y un collar de perlas.

-Es el regalo de boda de mis abuelos -dijo Colleen, acariciándolo-. Me dijo que me lo regalaría el día de mi boda. A él no le gustaba que lo luciera. Demasiado sencillo, le decía, pero mi madre me lo enseñaba muchas veces. Decía que las perlas regaladas por amor eran más valiosas que los diamantes exhibidos por orgullo. Me dijo que yo tenía que guardarlas bien y llevarlas a menudo, porque... -dijo con un nudo en la garganta-... porque las perlas necesitan cariño.

Cerró los ojos y se recostó sobre el respaldo.

-Yo creía que él las había vendido.

-Estás cansada, tía Colleen -dijo Suzanna, acercándose a su lado-. ¿Quieres que te acompañe a tu habitación? Puedo llevarte la comida en una bandeja.

-No soy una inválida -dijo Colleen-. Soy vieja, pero no estoy enferma. Bueno -dijo apretando la mano de Suzanna y dándole el broche-, esto es para ti.

-Tía Colleen...

-Póntelo -dijo tía Colleen, tomando el libro de poesía-. Te pasas soñando la mitad del tiempo. Toma, sueña con esto.

-Gracias -dijo Lilah, besando la mano de su tía.

-Para ti el reloj -le dijo Colleen a Amanda-. Y para ti -le dijo a C. C.-, la figura de jade.

Luego miró a Jenny.

-¿Estás esperando tu turno?

Jenny sonrió.

-No, señora.

-Para ti, esto -le dijo dándole la piedra blanca-. Yo era más joven que tú cuando se la di a mi madre, y pensaba que era mágica. Puede que lo sea.

-Es muy bonita -dijo Jenny, encantada con su nuevo tesoro-. Voy a ponerla en mi estantería.

Colleen se aclaró la garganta.

-Esto para vosotros, chicos -les dijo a los niños dándoles los soldados de plomo-. Eran de mis hermanos.

-Gracias -dijo Alex.

-Gracias -repitió Kevin-. Es como un cofre de los tesoros. ¿No le vas a dar nada a tía Coco?

-Le voy a dar la foto.

-Tía Colleen, no tienes por qué.

-Tómala como regalo de bodas y no se hable más.

-Gracias, no sé qué decir.

-Limpia el marco -dijo Colleen, levantándose

-Una foto -dijo-. De mi madre conmigo, Sean y Ethan. Es de el año anterior a su muerte, en Nueva York -dijo, la acarició y se la ofreció a Coco.

-Oh, tía Colleen. Es la única foto de todos vosotros.

-La tenía en su tocador. Un libro de poemas -dijo Colleen sacando el delgado volumen-. Le encantaba la poesía. Es Yeats. Algunas veces me lo leía y me decía que le recordaba a Irlanda. Un broche -dijo sacando un broche esmaltado y decorado con violetas-. Sean y yo se lo regalamos en Navidad. La niñera nos ayudó a comprarlo, claro. Lo llevaba muy a menudo.

También había un reloj de nácar y un perro de jade, poco más grande que el pulgar de Colleen.

También había otros pequeños tesoros. Una piedra blanca, un par de soldados de plomo, el polvo de una flor. Y un collar de perlas.

-Es el regalo de boda de mis abuelos -dijo Colleen, acariciándolo-. Me dijo que me lo regalaría el día de mi boda. A él no le gustaba que lo luciera. Demasiado sencillo, le decía, pero mi madre me lo enseñaba muchas veces. Decía que las perlas regaladas por amor eran más valiosas que los diamantes exhibidos por orgullo. Me dijo que yo tenía que guardarlas bien y llevarlas a menudo, porque... -dijo con un nudo en la garganta-... porque las perlas necesitan cariño.

Cerró los ojos y se recostó sobre el respaldo.

-Yo creía que él las había vendido.

-Estás cansada, tía Colleen -dijo Suzanna, acercándose a su lado-. ¿Quieres que te acompañe a tu habitación? Puedo llevarte la comida en una bandeja.

-No soy una inválida -dijo Colleen-. Soy vieja, pero no estoy enferma. Bueno -dijo apretando la mano de Suzanna y dándole el broche-, esto es para ti.

-Tía Colleen...

-Póntelo -dijo tía Colleen, tomando el libro de poesía-. Te pasas soñando la mitad del tiempo. Toma, sueña con esto.

-Gracias -dijo Lilah, besando la mano de su tía.

-Para ti el reloj -le dijo Colleen a Amanda-. Y para ti -le dijo a C. C.-, la figura de jade.

Luego miró a Jenny.

-¿Estás esperando tu turno?

Jenny sonrió.

-No, señora.

-Para ti, esto -le dijo dándole la piedra blanca-. Yo era más joven que tú cuando se la di a mi madre, y pensaba que era mágica. Puede que lo sea.

-Es muy bonita -dijo Jenny, encantada con su nuevo tesoro-. Voy a ponerla en mi estantería.

Colleen se aclaró la garganta.

-Esto para vosotros, chicos -les dijo a los niños dándoles los soldados de plomo-. Eran de mis hermanos.

-Gracias -dijo Alex.

-Gracias -repitió Kevin-. Es como un cofre de los tesoros. ¿No le vas a dar nada a tía Coco?

-Le voy a dar la foto.

-Tía Colleen, no tienes por qué.

-Tómala como regalo de bodas y no se hable más.

-Gracias, no sé qué decir.

-Limpia el marco -dijo Colleen, levantándose apoyada en el bastón, y se dirigió a Megan-. Pareces muy satisfecha.

Megan estaba tan contenta que no podía fingir.

-Sí.

-No me extraña. Eres muy lista, Megan, y tienes recursos. Me recuerdas a mí misma -dijo Colleen, y tomó el collar de perlas.

-Espera -dijo Megan, pensando que quería ponérselas-, deja que te ayude.

Colleen negó con la cabeza.

-Las perlas necesitan juventud. Son para ti.

Perpleja, Megan dejó caer las manos.

-No, no puedes dármelas. Bianca quería que fueran para ti.

-Quería que alguien las luciera.

-Pero alguien de la familia. Deben ser para Coco, o para...

-Son para quien yo diga -dijo Colleen.

-No es justo -dijo Megan mirando a su alrededor, buscando ayuda, pero encontrando solo sonrisas de satisfacción.

-A mí me parece muy bien -dijo Suzanna.

Amanda acarició el reloj.

-A mí también -dijo.

-Encantador -dijo Coco con lágrimas en los ojos-, encantador.

-Seguro que te quedan muy bien -dijo C. C.

-Es el destino -dijo Lilah-. Y no se puede luchar contra el destino.

-Entonces, ¿estamos de acuerdo? -dijo Suzanna, miró a su alrededor y recibió el consentimiento de todos-. Pues ya está.

-¡Ja! -exclamó Colleen-. Como si necesitara aprobación para disponer de lo que es mío. Toma -dijo dándole el collar a Megan-, sube y límpiate, pareces un deshollinador. Quiero que las luzcas cuando bajas.

-Tía Colleen...

-Nada de quejas. Haz lo que te digo.

-Vamos -dijo Suzanna, llevándose a Megan-, te ayudo.

Satisfecha, Colleen volvió a sentarse.

-Bueno, ¿dónde está mi refresco?

Más tarde, cuando la luna empezaba a asomarse al borde del mar, Megan salió a pasear con Nathaniel por los acantilados. La brisa parecía susurrar secretos silbando sobre la hierba y las flores.

Megan iba vestida de azul, con un vestido veraniego. Las perlas brillaban como pequeñas y perfectas lunas en su cuello.

-Vaya día que has tenido, Megan.

-Todavía me da vueltas la cabeza. Lo ha regalado todo, Nathaniel, pero todavía no comprendo por qué ha querido regalarme el collar.

-Es toda una mujer. Y solo alguien tan especial como ella se da cuenta de cuando ocurre algo mágico.

-¿Magia?

-Megan, eres tan apegada a la tierra -dijo Nate, dándole una palmada en la mano-. No te has preguntado, ni por un momento, ¿por qué cada regalo encajaba tan perfectamente con cada uno? ¿Por qué hace ochenta años Fergus Calhoun se vio impulsado a guardar precisamente esos objetos? El broche para Suzanna, el reloj para Amanda, poesía de Yeats para Lilah y un figura de jade para C. C., aparte de la fotografía.

-Es una coincidencia -murmuró Megan, pero dudaba.

Nate se echó a reír y la besó.

-El destino funciona a base de coincidencias -dijo.

-¿Y el collar?

-Un símbolo de familia. Te queda muy bien.

-Sé que tenía que haber encontrado el modo de no aceptarlo, pero cuando Suzanna me lo puso en la habitación, parecía que hubieran sido más toda la vida.

-Y lo son. Pregúntate por qué las encontraste, por qué nadie las había encontrado hasta ahora. El libro de Fergus solo apareció cuando tú viniste a vivir aquí. El mensaje está escrito con números, ¿quién mejor que tú para resolverlo?

Megan sacudió la cabeza y dejó escapar un suspiro.

-No puedo explicarlo.

-Entonces, acéptalo.

-Una piedra mágica para Jenny, soldados para los niños -dijo apoyando la cabeza en el hombro de Nathaniel-. Supongo que no puedo discutir tantas coincidencias -dijo, cerró los ojos y dejó que la brisa le acariciara las mejillas-. Es difícil creer que hace pocos días me moría de preocupación. Lo encontraste cerca de aquí, ¿verdad?

-Sí, siguiendo a la gaviota.

-¿La gaviota? -preguntó Megan, desconcertada-. Qué extraño. Kevin me contó que un pájaro blanco con los ojos verdes estuvo con él toda la noche. Tiene mucha imaginación.

-Había un pájaro -dijo Nate-. Una gaviota completamente blanca con los ojos verdes. Los ojos de Bianca.

-Pero...

-Si te topas con un hecho mágico, acéptalo -dijo Nathaniel, poniéndole un brazo sobre los hombros. Los dos disfrutaban del sonido del mar rompiendo contra las rocas-. Tengo algo para ti, Megan.

Megan estaba muy a gusto, casi adormilada y protestó cuando Nate se le quitó el brazo de los hombros.

Nate buscó en su chaqueta y sacó unos papeles.

-A lo mejor no puedes leerlo con tan poca luz.

-¿Qué es?

-Es un seguro de vida.

-¿Un seguro? Por el amor de Dios, ponlo en una caja fuerte o en el banco.

-Cállate -dijo Nate, que empezaba a estar nervioso-. Tiene una póliza de hospitalización, mi hipoteca, un par de bonos. Querías seguridad y yo quiero darte seguridad.

-Lo has hecho por mí.

-Haría cualquier cosa por ti. Y si quieres que invierta en acciones del zoológico o luche contra un dragón, lo haré.

Megan lo miró. Tenía el océano y el cielo a su espalda, los pies separados igual que si estuviera en un barco y la mirada intensa, desafiando a la oscuridad. Y todavía le quedaban moretones en la cara.

-Venciste a tu dragón hace mucho tiempo, Nathaniel. Yo he tenido problemas para enfrentarme al mío -dijo Megan-. Esta tarde he estado hablando con tía Colleen. Me ha dicho muchas cosas, me ha dicho que yo, como ella, era demasiado lista para arriesgarme, para dejar que un hombre se convirtiera en algo demasiado importante. Que para mí era mejor estar sola que darle a alguien mi confianza, mi corazón. Me ha dado miedo. Me ha costado darme cuenta de lo que se proponía al decirme eso. Lo que quería era que me enfrentara conmigo misma.

-¿Y lo has hecho?

-No es fácil para mí. No me gusta todo lo que veo, Nathaniel. Llevo años convenciéndome de que era fuerte y segura de mí misma, y no dejando que alguien se uniera a mí, me protegía y protegía a mi hijo.

-Has hecho un gran trabajo.

-Demasiado bueno, en algunos aspectos. Me cerré al mundo porque era más seguro. Y entonces, llegaste tú -dijo Megan, acariciándole la mejilla-. Tenía tanto miedo de lo que sentía por ti... Pero ya no tengo miedo. Te quiero, Nathaniel. No importa si es el destino o una coincidencia, o pura suerte. Solo me alegro de haberte encontrado -añadió Megan y lo miró y lo besó. Alegre de sentir la libertad de estar en sus brazos, mecidos por la brisa del mar-. No necesito seguros de vida, Nathaniel murmuró-. Aunque no quiero decir que tú no. Es importante que... deja de reírte.

-Estoy loco por ti -dijo Nate riendo, elevándola en el aire, girando en círculos.

-¿Estás loco? -dijo Megan, aferrándose a él-.

Nos vamos a caer.

-Esta noche, no. Esta noche nada puede pasarnos. ¿No te das cuenta? Ahora somos mágicos -dijo Nathaniel, dejándola en el suelo y abrazándola-. Te quiero, Meg, aunque no me pidas que me ponga de rodillas.

Megan se quedó quieta.

-Nathaniel, pienso que no...

-No pienses, escucha. He dado la vuelta al mundo más de una vez y he visto en diez años más que la mayoría de la gente en toda su vida. Pero he tenido que volver a casa para encontrarte. No digas nada -murmuró Nate-. Vamos a sentarnos.

La condujo a una roca y se sentaron.

-Tengo algo más para ti. Lo del seguro solo era para allanar el camino. Mira -dijo Nate, sacando una cajita del bolsillo-. Y dime que el destino no existe.

Con dedos temblorosos, Megan abrió la caja. Y con admiración, observó su contenido.

-Una perla -susurró.

-Iba a comprar un diamante, es lo normal, pero, cuando vi la perla, supe que era para ti. ¿Coincidencia?

-No lo sé. ¿Cuándo la has comprado?

-La semana pasada. Pensé en venir aquí contigo, con la luna y las estrellas -dijo Nathaniel observando el anillo. Una perla rodeada de pequeños diamantes-. La luna y las estrellas -repitió tomando las manos de Megan-. Eso es lo que quiero darte, Megan.

-Nathaniel -dijo Megan. Se decía que iba demasiado deprisa, pero no era verdad-. Es precioso.

-Cásate conmigo, Megan. Empieza una nueva vida conmigo, déjame ser el padre de Kevin y tengamos más niños. Deja que me haga viejo amándote.

Megan no podía recurrir a la lógica, o pensar en razones por las que retrasar la boda, así que respondió con el corazón.

-Sí, sí a todo -dijo riendo y echándole los brazos al cuello-. Oh, Nathaniel, sí, sí, sí.

Nathaniel la miró con amor.

-¿Seguro que no quieres sopesarlo?

-Seguro, seguro -dijo Megan, y le ofreció la mano izquierda-. Por favor, quiero la luna y las estrellas. Te quiero a ti. -

Nate le puso el anillo.

-Ya me tienes, cariño.

Cuando la estrechó entre sus brazos, Nate tuvo la impresión de que el aire suspiraba con voz de mujer.

Epílogo

-¡Mamá, ya hemos llegado!

Megan levantó la vista de su mesa. Kevin entró en el despacho.

-¡Qué guapo estás! -dijo Megan con sinceridad al ver a su hijo con traje y corbata.

-Has dicho que tenía que vestirme bien para la cena de cumpleaños de la tía Coco. Supongo que así está bien -dijo Kevin, arreglándose el cuello-. Papá me ha enseñado a hacer el nudo de la corbata.

-Y lo has hecho muy bien. ¿Qué tal el negocio hoy? ¿Ha habido muchos turistas?

-Muy bien. El mar estaba en calma y corría la brisa. Vimos la primera ballena nada más salir del puerto. Si no fuera al colegio, trabajaría con papá y Holt todos los días y no solo los sábados.

-Si no fueras al colegio, nunca sabrías más de lo que sabes hoy. Tendrás que conformarte con los sábados, compañero -dijo Megan, revolviéndole el pelo.

Lo cierto era que a Kevin no lo molestaba ir al colegio. Después de todo, iba con Alex.

-¿Todo el mundo ha venido? ¿Cuándo van a nacer los niños? -dijo.

Con las Calhoun en varios estados de embarazo, aquella era una pregunta difícil de responder.

-Pues entre el mes que viene y Año Nuevo.

Kevin pasó la mano por el borde de la mesa.

-¿Quién crees que será la primera? ¿C. C. o Suzanna?

-¿Por qué? -le preguntó Megan, frunciendo el ceño-. Kevin, ¿no habrás apostado a ver quién da a luz primero?

-Pero, mamá...

-No se te ocurra apostar -dijo Megan, y sonrió-. Dame un minuto.

-Date prisa. La fiesta ya ha empezado.

-De acuerdo, solo tengo que... -dijo Megan. «Pero nada,» se dijo, y cerró la carpeta-. Se acabó el trabajo, vamos a la fiesta.

-¡Venga! -dijo Kevin, y, tomándola de la mano, la sacó de la habitación-. El Holandés ha hecho una tarta gigante, con casi cien velas.

-¿Cómo que cien velas? Ya serán menos -dijo Megan, sonriendo. Al llegar al ala de la familia, miró al techo-. Cariño, será mejor que suba.

-¿Buscas a alguien? -dijo Nathaniel bajando por las escaleras, con un bulto rosa en los brazos.

-Ya decía yo que ibas a despertarla.

-Estaba despierta. ¿Verdad, nena? -dijo Nate y besó a su hija-. Estaba preguntando por mí.

-¿De verdad?

-Todavía no sabe hablar -le dijo Kevin a su padre-. Solo tiene seis semanas.

-Es muy lista para su edad. Tan lista como su madre.

-Lo bastante para reconocer a un tonto cuando lo ve.

Hacían una imagen enternecedora. El hombrón con el chico a su lado y el bebé en sus brazos, pensó, Megan y sonrió.

-Ven aquí, Luna.

-También quiere ir a la fiesta -dijo Kevin, acariciando a su hermana.

-Claro que sí. Me lo ha dicho.

-Oh, Papá.

Sonriendo, Nathaniel le dio a su hijo una palmadita en la cabeza.

-Tengo hambre. Podría comerme una ballena, compañero, ¿y tú?

-Más o menos -dijo Kevin, y se dirigió al salón-. Vamos, todo el mundo está esperando.

-Tengo que hacer esto primero -dijo Nathaniel inclinándose para besar a Megan.

-Buah -dijo Kevin, y se dirigió hacia donde estaba el ruido y la diversión de verdad.

-Pareces muy satisfecho de ti mismo -dijo Megan.

-¿Y cómo no iba a estarlo? Tengo una mujer muy guapa, un hijo magnífico y una hija increíble -dijo pasando un dedo por el collar de perlas de Megan-. ¿Qué más se puede pedir? ¿Y tú qué tal?

Megan volvió a besarlo.

-Yo tengo la luna y las estrellas.